

pastoral ecuménica

Enero-Abril 2014

Vol. XXXI

N.º 92

**Centro Ecuménico «Misioneras de la Unidad»
MADRID**

(Revista cuatrimestral)

Director: **José Luis Díez Moreno**

Secretaría: **Rafael Vera Puig**

Administración: **Agueda García de Antonio**

Consejo de redacción y colaboradores:

Eloy Bueno de la Fuente

Héctor Vall Vilardell

José Demetrio Jiménez

Juan Fernando Usma Gómez

Juan Pablo García Maestro

Manuel González Muñana

María José Delgado

Mariano Perrón

Pedro Langa Aguilar

Santiago Madrigal Terrazas

Dirección y administración:

Centro Ecuménico «Misioneras de la Unidad»

José Arcones Gil, 37, 2.º

28017 Madrid - Teléfono: [34] 91 367 58 40 - Fax: [34] 91 377 06 85

www.centroecumenico.org

centro2003@centroecumenico.org

ISSN: 012-8233

Depósito Legal: M-5.207-1984

Imprime: IMPRENTA TARAVILLA, S.L - Mesón de Paños, 6 - 28013 Madrid

Los pagos deberán hacerse mediante:

— Giro Postal a:

Misioneras de la Unidad

José Arcones Gil, 37, 2.º - 28017 Madrid

— Cheque bancario a favor de:

Misioneras de la Unidad

— Transferencia bancaria (enviar copia ingreso-transferencia bancaria) a:

Misioneras de la Unidad

Cuenta Ahorros n.º: 2895030447

Banco Central Hispano.

Calle Bravo Murillo, 127 - 28020 Madrid

Entidad 0049, Oficina 5106. D.C. 03.

INSTITUTO «MISIONERAS DE LA UNIDAD»

PASTORAL ECUMÉNICA

www.centroecumenico.org/INFOEKUMENE/revista.htm

infoekumene@centroecumenico.org

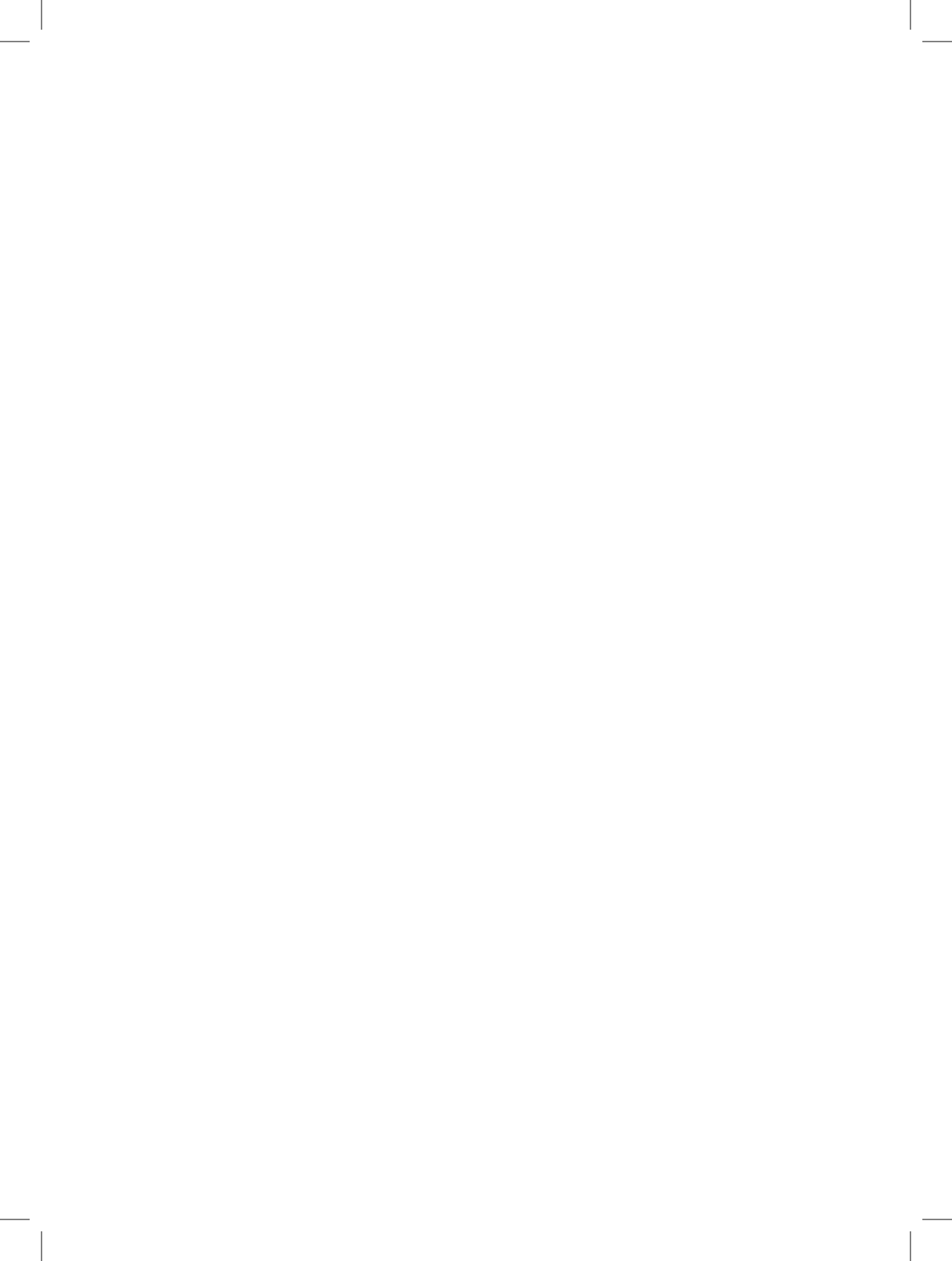
La Revista no se responsabiliza de los contenidos de los trabajos

Precios suscripción anual:

España.....	30€
Bienhechores	40€
Extranjero	50€
Número suelto	12€

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRESENTACIÓN	
Juan XXIII	5
ESTUDIOS	
El primado del corazón. Juan XXIII y el ecumenismo, <i>Luis Marín de San Martín, OSA</i>	13
Juan XXIII y Taizé, <i>José Miguel de Haro Sánchez, C.Ss.R ...</i>	31
Juan XXIII y la ortodoxia, <i>Rogelio Sáez</i>	45
Peregrinación de Pablo VI a Tierra Santa, <i>Prof. DR. Pedro Langa Aguilar, OSA</i>	56
Juan Pablo I, estrella fugaz en el Ecumenismo, <i>Marta Díez Gómez</i>	86
MISCELÁNEA	
El P. Agustino José Demetrio Jiménez, Obispo de Cafayate (Argentina), <i>Rafael del Olmo Veros</i>	92



PRESENTACIÓN

JUAN XXIII

Es imposible que a ninguno de los presentes dedicados al ecumenismo o con algún contacto más o menos directo con el movimiento ecuménico les pueda pasar desapercibido el alcance tan importante de la canonización de Juan XXIII. Este Pontífice desde su humildad, sencillez y cercanía dio vida en la Iglesia católica al movimiento ecuménico y señaló, nada menos que como un objetivo principal del Concilio Vaticano II, la búsqueda de la unión de los cristianos. Esta actividad eclesial, hoy día en el primer plano de la Teología, la espiritualidad y la pastoral de los católicos, no había gozado hasta la llegada del Papa Juan al Pontificado de tal trascendencia. Había descubierto la necesidad de la unidad cristiana cuando de una manera práctica y diaria tuvo que ejercer, desde 1925, de enviado oficial para Bulgaria y desde 1931 de Delegado Apostólico para Turquía con su Patriarcado Ecuménico de Constantinopla. En ambos países la Iglesia ortodoxa es mayoritaria.

Su vocación ecuménica

Claro que Roncalli, el Mons. Roncalli, a quien el Papa Pío XI hubo de mandar que consagraran obispo pues pretendían enviarle como simple monseñor, encontró todo este bagaje ecuménico en la sinceridad, franqueza, espiritualidad y humildad de su vida. Le enviaron al mundo ortodoxo donde creían que todo quedaba reducido a simples formulismos y hasta a algunos enfrentamientos con las jerarquías ortodoxas, que en último término siempre resolvería Roma con su autoridad y su manera. Pero el Delegado Apostólico Roncalli empezó a verlo desde el principio de otra manera: como una misión dirigida por el Espíritu Santo y mantenida por la estrecha comunión con Cristo de toda su vida. Así que empezó a actuar desde la simplicidad de su espíritu, desde su fina inteligencia y

desde el amor que le inspiraba toda persona. Las autoridades ortodoxas búlgaras se percataron desde un principio de que en aquel representante del Vaticano había algo especial y muy pronto se ganó la simpatía y la amistad personal de varios obispos ortodoxos.

Roncalli, siguiendo su forma habitual de proceder, procuraba estar al tanto de todo, conocer a todos, informarse de circunstancias personales o eclesiásticas, visitar a unos y a otros, aún a costa de ser mal recibido, y prestar su pequeña pero estimadísima ayuda.

Por eso ocurrió que en cierta ocasión se presentó en un hospital católico, que prestaba auxilio a todos sin distinción, a visitar a unos heridos ortodoxos en una catedral de Sofía en atentado al Rey Boris III. El Monarca quedó tan impresionado que le recibió en audiencia privada especial para agradecerle su interés, cosa inédita pues los delegados de Roma no gozaban de ninguna consideración diplomática y, además, la tirantez entre la mayoría ortodoxa y la minoría católica era muy fuerte. En poco tiempo la actitud de Mons. Roncalli suavizó todas aquellas tensiones con su acercamiento sincero.

A partir de 1931 pudo extender su admirable actividad ecuménica a Turquía con su Patriarcado Ecuménico de Constantinopla y a Grecia, una de las Iglesias ortodoxas de mayor entidad. En el nombramiento como Delegado Apostólico de Turquía iba incluido el de vicario apostólico para Estambul, lo que le dio oportunidad para un acercamiento difícil pero fructífero por la importancia que entonces tenía ante todas las Iglesias Ortodoxas el Patriarcado Ecuménico. Los conocimientos y la fraternidad que de la ortodoxia traía desde Bulgaria le sirvieron mucho para comenzar su misión en Turquía y Grecia. Pero de nuevo no improvisó nada. Con su constante vida de oración, humildad, sencillez, sinceridad y poniendo de su parte todo el esfuerzo en conocer y acercarse a aquellos hermanos ortodoxos, su actividad dio un espléndido resultado de manera que se reafirmó su vocación en la búsqueda de la unión de los cristianos y puede decirse que en estos 20 años se reforzó el empeño de Mons. Roncalli en esta misión y apareció como una lucecita el ecumenismo de la Iglesia Católica. Tanto en Estambul como en Atenas, más difícil esta última, se pasó del desconocimiento al conocimiento mutuo, de las desavenencias a la comprensión, del rencor a una incipiente fraternidad.

Cuando en 1944, al parecer muy satisfecho de la labor de Roncalli que comprendió también una gran actividad en medio de la Segunda Guerra Mundial y un gran desvelo por salvar las vidas de muchos judíos, Su Santidad Pío XII le nombró Nuncio Apostólico en París, ¡nada menos que en París! y luego Patriarca de Venecia. Las amistades que dejaba Roncalli en aquellos países ortodoxos eran muchas y cualificadas, tanto entre jerarquías ortodoxas como entre autoridades

civiles y gentes del pueblo de distintas tendencias religiosas. En sus estancias en Roma, en la Curia, ya no se decía igual que lo hacían ante sus peticiones como Delegado Apostólico en Bulgaria, Turquía o Grecia: “ Bueno, cosas de Roncalli”, calificándolas de extrañas y de poca consideración, si no que por la estima del propio Pío XII empezaron a descubrir la importantísima misión del bueno de Mons. José Ángel Roncalli.

Por la vocación ecuménica que cultivó, sus perspectivas con respecto a la misión por la unión de los cristianos aumentaron y aquel carisma de Dios le llenó de firmeza, de mente despierta y resistencia a la fatiga, dotes para crear, cuando convocó el Concilio Vaticano II, aquel Secretariado Romano para la unidad de los cristianos luego convertida en Comisión Conciliar, con el único apoyo durante meses del infatigable Cardenal Agustín Bea y de su entonces joven secretario para esta misión, el más tarde cardenal Willebrans. Este carisma se extendió muy pronto entre los grandes teólogos europeos dando un firme matiz ecuménico no sólo al Decreto de Ecumenismo “ *Unitatis Redintegratio*”, sino a todos los documentos conciliares.

Cuando Juan XXIII pronunció su discurso inaugural del Concilio, el día 11 de octubre de 1962, cayeron muchas barreras y diferentes Iglesias comenzaron a mirarse a los ojos y surgió un tímido diálogo fraterno. Con la acogida del Papa Roncalli a los observadores no católicos, éstos comenzaron a sentirse parte integrante del Concilio:

“ Nuestro encuentro en este día reviste carácter familiar y confidencial- les dijo-, quiere tener la impronta, a la vez, de respeto y sencillez... Jamás hubo entre nosotros confusión (dijo refiriéndose a sus años en Bulgaria y Turquía) en los principios, ni obstáculo alguno en el plano de la caridad en el trabajo común que nos imponían las circunstancias para asistir a los que sufrían. No parlamentamos sino hablamos; no discutimos, nos amamos... Vuestra apreciada presencia aquí, la emoción que embarga mi corazón de sacerdote, la emoción de mis colaboradores, la vuestra también, me invitan a confiaros el anhelo de mi corazón que arde en deseos de trabajar y sufrir porque se aproxime la hora en que se realice para todos la oración de Cristo en la Última Cena”

Desde entonces hasta ahora qué camino tan hermoso el del ecumenismo. No sin dificultades, las relaciones actuales entre los cristianos todavía divididos han experimentado un avance insospechado. Se mantienen importantes diálogos teológicos entre la Iglesia católica y la ortodoxa, el diálogo doctrinal con el Anglicanismo es fuerte y firme, las conversaciones y documentos con los luteranos son de considerable importancia y los coloquios con las Iglesias pentecostales llevan a positivas conclusiones.

Toda esta actividad, además de las frecuentes visitas, intercambios, congresos interconfesionales, etc en plano de igualdad, admitiendo la unidad en la diversidad, fomentando el intercambio de los dones propios de unas Iglesias a otras., ha enriquecido el acercamiento de todos los cristianos. Se presentan todavía interferencias y prepotencias, pero ¿cómo se podía pensar en tantos avances y tan sinceros en solo 50 años? La verdad es que tras la actuación de Juan XXIII se inician muchas preguntas cuyas respuestas deberían ser sinceras y nos ayudarían a conseguir un auténtico ecumenismo.

¿Cómo tantos anteriores Delegados de Roma a esos u otros países de mayoría no católica no habían logrado nada? La respuesta la proporciona la manera de aceptar el cargo. Roncalli lo tomó como llamada a una misión, por lo tanto, con especial interés y esfuerzo, lo que creó en él una sincera vocación y un correspondiente carisma. Sin tener vocación ni poseer un carisma que proporcione fuerza y motivos a tal vocación es de todo punto imposible hacer ecumenismo porque se tomará solamente como un nombramiento o un cargo del que gozar o salir como se pueda.

Más preguntas con necesidad de respuesta

¿Por qué Mons. José Ángel Roncalli inició pronto y con éxito lo que había intuido como misión ecuménica?. Era un cualificado experto de la historia y se introdujo hasta el fondo en el conocimiento de causas, hechos históricos y actualidad de las separaciones en las Iglesias ortodoxas a las que fue enviado. Junto con esto su vida de oración y comunión con Cristo en la cual situó en primer término la misión ecuménica a la que era enviado y la sinceridad, franqueza, espiritualidad y humildad de su vida, le dieron fuerzas suficientes. Sin santidad de vida y seguros conocimientos teológicos, históricos, etc es imposible vivir el compromiso de la vocación ecuménica.

Al tomarlo como una misión del Espíritu dio forma al delicado trabajo que se le presentaba introduciéndose y analizando las realidades y posibilidades tal como las veía en cada momento pues, desde su sencillez, humildad y amor, entendió que esto era más eficaz que mantenerse sólo en los estrechos límites de los formulismos a sus consultas. Fue uno de los motivos de la efectividad ecuménica de Juan XXIII, se situaba en las realidades del día a día y así con conocimiento de causa realizó una extraordinaria labor que supieron valorar pasado un tiempo en las altas esferas vaticanas.

¿Por qué suavizó las desavenencias entre las Iglesias ortodoxas y la católica? Con su acercamiento constante y sincero, con el conocimiento de todo y de todos

y la fraternidad, sin improvisar nada, puso de su parte todo el tesón posible en acercarse a aquellos hermanos cristianos tan desconocidos, tan alejados, tan fragmentados a primera vista y tan contrarios a todo trato con lo católico. Este fue el ecumenismo de Juan XXIII. Así de simple y así de cada día. Nunca escribió documentos llenos únicamente de buenas intenciones o de reproches, sino que actuó desde el corazón y ante las perspectivas con que se encontraba en cada momento.

Después de tantos años en la brecha del ecumenismo se va perfilando nítidamente la necesidad concreta de cada momento y se entienden reacciones y formas de encauzar lo que se desborda por efecto de riadas imprevistas o por las pertinaces sequías ecuménicas. Lo primero a mantener en la marcha continua hacia la Unión de los Cristianos es, a la vez que la pureza de corazón y santidad de vida, la humildad, la sencillez, el tesón, la confianza absoluta en la acción de Dios, pero juntamente otras actuaciones propias de la vocación y consagración a buscar la unión cristiana. En nuestro concreto caso español es imprescindible volver al conocimiento preciso del estado actual del movimiento ecuménico en la Iglesia española. Es atractivo, nos soluciona situaciones en las que no se sabe bien que tratar echando mano entonces de lejanas o más cercanas formas de ortodoxias más o menos vigentes, interesantes y respetables pero muy apartadas de la realidad ecuménica española. Necesitamos más bien poner encima de la mesa la práctica ecuménica que nos traemos entre manos cada día, dialogar sobre lo que hacemos en este campo desde la acción pastoral, espiritual y teológica, llegar a conclusiones bien estudiadas y definidas y luego pasar a un análisis. Claro, para todo esto lo primero que se necesita es algún interés y huir de la tremenda indiferencia ecuménica que nos invade. Hay que partir para ello de que el ecumenismo es comunión íntima con Cristo y conocimiento del mensaje de unidad que impregna todo el Evangelio y desde aquí todos los documentos del Concilio Vaticano II. Sería tomar en consideración cuanto se dijo en la página 7 del número anterior (91) de esta misma revista Pastoral Ecuménica cuando se habla de *“la sublime misión del ecumenismo”*.

Tras el conocimiento de lo realmente cierto en nuestro ecumenismo debería imponerse un análisis minucioso. ¿De dónde parte el ecumenismo en España? ¿Cuáles se consideran sus principales etapas? ¿Cómo se actuó en las principales? ¿Qué interconfesionalidad se practicó en ellas? ¿Se mantiene algún diálogo ecuménico dentro de la Iglesia católica, entre los ecumenistas católicos? ¿Se ha intentado, se intenta, algún diálogo ecuménico con las Iglesias ortodoxas en España, la IERE, la IEE, las Iglesias Bautistas, las Pentecostales u otras Iglesias? ¿Cuál es el motivo de la inexistencia de ese diálogo o si ha existido o existe con algunas Iglesias? Naturalmente, se pueden y deben encontrar muchas más preguntas para llegar a un análisis sincero y eficaz.

Enriquecedor, sin duda, sería un análisis sobre Instituciones y Entidades ecuménicas. En ellas reside el núcleo principal de la acción ecuménica. Aquí se encuentran los ecumenistas españoles y los que sienten alguna inquietud por la unión de los Cristianos. ¿Cuál es la causa de la inexistencia de una pastoral ecuménica en las parroquias tanto católicas como de otras confesiones? ¿Por qué es tan difícil encontrar algún joven en el movimiento ecuménico? ¿Cuál es la causa de que la actividad ecuménica se suela realizar de una forma tan personalista? Los Centros Ecuménicos de España suelen actuar también sin programación común, ¿a qué se debe tal aislamiento entre Instituciones absolutamente dedicadas a extender la causa ecuménica? ¿Por qué las relaciones entre la Iglesia católica y otras confesiones cristianas en España no trasciende la línea de la amistad entre algunos católicos y fieles y pastores o sacerdotes de esas Iglesias? ¿A qué es debido que parezca imposible un diálogo abierto y sincero entre la Iglesia católica y las Iglesias no católicas en España? ¿Por qué tal desconocimiento de lo que somos unos y otros: en nuestra historia ecuménica, en nuestros principios ecuménicos, en la propia doctrina y forma de vivir de cada Iglesia? ¿Qué motivo existe de verdad para que ni unos ni otros queramos iniciar este diálogo, este conocimiento, este acercamiento? ¿De verdad conocemos lo que desde el punto de vista bíblico, teológico, espiritual... es el ecumenismo y lo que significa para la vitalidad de cada Iglesia? ¿Son válidas nuestras entidades ecuménicas para iniciar un sincero ecumenismo en estos momentos? ¿Por qué no abordar de una vez por todas en las reuniones de Delegados Diocesanos temas para responder a estas y otras muchas interrogaciones con el fin de conocer cual es la verdad de nuestro ecumenismo y colaborar entre todos a hacerlo real, actual y vivo?

Naturalmente, esta anhelada renovación de nuestro ecumenismo, que ha de ser perfectamente conocida y analizada por todos los ecumenistas españoles, tendría que ser organizada y dirigida por las máximas autoridades eclesiásticas en el campo ecuménico en colaboración con los Delegados de Ecumenismo de las distintas diócesis y provincias eclesiásticas e incluso en ocasiones con los responsables de ecumenismo de otras Iglesias. De seguir con la proyección ecuménica mantenida desde hace más de 15 años terminará por desaparecer prácticamente un movimiento ecuménico real y eficaz en nuestra nación. No vamos a insistir ahora en la oración y santidad de vida de donde debe partir especialmente toda acción ecuménica porque esto ya se habló en la Presentación del número anterior, n.º 91, de esta revista.

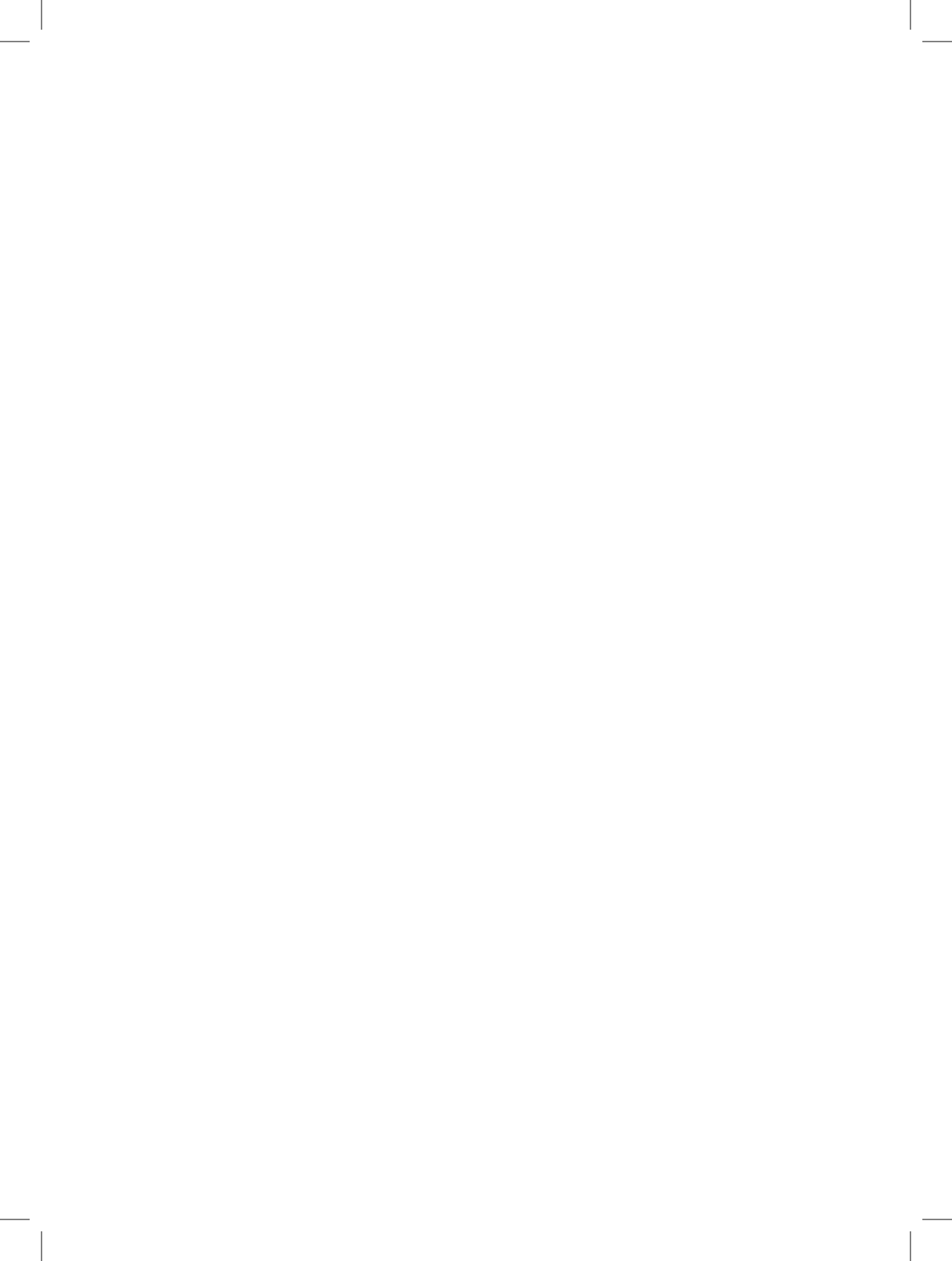
A muchos de estos interrogantes dio respuesta Juan XXIII al descubrir su vocación para buscar la Unión de los Cristianos, siempre que fiel a esta vocación actuó hasta el agotamiento, cuando respondiendo a esta llamada de Dios y de la Iglesia experimentó con fuerza el carisma que le conducía en volandas tras las necesidades ecuménicas de cada día, en cada momento que arriesgó sin mirarse

a sí mismo y no olvidó a nadie para lograr su acercamiento a los otros hermanos, en cada instante que dirigió su oración a Dios por la causa de la unidad cristiana que se le había confiado, cada vez que hubo de humillarse, de ser creativo en aquella misión sublime, de confiar plenamente en Dios y a la par poner todo su tesón diario... Todo esto le hizo encaminarse a una consagración de su vida al ecumenismo. Se nos propone ahora como testigo en muchos aspectos de su vida, pero muy especialmente en el de su entrega a buscar la Unión de los Cristianos.

Cuando después de tanta labor agonizaba entregando su vida por la unidad cristiana y desde la Plaza de San Pedro subían al cielo miles de oraciones unidas a las intenciones del “Papa bueno” se celebraba en el Centro Ecuménico – Oriental de la calle de Claudio Coello, 129, de Madrid en la Vigilia de Pentecostés de aquel año de 1963 la primera oración interconfesional en España con la asistencia de bastantes pastores protestantes. Algunos escribieron a la revista *Re – Unión* de ese Centro ecuménico – Oriental cartas verdaderamente conmovedoras.

Este número de Pastoral Ecuménica quiere ser un homenaje a Juan XXIII. Por eso publicamos diversos artículos sobre su persona y su actividad ecuménica. En primer lugar el del P. Luíís Marín, OSA, titulado “*El primado del corazón. Juan XXIII y el ecumenismo*”, cuya tesis doctoral versó sobre este Pontífice; en segundo lugar escribe el P. José Miguel de Haro, Redentorista, acerca de: “*Juan XXIII y Taizé*”, el P. José Miguel de Haro es un gran experto en todo lo referente a Taizé; en tercer lugar escribe el Archimandrita Demetrio, del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, sobre: “*Juan XXIII y el Patriarcado Ecuménico*”; recordando la gran fecha de la visita de Pablo VI a Tierra Santa escribe el conocido P. Langa Aguilar, OSA, un trabajo titulado: “*Pablo VI en Tierra Santa*”, en el que nos ofrece abundantes datos de este encuentro Pablo VI – Atenágoras I bastante desconocidos; como acerca de Juan Pablo I no se ha tratado nada en esta revista sobre sus actividades ecuménicas, Marta Díez Gómez, de la redacción de esta revista, publica un artículo titulado: “*Juan Pablo I, estrella fugaz en el ecumenismo*”, en el que descubre los proyectos ecuménicos de este Papa que no pudo poner en práctica debido a su pronto fallecimiento; en la sección de Miscelánea el P. Rafael del Olmo Veros, OSA, nos ofrece una nota bibliográfica sobre el nuevo obispo, P. José Demetrio Jiménez, colaborador hace unos años de esta revista.

Para despedirnos les felicitamos la Pascua de Resurrección y el gran día de la canonización de Juan XXIII, el 27 de abril de 2014. Indicar que el Centro Ecuménico “Misioneras de la Unidad” prepara el Encuentro de “El Espinar” de este verano y el de Religiosos – Religiosas en Asís. Por su parte la IEF ultima los preparativos para su reunión en este mes de mayo en Taizé y su peregrinación a Tierra Santa en el mes de octubre. Encomendamos todo nuestro ecumenismo al nuevo santo Juan XXIII.



EL PRIMADO DEL CORAZÓN Juan XXIII y el ecumenismo

No hay duda de que el santo papa Juan XXIII marcó el inicio de una nueva época en la Iglesia. El Concilio Vaticano II, por él convocado, supuso un profundo *aggiornamento*, también en lo que respecta a la búsqueda de la unidad entre los cristianos. Varias fueron las decisiones del papa Juan que orientaron este camino, hasta el punto de poder ser considerado una de las figuras más significativas entre las que han marcado los primeros pasos del ecumenismo católico. Ahora bien, Angelo Giuseppe Roncalli (1881-1963) fue hijo de su tiempo y producto de una formación determinada: la de los inicios del siglo XX; su evolución vendrá marcada por sus vivencias en Oriente, que encontraron terreno abonado en un temperamento particularmente fraterno y cordial y en una marcada sensibilidad religiosa. El suyo fue fundamentalmente un ecumenismo del corazón o de la caridad y sólo posteriormente se abrió a lo que podemos llamar ecumenismo institucional o teológico, tal vez sin comprenderlo del todo.

1. FORMACIÓN EN EL UNIONISMO ROMANO

Roncalli recibió en Bérgamo (1892-1900) y sobre todo en Roma (1901-1904) una formación eclesiástica en la que el tema de la unidad de la Iglesia, muy secundario en las preocupaciones eclesiales, se consideraba desde una óptica latinizante y desde una actitud de clara superioridad católica. Los ortodoxos, los protestantes y los anglicanos eran “cismáticos” y “herejes”, como se les denominaba habitualmente, que se habían separado en actitud de indisciplina y rebeldía, frutos de la cual eran la atomización y el pluralismo confesional, la negación en gran medida de las fuentes de la gracia sacramental y la manifestación de un cúmulo de rarezas y excentricidades. A lo más que se llegaba era al paternalismo unionista, desarrollado sobre todo a partir del pontificado de León

XIII, por el que se invitaba más o menos cordialmente a los llamados cismáticos a regresar a la Iglesia católica, única y verdadera Iglesia de Cristo, que ellos habían abandonado culpablemente.

Sin embargo, ya ordenado sacerdote, dos personas enriquecieron esta concepción tradicional y, en parte, hicieron posible una perspectiva más amplia. La primera fue monseñor Giacomo Maria Radini-Tedeschi, obispo de Bérgamo, uno de los prelados de mayor implicación social de su época, de quien Roncalli fue secretario (1905-1914). Él puso en contacto a Roncalli con los ambientes culturales de Lovaina y con su amigo el cardenal Desirè-Joseph Mercier, arzobispo de Malinas entre 1906 y 1926 y protagonista de las conversaciones entre anglicanos y católicos, que tomaron nombre de su diócesis. La segunda persona fue monseñor Vincenzo Bugarini, antiguo rector del Seminario Romano, sabio orientalista y experto en la sección de Oriente en Propaganda Fide. Ya jubilado, Bugarini fue a vivir al apartamento de Roncalli en Roma, desde 1921 hasta su muerte en 1924, en la época en que Roncalli era presidente para Italia de la Obra Pontificia para la Propagación de la fe (1921-1925). No cabe duda de que el viejo monseñor enriqueció la perspectiva eclesial roncalliana y le aportó matices de enorme utilidad para afrontar la importantísima etapa que se abrió a continuación en su biografía.

2. LA EXPERIENCIA EN ORIENTE

Angelo Giuseppe Roncalli estuvo destinado en Oriente durante veinte años. Primero como visitador (1925-1931) y delegado apostólico (1931-1934) en Bulgaria, y luego como delegado apostólico en Turquía y Grecia (1934-1944). Durante estos años Roncalli vivió con fuerza la realidad ecuménica. Y él consideró una parte de su servicio, en lo que respecta a las relaciones con los ortodoxos, “realizar aquella norma que es fundamental para un representante pontificio en países de cristianos separados y no solamente allí, es decir, hacer conocer al papa y a la Iglesia católica y hacerlos amar”¹.

2.1. RELACIONES CON LA IGLESIA ORTODOXA

Ya desde el inicio de presencia en Bulgaria, el tema de las relaciones con la poderosa Iglesia ortodoxa estuvo presente en el horizonte de su labor. Bulgaria

¹ *Apuntes para una conferencia*, 18 enero 1954: L.F. CAPOVILLA, *Natale 1975-Capodanno 1976*, Roma 1976, 18.

era un país de abrumadora mayoría ortodoxa, mientras que los católicos eran solo unos 35.000 fieles, en gran parte de tradición latina, aunque existía también una minoría uniata de rito bizantino-eslavo. Roncalli procuró inmediatamente establecer relaciones personales, acercándose a la alta jerarquía ortodoxa en una época en la que gestos similares eran bastante inusuales. De hecho, a finales de mayo o principios de junio de 1925 (Roncalli no da la fecha exacta), se encontró discretamente con el metropolitano de Sofía, Stepan, en un pueblo a 24 kilómetros de la capital. Inmediatamente siguió la visita al Santo Sínodo, el 26 de agosto, y ya que el metropolitano Stepan estaba en Estocolmo en la conferencia ecuménica promovida por Vida y Acción, se encontró con el vicepresidente Kliment, metropolitano de Vratsda. Según indicó en la relación enviada a Roma, consideraba esta visita al Santo Sínodo “como un acto de homenaje por mi parte a la mayor autoridad religiosa de Bulgaria, en nombre de aquellos principios que nos unen en la búsqueda del bien de las almas”². Si los cristianos tienen por santo y seña la caridad, deben mostrarla en sus relaciones para ser creíbles; además las buenas relaciones y el conocimiento mutuo no cabe duda de que darán fruto: “Fue un coloquio en conjunto muy amplio pero sin ninguna importancia, más allá de haber agradado mucho al Santo Sínodo, que ha visto cómo se le tenía en consideración, y de haber establecido buenas relaciones que se volverán, creo, preciosas para el futuro”³.

Dentro de estos coloquios de cortesía con las autoridades ortodoxas merece especial mención el encuentro de Roncalli con el patriarca ecuménico de Constantinopla, Basilio III, el 31 de marzo de 1927, que tuvo lugar en Estambul donde Roncalli había ido para la ordenación episcopal del arzobispo de Atenas, Giovanni Battista Filippucci. El patriarca Basilio manifestó una enorme sensibilidad y expresó su ferviente deseo de encontrarse con el papa en Roma para tratar sobre la unión de las Iglesias. Roncalli, tal vez evidenciando una cierta superioridad latina, pero con una indudable perspicacia, advirtió la dificultades prácticas y así lo indicó a sus superiores: “Pero ¿qué puede hacer él sin el Sínodo ortodoxo? Nada. Es un simple presidente de una república democrática. No puede entablar ninguna relación con otras Iglesias ni con los gobiernos sin una delegación de la asamblea sinodal. En cuanto a la dignidad, de hecho parece reducida a una *magnis nominis umbra*: nada más”. A pesar de esta dura consideración, Roncalli reconocía que “la espontaneidad [del patriarca] de abrirse con un prelado de Roma sobre un tema ante cuya sola mención sus antecesores prorrumpían en rechazos e invectivas desdeñosas, aun teniendo en cuenta las circunstancias

² *Relación al cardenal Pietro Gasparri*, 4 de septiembre de 1925: L. BOTRUGNO, *L'arte dell'incontro. Angelo Giuseppe Roncalli rappresentante pontificio a Sofia*, Venezia 2013, 165.

³ *Ibid.*, 166.

actuales que lo explican en gran parte, sorprende agradablemente al espíritu de quienes, como el pobre que suscribe, como tantos y tantos trabajadores más que beneméritos por la causa de la unión, con ardiente afecto —como diría Dante—, esperan el sol mirando fijamente hasta que el alba nazca...y suscita la esperanza de que algo bueno pueda seguir una vez que se crea haber tomado el hilo que nos ofrece la Providencia, de una forma inesperada y no carente de naturalidad”⁴.

Sobre la relación enviada por Roncalli, el cardenal Sincero escribió: “Respóndase a mons. Roncalli agradeciéndole su interesante relación, que le ha sido transmitida a Su Santidad”. Pero las autoridades vaticanas no siempre reaccionaron del mismo modo. Una tercera iniciativa de Roncalli, el envío de un mensaje de saludo⁵ al consejo plenario de los obispos ortodoxos búlgaros, en diciembre de 1927, provocó una áspera respuesta vaticana y el envío por parte de la Congregación de una carta reprobatoria a Roncalli, en la que se ponían ya de manifiesto profundas diferencias no solo de actitud, sino también de concepción eclesial. La carta comenzaba diciendo que “esta S[agrada] C[ongregación] considera que v.s. debería haber pedido primero la autorización de la Santa Sede”. Añadía que consideraba impropio “que v.s. haya escrito como representante del Santo Padre y como tal haya enviado a una reunión de prelados cismáticos ‘una palabra humilde y fraterna’ y deseado ‘a sus trabajos la gracia del Espíritu Santo, que los haga provechosos’. [...] Creo superfluo recomendar a su ferviente celo mucha circunspección y prudencia al tratar con las autoridades religiosas cismáticas”. Y remataba con una referencia a Pío XI: “El propio Santo Padre, leído su mensaje a los obispos búlgaros, aun contando con su afecto hacia usted, no ha podido no exclamar: *‘bonus quandoque dormitat Homerus’* [...]”⁶. Roncalli archivó esta carta, pero añadió una significativa nota: “No había tiempo para pedir a la Congregación la autorización para el mensaje del 23 de diciembre de 1927 al Consejo Plenario de los obispos ortodoxos, una vez que a última hora había considerado oportuno enviarlo *in Domino*. En cuanto a considerar impropia ‘la palabra humilde y reverente de religioso respeto y de fraternidad’, no se logra comprender fácilmente si se piensa que los cismáticos son llamados muchas veces por el papa mismo hermanos separados: separados, por tanto, pero siempre hermanos”⁷.

Los gestos de recíproca cercanía, sobre el camino de la fraternidad, continuaron durante la etapa turca (1934-1944). El 1 de enero de 1936, con ocasión del

⁴ *Relación al cardenal Luigi Sincero*, 8 de abril de 1927: *Ibid.*, 173-174.

⁵ El mensaje decía: “Que el Espíritu del Señor haga provechosas sus reuniones y deliberaciones para la afirmación del Reino de nuestro Señor Jesucristo, para la santificación de las almas, para el bien de todo este querido país”: *Ibid.*, 175.

⁶ *Ibid.*, 177.

⁷ *Ibid.*, 178.

fallecimiento del patriarca Focio II, el delegado apostólico acudió al Fanar para visitar la capilla ardiente; al día siguiente, envió una pequeña delegación oficial a los funerales, así como una carta personal de felicitación al nuevo patriarca Benjamín I. Se había abierto el camino. Con motivo de la muerte del papa Pío XI, en febrero de 1939, la Iglesia ortodoxa de Constantinopla envió también una delegación oficial a los funerales celebrados en la catedral del Espíritu Santo de Estambul⁸, en los que estuvieron presentes el obispo armenio-gregoriano de Beyoglu, el vicario del gran rabino de Estambul y el presidente del consejo de la comunidad hebrea; la presencia de la delegación ortodoxa se repitió en el *Te Deum* con motivo de la elección de Pío XII. La última visita de Roncalli a un patriarca ecuménico de Constantinopla tuvo lugar el 27 de mayo de 1939. Fue un encuentro oficial de agradecimiento, que se inició con un significativo gesto de Benjamín I, que abrazó al delegado apostólico mientras le dirigía el saludo pas-cual oriental: “*Haec est dies quam fecit Dominus*”⁹. Roncalli anotó en su agenda: “No tocamos nada la cuestión de la unión ni ninguna otra, evitamos cualquier escollo, y sin embargo no faltó materia de conversación animada e interesante: apostolado de paz por parte de todos los jefes de confesiones religiosas, estudios bizantinos, mis estudios sobre san Carlos, los dos papas Pío, el centenario de san Vladimiro. En conjunto con feliz impresión recíproca”¹⁰.

Los encuentros con otras personalidades de las Iglesias orientales fueron frecuentes, tanto en lo que se refiere a los ortodoxos¹¹ como también a otras confesiones. Especial importancia tuvo el caso del patriarca armenio Mesrob Naroyan, que se había lamentado por la visita de agradecimiento de monseñor Roncalli a Benjamín I y no a él. De la cordialidad de esta entrevista dio cuenta el propio Roncalli en la relación enviada el 20 de diciembre de 1939 al cardenal

⁸ En la homilía Roncalli hizo referencia a la deseada unidad de la Iglesia e indica el camino a seguir: la caridad, la fe común, la oración: “El tiempo todo vela y todo desvela. Un día, quizás aún muy lejano, la visión de Cristo, el *unum ovile et unus pastor*, será la realidad deliciosa del cielo y de la tierra [...]. Sea unánime entre tanto, os lo ruego en su nombre [de Pío XI], el esfuerzo por acrecentar el fervor de la fraterna caridad. Continuemos repitiendo la común profesión de fe: *Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*. Este acto de fe colectiva es una súplica. Hay quien la escucha y la atenderá”: A. MELLONI (a cura di), *La predicazione a Istanbul. Omelie, discorsi e note pastorali (1935-1944)*, Firenze 1993, 168-169.

⁹ V.U. RIGHI, *Papa Giovanni XXIII sulle rive del Bosforo*, Padova 1971, 151.

¹⁰ Anotación del 27 de mayo de 1939: A.G. RONCALLI - GIOVANNI XXIII, *La mia vita in Oriente. Agende del delegato apostolico 1935-1939*, Bologna 2006, 191-192.

¹¹ En junio de 1939 se encontró dos veces con Tomás, metropolitano de las Islas; el 29 de julio de nuevo con Tomás y con el metropolitano Emiliano de Filadelfia (“buena y edificante conversación”, escribirá Roncalli); el 29 de julio visitó la escuela de Teología de Halki y también se encontró con el archimandrita Costantinidis; el 7 de agosto se encontró con el metropolitano Constantino de Irinopolis.

Eugène Tisserant, secretario de la Congregación Oriental: “La conversación fue sencilla y sin obstáculos, hablando mi interlocutor suficientemente el francés. Me dijo cómo, para los armenios, el papa goza siempre de la más sincera estima y veneración el papa difunto y el papa nuevo, del que a continuación me habló con entusiasmo. Quiere también subrayarme las buenas relaciones con los armenios católicos, complaciéndose en ver presente a s.e. mons. Kiredian”¹².

Por lo que se refiere a las acciones concretas emprendidas por monseñor Roncalli en el campo ecuménico, tenemos el primer intento por crear en Bulgaria una casa orientada a la búsqueda de la unidad y confiada a los benedictinos: para ello contaba con la presencia a su lado, durante los primeros meses de la misión búlgara, del benedictino flamenco dom Constantin Bosschaerts en calidad de secretario¹³. El asunto no llegó a buen puerto debido a diferentes reticencias tanto dentro de la orden benedictina como en Roma.

2.2. AVANZANDO ENTRE ESPINAS: LA DIPLOMACIA RONCALLIANA

Resulta interesante advertir cómo en su tarea diplomática, Roncalli procuró siempre, como principio, buscar más lo que une que lo que divide o separa, dando siempre prioridad a la caridad y a las actitudes espirituales. Para Roncalli ser obispo era una responsabilidad ante Dios, Padre de todos, en la que se fundamentaba su actividad diplomática y nunca al revés. “Hago el bien y estoy contento”, escribió¹⁴, porque “yo en mis cosas no me esfuerzo sino en hacer triunfar la caridad, la paciencia y las buenas maneras con todos. Me puedo equivocar, pero no tengo parcialidad con nadie. Sólo me preocupa imitar más y más la bondad del Señor que me enseña a tomar todo por la parte mejor, también a sufrir, pero no a dejar nunca de perdonar y hacer el bien”¹⁵.

Esta actitud se puso de relieve al abordar los momentos más difíciles de su actividad diplomática, relacionados con el tema ecuménico. Fueron principalmente de dos tipos: los relacionados con el matrimonio del rey Boris III de Bulgaria y los provocados por la hostilidad del clero ortodoxo. El rey, de confesión

¹² A. MELLONI, *Fra Istanbul Atene e la guerra. La missione di A.G. Roncalli (1935-1944)*, Genova 1992, 193.

¹³ La elección había sido hecha de acuerdo con dom Lambert Beauquin, quien le habría indicado el nombre de su colega durante la visita de Roncalli al colegio San Anselmo el 21 de marzo de 1925, dos días después de la consagración episcopal.

¹⁴ *Carta a su hermana Maria*, Sofia 20 de diciembre de 1925: GIOVANNI XXIII, *Lettere familiari. 152 inediti dal 1911 al 1952, a cura di G. Farnedi*, Casale Monferrato 1993, 50.

¹⁵ *Carta a sus hermanas Ancilla y Maria*, Sofia 24 de febrero de 1929: JUAN XXIII, *Cartas a sus familiares*, Madrid 1978, 1g4.

ortodoxa, contrajo matrimonio con la princesa católica Juana de Saboya, hija de los reyes de Italia, el 25 de octubre de 1930, en Asís. La ceremonia se realizó según el rito católico y habiendo aceptado expresamente los contrayentes las normas establecidas por el Código de Derecho Canónico para los matrimonios mixtos¹⁶. El clero ortodoxo consiguió que el 31 de octubre tuviese lugar una segunda ceremonia en la catedral de Sofía, que supuso, en la práctica, la repetición del matrimonio. Además, en enero de 1933, Boris III hizo bautizar a su primogénita en la fe ortodoxa, contraviniendo lo establecido en el canon 1061 sobre los matrimonios mixtos. El papa Pío XI protestó públicamente y se temió una posible expulsión del visitador apostólico. Algunos han afirmado que el papa culpó a Roncalli de esta situación y le reprochó su credulidad y excesiva confianza. No es verdad. Roncalli sabía bien dónde estaba la razón de todo este problema y años más tarde comentó que, por aquel entonces, dijo “claramente a la Secretaría de Estado que no había que tener confianza en las garantías del rey; él podía ser sincero, pero la Iglesia ortodoxa búlgera no habría tolerado jamás el bautismo del príncipe heredero en el rito católico”¹⁷. Su actitud distaba mucho de la ingenuidad: “Estamos ante la mala fe evidente en los representantes de la ortodoxia, ayudada por sus luchas internas y también por la ignorancia”¹⁸. Como escribió a un amigo: “Naturalmente esos *barboni* de la ortodoxia no me pueden mirar bien tras lo ocurrido, testigo como soy de sus fechorías, y respecto a ellos estoy aquí *sicut agnus inter lupos*; pero soy demasiado grande para que me puedan despedazar. Gruñen y me soportan”¹⁹. Pío XI no sólo no reprocho nada a su delegado apostólico (como afirmaba la difundida leyenda), sino que le expresó su confianza y le renovó su afecto. Roncalli recibió con alegría “la expresión de la augusta complacencia del Santo Padre sobre mi humilde obra en las circunstancias del pasado invierno. No es necesario que diga lo emocionado y agradecido que estoy por esas palabras que *in humanis*, tras el *testimonium bonae conscientiae*, son para un servidor de la Santa Sede, por modesto que sea, el estímulo y el consuelo más eficaz en las dificultades cotidianas”²⁰.

¹⁶ Cf. cánones 1060-1065.

¹⁷ Testimonio de monseñor Roncalli en la primavera de 1942, según el diario del P. Francesco Trusso, OMI: G. CAPRILE, *Ancora su Giovanni XXIII: La Civiltà Cattolica* 131 (1980-II) 51-52.

¹⁸ *Relación al cardenal Eugenio Pacelli*, 11 de diciembre de 1930: L. BOTRUGNO, *L'arte dell'incontro...*, 272-273.

¹⁹ *Carta a mons. Luigi Drago*, 31 de marzo de 1931: A.G. RONCALLI - GIOVANNI XXIII, *corrispondenza del 1911 al 1963 con i preti del Sacro Cuore di Bergamo*, Padova 1982, 199-200.

²⁰ *Relación al cardenal Eugenio Pacelli*, 10 de mayo de 1933: L. BOTRUGNO, *L'arte dell'incontro...* 304.

Las dificultades también se dieron en Grecia, sobre todo al comienzo de su misión, debido a la hostilidad del clero ortodoxo, que reaccionaba con dureza frente a todo lo católico, herencia de muchos siglos de incomprensiones, y donde el recuerdo de la cuarta cruzada y de los desmanes latinos había dejado una profunda huella, de modo que a los sacerdotes católicos aún se les llamaba “franco-papas”. Roncalli escribió a su madre, con tristeza: “En este país hay tantas cosas que arreglar; pero como todos son ortodoxos y, por tanto, contrarios y temerosos de la Santa Sede y del papa, tengo que ir despacio, con cautela y con delicadeza suma”²¹. Por eso le parecía necesario tener una gran paciencia: “Sabéis cómo me desenvuelvo con los turcos. pero con los griegos las dificultades son mayores. Aquella buena gente me da palabras, pero respecto a los hechos conocéis que los ortodoxos tienen miedo del papa. Necesito, pues, mucha paciencia. Ya sabéis que más vale que sobre. Un arrebato, una sola vez, puede comprometerlo todo. Rezad por mí a fin de que el Señor siga asistiéndome con esta gracia de la paciencia, que yo también me esfuerzo en adquirir. Hacedlo también vosotras, conscientes de que al final todo acaba en una gran bendición”²².

El siempre trató de comprender a los demás, en esa diplomacia del corazón, comprensiva, afable, fundamentalmente pastoral, dispuesta siempre al acercamiento cordial, fiel a su consigna “*guta cavat lapidem*”²³. Es significativo que Roncalli no se arredrase ante las actitudes anticatólicas de la jerarquía ortodoxa, sobre todo griega. Baste como ejemplo la actitud mantenida ante el arzobispo Crisóstomos de Atenas, hostil y nacionalista, con quién se encontró de forma fortuita en la nave *Kefallonia* el 24 de agosto de 1937 y con el que mantuvo un coloquio que se prolongó alrededor de tres cuartos de hora. A su muerte, escribió: “Fue enemigo implacable de la llamada propaganda católica [...]. Por la tarde me acerqué a visitar el cadáver, expuesto en la catedral ortodoxa, y a firmar en el arzobispado. En señal de perdón, como acto de respeto a la autoridad religiosa de la que estaba revestido, como expresión de cortesía ante el luto de la Iglesia ortodoxa griega y de los griegos, también para renovar con el espíritu de Jesús el *pater dimitte illi: quia nesciunt quid faciunt*. ¡Ah!, este problema de la buena fe de los no católicos. ¡Qué misterio!”²⁴. Las relaciones mejoraron cuando Damaskinos fue elegido arzobispo de Atenas. Con él se encontró Roncalli el 10 de septiembre de 1941, en la residencia privada de un profesor de la universidad de

²¹ *Carta a su madre*, Atenas, 24 de mayo de 1936: JUAN XXIII, *Cartas a sus familiares...*, 320.

²² *Carta sus hermanas Ancilla y Maria*, Estambul 19 de junio de 1937: *Ibid.*, 345.

²³ *Carta a mons. Francesco Vistalli*, Atenas 27 de abril de 1936: L.F. CAPOVILLA, *XII aniversario della morte di papa Giovanni*, Roma 1975, 70.

²⁴ Anotación del 22 de octubre de 1938: A.G. RONCALLI - GIOVANNI XXIII, *La mia vita in Oriente...*

Lipsia. Escribió en su agenda: “La conversación duró dos horas y fue, creo, feliz y fructuosa. Así se resolvió una cuestión de etiqueta. Nos hemos encontrado. Un apretón de manos al principio terminó al final con un abrazo cordial. He aquí al representante del papa en buenas relaciones con el jefe de la Iglesia ortodoxa, tan pomposa y tan pobre. *Deo gratias*”²⁵. No era poco. Y fue el primero de otros encuentros que abrieron un camino de comprensión y ayuda en esa época convulsa.

La colaboración humanitaria con las autoridades ortodoxas se llevó a cabo con eficacia a través de múltiples iniciativas durante todo el triste periodo de la Segunda Guerra Mundial, procurando Roncalli dejar siempre claro que actuaba como hijo de la Iglesia católica, delegado de la Santa Sede y representante del papa.

2.3. CHARITAS CHRISTI URGET NOS

En el pensamiento ecuménico de Roncalli, basado en la idea de retorno a la unidad en la Iglesia católica, apreciamos sin embargo algunos matices que muestran la presencia ya de una orientación ecuménica en una perspectiva más amplia que la de los restrictivos criterios oficiales de la época. Aunque la práctica vigente en los diplomáticos de la Santa Sede era de reserva absoluta respecto a los no católicos, monseñor Roncalli comprendió enseguida que era preciso esforzarse por crear una sólida relación de amistad basada en Cristo, que hiciera posible la apertura fraterna al otro y la superación de viejas condenas y pasadas controversias²⁶. Seguía así en la línea esbozada por dom Lambert Beauduin sobre el primado de la caridad, expresado en la revista *Irénikon*, por él fundada. Un precioso testimonio sobre el tema lo tenemos en una carta escrita por Roncalli a Adelaide Coari desde Sofía: “Se pide a la caridad de los católicos apresurar la hora del retorno de los hermanos a la unidad del rebaño. ¿Comprende? A la caridad; más todavía que a las discusiones científicas. A la caridad explicada exactamente según el elogio de san Pablo”²⁷.

²⁵ Anotación del 10 de septiembre de 1941: A.G. RONCALLI - GIOVANNI XXIII, *La mia vita in Oriente. Agende del delegato apostolico 1940-1944*, Bologna 2008, 279.

²⁶ “Los católicos y los ortodoxos no son enemigos, sino hermanos. Tenemos la misma fe, participamos en los mismos sacramentos, sobre todo en la misma Eucaristía. Nos separan algunos malentendidos sobre la constitución divina de la Iglesia de Jesucristo. Aquellos que fueron la causa de estos malentendidos han muerto hace siglos. Dejemos las antiguas controversias y, cada uno en su campo, trabajemos para hacer buenos a nuestros hermanos, ofreciéndoles nuestros buenos ejemplos”: *Carta a Christo Morcefski*, Sofía 27 de julio de 1926: F. DELLA SALDA. *Obbedienza e pace. Il vescovo Angelo Giuseppe Roncalli tra Sofia e Roma (1925-1934)*, Genova 1988, 49.

²⁷ *Carta a Adelaide Coari*, Sofía 9 de mayo de 1927: L.F. CAPOVILLA, *XII anniversario...*, 49.

El amor, pues, manifestado en la relación de caridad que lleva a insistir en lo que nos une y que se convertirá para los “hermanos separados” en verdadera fuerza de atracción hacia el regreso a la única Iglesia de Cristo. Así lo indicó en una preciosa homilía pronunciada en la basílica del Espíritu Santo de Estambul con motivo del octavario para la unidad de los cristianos: “No nos detengamos en los recuerdos de lo que nos divide; que se pare en nuestros labios toda palabra amarga, toda inútil recriminación. Miremos al futuro a la luz del designio de Cristo. La unidad de la Iglesia debe ser reconstruida de forma plena. Debe llegar un día en el que uno solo será para todos el rebaño, uno solo el pastor (Jn 10, 16)”²⁸. Una segunda consecuencia la tenemos en la terminología y el lenguaje. Roncalli denominará “Iglesias” a las comunidades cristianas no católicas y “hermanos” a sus miembros, eliminando de su vocabulario términos como “cismáticos” o “heréticos”, y mostraba una profunda aversión a la idea de “cruzada”.

Aunque en esa época aún era prematuro hablar de “diálogo”, Roncalli estaba decidido a mantener relaciones amigables con ellos, con la esperanza de que un día regresaran a la Iglesia que habían abandonado. En efecto, Roncalli procuró siempre adecuar su pensamiento sobre tema ecuménico a los criterios oficiales de la Santa Sede expresados en la encíclica *Mortalium animos*²⁹ del papa Pío XI, en la que se reafirmaba que el único camino posible era el retorno de los disidentes al seno de la Iglesia católica, la única y verdadera Iglesia de Cristo, por lo que no se podía participar en plano de igualdad en ninguna reunión ecuménica³⁰. Roncalli no era en absoluto ingenuo y sabía que el proceso iniciado era de largo recorrido. Lo mismo que había sido larga la división, también sería largo y complicado el proceso de unidad, pero era preciso empeñarse en él con interés y entusiasmo. “Tal vez los resultados no se tendrán sino a largo plazo; pero no llegarán nunca si no se preparan con tenacidad y con ardor de trabajo”³¹. En la misma línea escribía años después que la unión de la Iglesia era “un misterio del

²⁸ *Homilía en la misa pontifical durante el octavario por la unidad de los cristianos*, Estambul 25 de enero de 1935: L.F. CAPOVILLA, *Natale 1976...*, 22-23.

²⁹ *Acta Apostolicae Sedis* 20 (1928) 5-14.

³⁰ El propio Roncalli juzgaba duramente los encuentros ecuménicos promovidos por *Life and Work* y *Faith and Order*: “Mientras termino la carta me llega *L'Osservatore Romano* con el decreto del Santo Oficio en el que se prohíbe a los católicos la participación en las reuniones de Lausana para la Unión de las Iglesias Cristianas. Parecerá un poco duro a los ortodoxos, pero es perfectamente lógico para nosotros. Estas reuniones, aparte la buena fe de alguno que participa en ellas, son la iniciación de una nueva forma de protestantismo. El decreto del S[anto] O[fficio] servirá indudablemente para clarificar la situación”: *Carta al P. Kyril Korolevskij*, Sofía 13 de julio de 1927: L.F. CAPOVILLA, *Papa Giovanni, gran sacerdote come lo ricordo*, Roma 1977, 147.

³¹ Relación al cardenal Eugenio Pacelli, 2 de diciembre de 1929: L. BOTRUGNO, *L'arte dell'incontro...*, 161-162.

Señor” y que su cumplimiento “quizás está reservado a los últimos siglos de la historia del mundo. Pero el deber perenne de la Iglesia santa es el de prepararlo con cada estudio, con cada esfuerzo, como si fuera inminente”³².

3. EN PARÍS Y VENECIA

La etapa de mons. Roncalli como nuncio en Francia (1944-1953) estuvo marcada por diversos problemas que hubo de gestionar (deposición de los obispos colaboracionistas, curas obreros, *nouvelle théologie*) y que restaron visibilidad y protagonismo al empeño ecuménico. No obstante su interés y su disposición sobre el tema permanecieron vivos. Hay algunos casos significativos. Por ejemplo, cuando Pío XII proclamó en 1950 el dogma de la Asunción de la Virgen, Roncalli, aun afirmando creer sin problema en esta verdad de fe, tuvo ciertas reservas sobre la oportunidad de la definición dogmática porque le parecía podían crearse nuevas dificultades a la relación con los “hermanos separados”³³. Siendo un hombre de profunda piedad mariana, su actitud fue siempre opuesta a los proyectos de nuevos dogmas (corredentora, mediadora de todas las gracias) e incluso de nuevos títulos. Como patriarca de Venecia, manifestó claramente que no firmaría ninguna petición semejante. Y la razón principal era siempre ecuménica³⁴.

En el periodo como patriarca de Venecia (1953-1958) encontramos también algunos rasgos indicativos de cómo el interés ecuménico había arraigado en su ánimo de forma clara y muy por encima de lo que era habitual tanto en el episcopado como en los fieles de la época. En 1954 predicó personalmente el octavario de oración por la unidad de los cristianos³⁵ y llamó con insistencia a la participación de los fieles en él. En sus palabras, el cardenal Roncalli recomendó que la fe en la unidad de la Iglesia (*unam sanctam*) fuera no sólo profesada sino también practicada. Esta exigencia pastoral la hizo de forma animosa y fuerte, aunque los resultados no convencieron ni siquiera al orador³⁶. En cualquier caso, para el cardenal Roncalli Venecia, por su historia, arte y cultura, estaba llamada a ser siempre un puente entre Oriente y Occidente y cauce de una vocación ciertamente ecuménica.

³² Relación al cardenal Eugene Tisserant, 25 de diciembre de 1938: *Ibid.*, 162.

³³ Testimonio de don Angelo Rossi: *Romana beatificationis et canonizationis servi Dei Ioannis Papae XXIII, summi pontificis (1881-1963)*, Roma 1997, 735.

³⁴ Cf. en este sentido los testimonios de Eugenio Bacchion, Algelo Altan, Augusto Gianfranceschi, Girolamo Bortignon, Loris Capovilla: *Romana beatificationis...* 200, 281, 328, 397, 5051.

³⁵ Cf. A.G. RONCALLI, *Scritti e Discorsi, vol. I*, Roma 1959, 138.

³⁶ Cf. Anotación del 19 de enero de 1954: A.G. RONCALLI - GIOVANNI XXIII, *Pace e Vangelo. Agende del patriarca, 1953-1955*, Bologna 2008, 207.

4. LA PRIMAVERA DE LA IGLESIA

4.1. EL VIENTO DEL CONCILIO

Desde los primeros momentos se consideró que el tema unionístico debía ser uno de los objetivos del Vaticano II. Ya en el borrador para el discurso del 25 de enero de 1959 en el que Juan XXIII, elegido papa apenas tres meses antes, anunció la convocatoria del Concilio, se incluía un llamamiento a “los fieles de las Iglesias separadas a que participen con nosotros en este convite de gracia y de fraternidad”, orientación ratificada también en la nota que publicó *L'Osservatore Romano* el día 26 de enero, en la que se afirmaba que el gran acontecimiento anunciado “mira no sólo a la edificación del pueblo cristiano, sino que quiere ser también una invitación a las comunidades separadas para buscar la unidad que tantas almas de todos los puntos de la tierra anhelan hoy”³⁷. Hay que recordar el hecho significativo de que el anuncio del Concilio se hiciera en el marco de la clausura de la semana de oración por la unidad de los cristianos.

Unos meses después, el papa insistió en la misma idea, recordando que el Concilio afectaba a toda la Iglesia universal, en su más amplio sentido y, por tanto, también a los hermanos separados, ya que “marcará el ferviente intento de todos los cristianos, de todos los católicos, de todos aquellos que corresponden a la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, para que unánime sea la cooperación no para la lucha, la guerra, las discordias, las divisiones, sino para la paz, la elevación espiritual; para Cristo”³⁸. Debido a estas reiteradas afirmaciones algunos pensaron que el término “ecuménico”, con el que se designaba en los textos oficiales al nuevo Concilio, indicaba que también eran convocados los representantes de todas las confesiones cristianas para tratar el tema de la unidad de la Iglesia y juntos, como cristianos, dar una respuesta eficaz a los problemas del mundo. Evidentemente, el término no se refería a esto, sino a un Concilio de la *oikoumene*, en el que participaban todos los obispos del mundo, en comunión con Roma, a diferencia de otros concilios de carácter provincial o regional. Sin embargo, Juan XXIII no excluía una repercusión de cara a los “hermanos separados”, que influyera de forma positiva en el camino hacia la unidad entre las Iglesias, preparando “la recomposición de toda la mística grey

³⁷ J.L. MARTÍN DESCALZO, *El Concilio de Juan y Pablo*. Madrid 1967, 43.

³⁸ *Alocución a los peregrinos belgas ciegos*, 6 de abril de 1959: DMC I, 654. En una exhortación al episcopado de las Tres Venecias firmada el 21 de abril de 1959, Juan XXIII indicaba las etapas del proceso ecuménico. “Primero la aproximación, luego el acercamiento y la reunión perfecta de tantos hermanos separados con la antigua Madre común”: *Discorsi Messaggi Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII, vol. I*, Roma 1960, 903.

de nuestro Señor”³⁹. ¿Cómo podía influir? Ante todo con el ejemplo de una Iglesia católica unida, que impulsara a los demás grupos cristianos a volver a ella: “Si los hermanos que se han separado, y que están también divididos entre sí, quieren concretar el común deseo de unidad, podremos decirles con vivo afecto: ésta es vuestra casa; esta es la casa de todos los que llevan la señal de Cristo. Si, por el contrario, se quisiera comenzar con discusiones y debates, nada se conseguiría”⁴⁰. Para el papa el primer paso es el ejemplo que se ofrece a partir de la consolidación y refuerzo de la unidad interna de la Iglesia, para que “aun los que están separados de la Sede Apostólica sientan una nueva y válida llamada a la unidad, que Cristo dio a su Iglesia y a la que muchos de ellos aspiran ya”⁴¹.

La unidad fundamental es la de la fe en Cristo. El bautismo nos vincula a él, haciéndonos hermanos llamados a formar parte del único rebaño bajo el Supremo Pastor, de quien el papa es vicario. El sentido de fraternidad y, si se quiere, de familia, no desaparecen aunque estos cristianos no católicos no estén en perfecta comunión con la Iglesia; siguen siendo nuestros hermanos. Todos estos conceptos los repitió varias veces durante su pontificado, por ejemplo en la tercera parte de su primera encíclica *Ad Petri Cathedram*, en la invitación al Concilio de los representantes de las Iglesias separadas y en el discurso pronunciado durante la audiencia a los observadores en el Concilio, en octubre de 1962.

4.2. EL SECRETARIADO PARA LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

En esta época Juan XXIII continuaba considerando la unidad como un retorno de los cristianos no católicos a la casa que abandonaron, entendiendo la separación entre los cristianos como separación de la Iglesia católica, que sólo podía resolverse con la vuelta de los que se fueron. Esta idea del “retorno” es una constante en los discursos y escritos del papa sobre tema ecuménico, sobre todo hasta el año 1961. A partir de entonces apenas aparece, posiblemente por sugerencia del cardenal Bea y del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, que pronto advirtieron el desagrado que dicha forma de entender la unidad provocaba en las otras confesiones cristianas. Detengámonos brevemente en la

³⁹ *Alocución al capítulo general de la congregación del Santísimo Sacramento*, 28 de junio de 1961: *Discorsi Messaggi Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, vol. III, Roma 1962, 575. Cf. Carta *Mirabilis ille*, 6 de enero de 1963: *Acta Apostolicae Sedis* 55 (1963) 157.

⁴⁰ *Alocución a la junta central de la Acción Católica italiana*, 14 de febrero de 1960: *Discorsi Messaggi Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, vol. II, Roma 1961, 571.

⁴¹ *Alocución a la Comisión antepreparatoria del Concilio*, 30 de junio de 1959: *Discorsi Messaggi Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, vol. I, Roma 1960, 690.

creación de este Secretariado, que resultará de capital importancia tanto en el desarrollo ecuménico como en los trabajos del Concilio.

El papa Juan creó el Secretariado⁴² siguiendo las sugerencias del cardenal Agustín Bea, S.J., antiguo rector del Pontificio Instituto Bíblico y confesor de Pío XII, que presentó al papa un proyecto elaborado por el arzobispo de Paderborn, Lorenz Jaeger. El 5 de junio de 1960 se hizo pública la creación de las comisiones preparatorias del Concilio y la institución del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, “para mostrar más nuestro amor y benevolencia hacia quienes se llaman cristianos, pero están separados de esta Sede Apostólica, para que también ellos puedan seguir los trabajos del Concilio y encontrar más fácilmente el camino para alcanzar aquella unidad por la que Jesucristo dirigió al Padre celestial tan ardientes súplicas”⁴³. Como presidente se nombró al cardenal Bea y como secretario a monseñor Johannes Willebrands. La finalidad, en palabras de Bea, era doble: “Una inmediata, ayudar a los cristianos no católicos a seguir los trabajos del Concilio; la otra, más amplia y general, ayudar a los mismos a encontrar la unidad con la Iglesia católica romana”⁴⁴.

La actividad de este Secretariado fue importantísima tanto en la preparación como en el desarrollo del Vaticano II⁴⁵ y resulta imprescindible para comprender la postura del mismo Juan XXIII respecto al tema ecuménico, ya que la influencia de Bea se dejó sentir en múltiples aspectos. El apoyo de Juan XXIII al Secretariado, e incluso su entusiasmo por él, creció con el paso del tiempo, unido al progresivo conocimiento del tema ecuménico por parte del papa. De esta forma, la relaciones con los hermanos separados quedó sustraída, ya para siempre, de la exclusiva competencia del Santo Oficio, como había sido hasta entonces.

Una de las acciones más significativas vinculada al Secretariado fue la invitación hecha a las Iglesias cristianas no católicas para que enviaran observadores al Concilio y estuvieran presentes en él, como era el deseo del papa⁴⁶. Aunque hubo algunos problemas internos en el ámbito de la Iglesia ortodoxa, estuvieron

⁴² Cf. M. VELATI, “La proposta ecumenica del Segretariato per l’Unità dei cristiani”: G. ALBERIGO - A. MELLONI (dirs.), *Verso il Concilio Vaticano II (1960-1962). Passaggi e problemi della preparazione conciliare*, Genova 1993, 273-343.

⁴³ Motu proprio *Superno Dei nutu*, 5 de junio de 1960: *Acta Apostolicae Sedis* 52 (1960) 436.

⁴⁴ *Conferencia de prensa*, 17 de junio de 1960: G. CAPRILE, *Il Concilio...*, I/I, 199. En algunos ámbitos de la Curia Romana, sobre todo del Santo Oficio se mantenía que el Secretariado no era ninguna comisión, sino un organismo destinado a informar a los no católicos sobre el Concilio. Cf. G. ALBERIGO - A. MELLONI (dirs.), “Passaggi cruciali della fase antepreparatoria (1959-1960)”: G. ALBERIGO - A. MELLONI (dirs.), *Verso il Concilio...*, 37.

⁴⁵ M. RONCALLI, *Giovanni XXIII. Angelo Giuseppe Roncalli una vita nella storia*, Milano 2007, 494-495.

⁴⁶ Cf. L.F. CAPOVILLA, *Quindici letture*, Roma 1970, 285. Ya el 30 de agosto de 1959, Juan XXIII hizo referencia a la participación de los no católicos en el Concilio.

presentes desde el principio nueve Iglesias y comuniones protestantes, siete ortodoxas, la Iglesia anglicana y los viejos católicos. Este hecho de la presencia de observadores, sin duda singular, se debió en gran medida al nuevo clima creado por el papa Juan y, como recordaba el cardenal Willebrands, logró superar “la barrera psicológica que durante siglos había impedido que los cristianos separados estuvieran presentes en los Concilios de la Iglesia, no obstante las invitaciones que les habían sido dirigidas. [...] Pienso que este resultado se explica por la autenticidad de la fe del amor con la que habían sido invitados por parte del papa”⁴⁷.

Al recibirles en audiencia, Juan XXIII les expresó, con gran sencillez y belleza, cómo concebía el trabajo ecuménico: “Nunca, que yo recuerde, hubo entre nosotros confusión en los principios, o desavenencia en el plano de la caridad sobre el trabajo común que las circunstancias imponían para asistir a los que sufrían. No hemos parlamentado, sino hablado; no hemos discutido, sino que nos hemos amado. Un día ya lejano di a un venerable anciano, prelado de una Iglesia oriental que no estaba en comunión con Roma, una medalla del pontificado de Pío XI. Este gesto quería ser —y fue— un sencillo acto de amable cortesía. Poco tiempo después, aquel anciano, a punto de cerrar los ojos a la luz de este mundo, quiso que, a su muerte, se le pusiera la medalla sobre el corazón. Lo vi en persona, y el recuerdo me enternece todavía. He aludido deliberadamente a este episodio porque, en su conmovedora sencillez, es comparable a una flor del campo, que el renovarse de las estaciones permite recoger y ofrecer”⁴⁸.

4.3. ENCONTRAR AL HERMANO

Antes de la apertura de la primera sesión conciliar, el papa Juan recibió a numerosos líderes cristianos no católicos⁴⁹, inaugurando así un nuevo talante en

⁴⁷ Testimonio del cardenal Johannes Willebrands: *Romana beatificationis...*, 58.

⁴⁸ *Alocucìon a los observadores delegados en el Concilio, 13 de octubre de 1962: Acta Apostolicae Sedis 54 (1962) 815*. El prelado a quien hace referencia era Stephanos Hovaghimian, arzobispo armenio de Bulgaria y el encuentro tuvo lugar el 20 de agosto de 1927.

⁴⁹ Son los siguientes: doctor G. F. Fisher, arzobispo de Canterbury, primado de la comunión anglicana (2-XII-1960); B. Pawley, representante personal de los arzobispos de Canterbury y York (12-VI-1961); doctor A. Lichtenberger, presidente de la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos (5-XI-1961); doctor J. Jackson, presidente de la Convención nacional baptista de los Estados Unidos (20-XII-1961); doctor A. Craig, moderador de la Asamblea general de la Iglesia de Escocia, presbiteriana (28-II-1962); doctor M. Stockwood, obispo anglicano de Southwark, Inglaterra (7-IV-1962); profesor E. Schlack, representante del Consejo de la Iglesia evangélica en Alemania (27-IV-1962); doctor A. Morris, obispo anglicano de San Edmundsbury e Ipswich (10-V-1962); metropolitano Damaskinos de Volos, Grecia (17-V-1962); doctor J. de Blank, arzobispo anglicano de El Cabo, Sudáfrica (20-VI-1962); L.F. CAPOVILLA, *Natale 1975- Capodanno 1976*. Roma 1976, 51-53.

los contactos ecuménicos. El primero de estos encuentros y, por eso, el que más expectativas suscitó, fue el mantenido el 2 de diciembre de 1960 con el arzobispo de Canterbury, doctor Geoffrey Fisher, a petición propia. Era la primera vez desde el cisma anglicano que un arzobispo de Canterbury se encontraba con el papa.

La visita provocó enormes recelos en la Secretaría de Estado y en otros ambientes de la Curia, así como entre los obispos ingleses católicos. Pensaban que era una estudiada estrategia anglicana para obtener ventajas unilaterales. Y por eso se procuró por todos los medios marcar distancias y atenuar la repercusión de la visita. Tenemos unos interesantes comentarios a propósito de la visita de Fisher hechos por Juan XXIII al P. Roberto Tucci, S.J., entonces director de *La Civiltà Cattolica*. Escribía Tucci el 24 de diciembre de 1960: “[El papa] ha dicho que en estos encuentros se requiere prudencia. El encuentro se desarrolló bien porque el arzobispo se presentó de modo muy sencillo y afable. [El papa] ha resumido sus ideas sobre la unión y la unidad y no las encuentra fuera de lugar. En el fondo el arzobispo reconoce que, por ahora, la unión no es posible porque significaría sujeción a Roma; él insiste en la unidad de espíritu, para la que se insiste más bien sobre lo que hay de común entre nosotros, evitando combatirse, pero quedando cada uno en su sitio y en sus creencias. Ahora bien, según el papa, esto es un progreso y no ve por qué se deba tener temor. Ha añadido que ‘aquí’ no todos comprenden estas cosas: querrían que todo fuese perfecto o nada. Se ha mostrado informado sobre los temores de la jerarquía católica inglesa, que es de origen irlandés, llena de fe, pero un poco demasiado intransigente”⁵⁰.

Apertura, cercanía, fraternidad, acogida, diálogo, dejar a un lado lo que divide, relegar al olvido las antiguas ofensas, los seculares prejuicios y desarrollar un profundo y sólido sentido eclesial basado en la confianza fruto de la caridad. Roger Shultz, prior de Taizé, que fue recibido tres veces por Juan XXIII, nos ha dejado un precioso, significativo y tal vez sorprendente testimonio: “Antes de su muerte [el papa] me dijo: ‘La Iglesia está constituida por círculos concéntricos, siempre más grandes: está el más grande y está el más pequeño pero todos forman parte de la Iglesia, tanto el que está cerca del centro como el que está lejos’. Yo le he invitado a decirnos en qué círculo estábamos nosotros. ‘Todos estamos en la Iglesia’, respondió. Y añadió: ‘Vosotros estáis en la Iglesia como todos los demás. [...] Todos los que se refieren a Cristo tienen una cierta relación con el obispo de Roma, con el ministerio de la pastoral ecuménica de Pedro: todos estos son parte de la Iglesia’. Juan XXIII nos dijo estas palabras sorprendentes, confiándonos que Dios mismo se las inspiraba. [...] Yo le dije: ‘¿Qué ve en nuestro mañana? ¿Qué testamento deja a Taizé?’ Juan XXIII hacía

⁵⁰ G. SALE, *Giovanni XXIII e la preparazione del Concilio Vaticano II: nei diari inediti del direttore della “Civiltà Cattolica” P. Roberto Tucci*, Milano 2012, 109-110.

siempre un discurso muy claro: ‘No busquemos quién se ha equivocado y quién ha tenido razón, sino reconciliémonos’. Cuando hayamos comprendido aquel discurso de Juan XXIII, ‘no busquemos...’, habremos comprendido todo sobre él. No busquemos saber. Terminemos con las disputas y con las polémicas. Las disputas nunca han edificado el cuerpo de Jesucristo’⁵¹.

El papa Juan no fue un iluso ni un ingenuo. El 9 de febrero de 1963, ya casi al final del pontificado, Juan XXIII precisaba sus opiniones, respecto a los encuentros con representantes de las confesiones cristianas no católicas. Escribe Tucci: “[El papa] me habla de sus relaciones con los hermanos separados, marcados por la benignidad unida a la prudencia y sin ilusiones: no sirve de nada ofenderles con afirmaciones de ‘retorno’, aunque es verdad que ese es el único camino. A Fisher, que insistía en hablarle de ‘unión’ y de ‘unidad’, le hizo comprender que no debía seguir y cambió al discurso sobre la *Imitación de Cristo* y temas similares y el prelado anglicano se fue satisfecho. Lo mismo ayer el prelado metodista”⁵².

5. CONCLUSIÓN: UN HOMBRE ENVIADO POR DIOS

La preocupación ecuménica acompañó al papa hasta el lecho de muerte, donde hizo su última referencia a la unidad, como labor de toda la Iglesia, que brota del deseo expresado por el Buen Pastor: “*Et alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovili*. Esos brazos abiertos dicen que él [Cristo] ha muerto por todos, por todos; ninguno es rechazado de su amor y su perdón. Pero es particularmente el *unum sint* lo que Cristo ha confiado como testamento a su Iglesia... Mi jornada terrena termina, pero Cristo vive y la Iglesia continúa su tarea. Las almas, las almas: *ut unum sint, ut unum sint*”⁵³.

Juan XXIII fue hijo de su tiempo y representante de una cultura determinada pero, profundamente enraizado en la tradición cristiana y en el primado del amor, supo abrir caminos nuevos e inaugurar una época de esperanza también en lo que respecta al ecumenismo del que, sin duda alguno, puede considerársele un pionero. El cardenal Willebrands recuerda que “en el momento en el que se ha hablado entre los católicos y los hermanos separados de elegir un patrono para

⁵¹ R. SCHULTZ, *Discurso en el encuentro europeo del Concilio de los jóvenes*, París 29 de diciembre de 1978: A.G. RONCALLI – GIOVANNI XXIII, *Pater amabilis. Agende del Pontefice 1958-1963*, Bologna 2007, 504-505, nota 74.

⁵² G. SALE, *Giovanni XXIII...*, 158. Las últimas palabras se refieren al doctor L. Davison, presidente de los metodistas de Gran Bretaña, que visitó al papa el 8 de febrero de 1963.

⁵³ Palabras pronunciadas el 31 de mayo de 1963: L.F. CAPOVILLA, *Giovanni XXIII. Quindici lettere*, Roma 1970, 484-485.

el movimiento hacia la unidad de los cristianos, y nosotros los católicos proponíamos a san Josafat, los mismos observadores rusos pidieron que se considerase como patrono de dicho movimiento ecuménico al propio papa Juan⁵⁴. Sin duda alguna supo predisponer benévolamente a los cristianos separados, incluidos a los católicos para, avanzando en la cercanía del corazón, iniciar también el diálogo doctrinal.

De carácter resuelto, jovial y expansivo, y con una formación religiosa tradicional, Angelo Giuseppe Roncalli estuvo dotado de extraordinarias cualidades: piedad sólida y profunda, sentido de la historia, amplitud de miras, astucia campesina, capacidad ejecutiva, gran fuerza de voluntad. Como le ha definido en numerosas ocasiones su secretario, cardenal Capovilla, Juan XXIII fue el conservador que mira al mañana. Disponible al Espíritu y dócil a las inspiraciones divinas, supo inaugurar un tiempo nuevo para la Iglesia, familia de Dios, a la que todos estamos convocados.

“Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Ioannes” (Jn 1, 6)⁵⁵.

Luis MARÍN DE SAN MARTÍN, OSA

⁵⁴ Testimonio del cardenal Johannes Willebrands: *Romana beatificationis...*, 59.

⁵⁵ Fue el patriarca de Constantinopla, el inolvidable Atenágoras, el primero en aplicar estas palabras evangélicas a Juan XXIII cuando fue elegido papa. Cf. V. MARTANO, *Athenagoras il patriarca (1886-1972)*, Bologna 1996, 391. El 27 de octubre de 1967, durante su visita a Roma, el patriarca oró ante la tumba del papa Juan y depositó sobre ella unas espigas de oro, con el versículo: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo” (Jn 12, 24).

JUAN XXIII Y TAIZÉ

1. CORAZÓN, MÁS QUE PALABRAS

Abierto el Concilio Vaticano II, en la primera audiencia a los observadores de otras confesiones, el papa Juan XXIII se sentó, como uno más, entre los representantes de diecisiete formas diferentes de la fe cristiana. Al terminar el encuentro, les dijo: “Si pudierais leer en mi corazón tal vez entenderíais más de lo que las palabras pueden decir”. En aquella audiencia estaba presente el Hno Roger, prior y fundador de la entonces poco conocida comunidad ecuménica de Taizé. Estaba como uno de los observadores del Concilio invitados por el Papa.

Hablar o escribir sobre Juan XXIII y Taizé supone adentrarse en el corazón de dos personalidades colmadas de bondad y amor a la Iglesia, y de un compromiso por la paz para toda la familia humana: Angelo Giuseppe Roncalli, para todos el papa bueno Juan XXIII. Roger Schutz, para todos el hno Roger de Taizé.

El Papa Juan XXIII va a ser canonizado el próximo mes de Abril. ¿Para cuándo el reconocimiento de la santidad del Hno Roger respetando su “no confesionalidad”? ¿Hasta cuándo la “confesionalidad excluyente”? “El que no está contra nosotros está a favor nuestro” (Mc 9,38-40). El emérito papa Benedicto XVI dijo de él: “Testigo infatigable del evangelio de la paz y de la reconciliación, el hermano Roger fue un pionero en los caminos difíciles hacia la unidad entre los discípulos de Cristo ... ¡Que su testimonio de un ecumenismo de la santidad nos inspire en nuestro caminar hacia la unidad! (Juan José Morales Ruiz: Hermano Roger de Taizé. Fundación Emmanuel Mounier. Madrid 2012, pág 96).

¿Qué relación, qué amistad, descubrimos entre estos dos amigos de Dios? Roger escribe: “Después de un encuentro que tuvimos con él (Juan XXIII) el 13 de octubre de 1962, supimos que dijo de nosotros: “no hemos hecho discursos,

nos hemos hablado; no hemos discutido, nos hemos amado”. (Roger de Taizé: Dios solo puede amar. PPC 2002, pág 94).

Contar con el corazón, entrar en él, se hace cada vez más imprescindible para comprender y hacer posible el progreso ecuménico. También para ver la obra del Espíritu en la amistad de estos dos hombres de fe que vivieron el “ecumenismo de la santidad” asumiendo riesgos.

2. DÉCADA DE LOS CUARENTA: LOS DOS EN FRANCIA

Con más de sesenta años Angelo Giuseppe Roncalli es nombrado nuncio en París, donde llega en diciembre de 1944. En octubre, de ese mismo año, el Hno Roger regresa definitivamente a la colina de Taizé con dos de los primeros hermanos, Max y Pierre, a los que seguiría Daniel. Roger había sido consagrado pastor meses antes en Neuchâtel. Roncalli y Roger, sin conocerse aún, hacen frente a la situación de la Francia recién liberada del nazismo desde una vocación común: su fe en Cristo.

Los ocho años de Roncalli en Francia coinciden con el germen fundacional de la llamada entonces comunidad de Cluny, que llegará a ser la comunidad ecuménica de Taizé. Próxima a esta colina de la Borgoña había estado la línea divisoria de la Francia ocupada.

Roncalli se encontraba ante las exigencias de De Gaulle que “pretendía que la Santa Sede retirase al nuncio Valeri y destituyese a una treintena de obispos católicos, acusados de colaboración con la república de Vichy, presidida por el mariscal Jean-Philippe Pétain”. (José Luis González Balado: El bendito Juan XXIII. B.A.C. Madrid 2003). El nuevo nuncio supo dejarse aconsejar y solucionar el problema. Pero sus años en Francia no fueron fáciles. Dado su dinamismo se le llegó a acusar ante Pio XII de hacer demasiadas “escapadas” de la nunciatura, a lo que el Papa respondió al monseñor acusador: “¡Cómo se puede no querer a monseñor Roncalli!”. Pero aún tuvo que enfrentarse a cuestiones como la de “los curas obreros” que le generarían más de una tensión. No solo a él sino también a más de un obispo.

Es en este tiempo cuando aparece la persona que, sin saberlo, será la mediación que haga posible una amistad: “En los inicios de nuestra comunidad, había en Lyon un cardenal llamado Pierre Gerlier. Fue uno de los primeros responsables de Iglesia que confió en nosotros. No tardó en convertirse para nosotros como en un padre espiritual.”, (Roger de Taizé: ¿Presientes una felicidad? PPC 2006, pág 91) Gerlier se supo comprendido por Roncalli y de ahí nació una comunicación que abrió las puertas de Taizé ante Roncalli cuando fue elegido papa.

La comunidad daba sus primeros pasos en la colina de la Borgoña como comunidad de Cluny. Roger, acoge a prisioneros alemanes y a una veintena de niños franceses privados de sus familias por la guerra. Antes había refugiado a judíos. Ya había aparecido la publicación de su primer libro: “Introducción a la vida comunitaria”. Tiempos nada fáciles, verdaderamente fundacionales, en los que Roger acepta ser responsable de la parroquia reformada de Mâcon. Ayudarán Max y Daniel consagrados respectivamente en los años 1946 y 1949.

En “La vida del fundador de Taizé” que escribe Kattryn Spink (Herder. Madrid 2007), nos narra el problema surgido por la utilización del templo católico en el que los primeros hermanos querían celebrar sus oraciones: la iglesia románica de Taizé. “El abate Dutroncy” había dado su consentimiento y empezaron a tener las oraciones diarias en la iglesia románica del pueblo. Pero “algunas semanas más tarde, recibimos una visita y la petición de no acudir más. Comprendimos que debíamos dejar de ir. El tiempo transcurrió. Sabíamos que sólo el obispo podía retomar este problema”. El obispo de Autun recibió a los hermanos y se mostró de entrada preocupado. Informó al nuncio en París y así fue como, en Pentecostés de 1948, la iglesia de Taizé se puso a disposición de los hermanos. El permiso venía firmado por Angelo Roncalli, futuro Juan XXIII, “ese hombre que tenía un corazón tan grande”, que depositaría tanta confianza en Taizé, y que se convertiría, más tarde, en la persona más influyente en la historia de la comunidad.”

La noche de Pascua de 1949 hacen su compromiso para toda la vida los siete primeros hermanos en el templo románico de la aldea de Taizé, que un año antes Mons. Roncalli había facilitado para la oración de la comunidad por tratarse de un templo católico. Una comunidad ecuménica. Un templo católico. Un amor común y un itinerario de Iglesia.

Algo nuevo quería surgir. “El recuerdo de los horrores de la guerra, la amenaza de la bomba atómica ... dio un fuerte impulso al convencimiento de que los pueblos debían trabajar juntos. Fruto de ese convencimiento fue la creación en 1945, de la Naciones Unidas. Ese mismo consenso consiguió incentivar de nuevo el movimiento ecuménico ... Mucha gente estaba convencida de que había llegado la hora de reducir las viejas diferencias dialogando alrededor de una mesa”. (John W. O’Malley: ¿Qué pasó en el Vaticano II? Sal Terrae. Santander 2012).

Desde los mismos inicios hay en la vocación ecuménica de Taizé un dinamismo que le impulsa a “ir a los otros”. Las visitas a las diversas iglesias han sido una acción constante y lo siguen siendo. Ir al encuentro de aquellos que sin esa visita, sin esos encuentros “quedarían apartados por las distancias, por sus opiniones, las fronteras” o las diversas situaciones que viven. Estas visitas también se realizaron y se realizan a Roma.

El entonces cardenal de Lyon Mons. Gerlier, hombre sensible al ecumenismo, conecedor de lo que ya se estaba viviendo en Taizé, les propone ir a Roma en 1949 para hablarle al papa Pio XII de la búsqueda de la reconciliación. “Fue el muy amado cardenal Gerlier”, dice el hermano Roger, “ese hombre emprendedor, siempre lleno de sugerencias, de intuiciones, el que nos abrió el camino. Nunca se nos hubiera ocurrido por nosotros mismos ir a Roma”. El se encargó de preparar las primeras audiencias. (Kattryn Spink: La vida del fundador de Taizé. Herder. Madrid 2007, pág 65).

3. EN ROMA LAS COSAS SE VEÍAN DE OTRA MANERA

Había una tensión que venía de atrás. Desde la encíclica de Pio XI *Mortalium Animos*, (1928) acerca de cómo se ha de fomentar la verdadera unidad religiosa, en la que exhortaba “a no permitir que la grey del Señor sea sorprendida por perniciosas falacias ... para evitar mal tan grave”... “porque la unión de los cristianos no se puede fomentar de otro modo que procurando el retorno de los disidentes a la única y verdadera Iglesia de Cristo”. En 1948 el monitum de Roma *Cum Compartum* siguió generando el mismo malestar. Pero al año siguiente de la primera visita de Taizé al Vaticano, el Santo Oficio publicó una instrucción delegando en los obispos la decisión sobre la oportunidad o no de permitir la participación de los católicos en encuentros ecuménicos. Por pobre que nos parezca ahora, en ese momento, tenía el valor de una apertura ecuménica. Las visitas a Roma continuaron. En los años 1952, 1954 y 1955 Taizé participa en los encuentros ecuménicos celebrados en Roma.

La proclamación dogmática de la Asunción de la Virgen como colofón del año santo de 1950, levantó una tempestad en el mundo de la Reforma que también afectó a Taizé. Roger escribió refiriéndose a esa situación: “Durante el año 1950 nos dimos cuenta que la confianza puesta en nosotros por algunos amigos iba a desaparecer. A partir de ese momento, muchos protestantes que hasta entonces se fiaban de nuestra esperanza ecuménica, se desinteresaron de ella.”

Lo cierto es que “el hermano Roger no pretendía —ni Taizé con él— oponerse al contenido del dogma de la Asunción. Pero sabía que no era oportuno para el ecumenismo. Sería una puesta en práctica de la infalibilidad papal, lo que bloquearía los pequeños visos de diálogo. “Roger propuso al papa que a lo sumo hiciese una **declaración** sobre la Asunción, pero que se abstuviese de definir un dogma para no plantear el problema de la infalibilidad”. No obstante, el 1 de noviembre de 1950, Pío XII proclamó el dogma con toda solemnidad. “En Taizé, escuchamos la celebración de Roma por la radio. Cuando oímos que el Papa

hacia uso de la infalibilidad, permanecemos en silencio”. Pero no renunciaron a su “ardiente anhelo de reconciliación”.

En 1952 Roger escribe en la Regla de Taizé: “Ábrete a lo que es humano y verás disiparse todo vano deseo de huida del mundo ... ama a los desheredados ... no temas jamás ser incomodado por ellos ... Ama a tu prójimo, cualquiera que sea su horizonte religioso o ideológico”.

Kathryn Spink, amiga de la comunidad que mantuvo muchas conversaciones con el Hno Roger, en la biografía de éste, nos dice: “Un día, en Roma, el Santo Oficio volvió sobre el caso de la utilización de la iglesia del pueblo de Taizé por los hermanos y falló en contra por un voto. Al obispo de Autun esta decisión le causó tal dolor que se preguntó si debía dimitir. El Hno Roger no deseaba que se concediera demasiada importancia al incidente... El obispo pidió un aplazamiento a Roma con motivo de una información complementaria. Y entonces fue elegido Papa Juan XXIII ... las cosas se dejaron tal como estaban y, en Taizé, todo siguió como antes”. (pág. 68). Los caminos de estos dos hombres de fe, Juan XXIII y Hno Roger, se iban aproximando.

Para Taizé, en 1955, las barreras se echaban en el Consejo nacional de la Iglesia Reformada de Francia que se negó a consagrar como pastores a nuevos hermanos de la comunidad.

4. LA PRIMERA AUDIENCIA CON EL NUEVO PAPA JUAN XXIII

En julio de 2005, un mes antes de ser asesinado, el Hno. Roger publica un libro recordando algunos de sus encuentros con Madre Teresa, sus relaciones con los últimos papas y especialmente con Juan XXIII. En este libro, “¿Presientes una felicidad?” (PPC. Madrid 2006. Págs 91-92), nos narra ese punto de inflexión que fue el encuentro con Juan XXIII. Nos habla del cardenal Pierre Gerlier quien, “En 1958 tomó la iniciativa de presentarnos a Juan XXIII, recién elegido papa. Deseando poner en su corazón la cuestión de la reconciliación de los cristianos, pidió a Juan XXIII que su primera audiencia fuese para Taizé. ¿Por qué tan rápido? El papa era mayor, decía el cardenal, iba a escuchar muchas palabras, era importante que recordara bien lo que pudiéramos decirle.

Juan XXIII acepta “a condición de no ponerle preguntas demasiado difíciles”. Los recibió la primera mañana de audiencias privadas. “Nos acogió de forma sencilla, lleno de espontaneidad. El papa aplaudió y dijo “¡Bravo! ¡Bravo!” cuando le hablamos de reconciliación. Nos pidió que volviéramos para seguir.

Aquel día fue, para nuestra comunidad, como un comienzo. Juan XXIII nos transmitió un impulso inesperado y dejó en nosotros una huella irremplazable.

Por su vida, este papa muy amado nos abrió los ojos al ministerio del pastor universal, tan esencial al corazón de esta única comunión que es la Iglesia.

“... Anunciando un concilio en 1959, Juan XXIII pronunció algunas de las palabras más límpidas que existen. He aquí estas palabras de luz: “No buscaremos saber quién se equivocó, no buscaremos saber quién tuvo razón, solamente diremos: ¡reconciliémonos!” (Discurso a los párrocos de Roma en febrero de 1959).

“Desde aquel primer diálogo personal con él, comprendí que algo nuevo estaba a punto de suceder: que estábamos ya para dejar atrás el frío invierno y adentrarnos en una *pequeña primavera*”. Es conveniente decir que Juan XXIII no había visitado nunca Taizé, pero estaba bien informado y favorablemente de las iniciativas del Hno Roger y su comunidad, a través del obispo de Autun, Diócesis a la que pertenece Taizé, por referencias de otros eclesiásticos franceses y por el mismo cardenal Pierre Gerlier. Aunque el primer hermano católico, Ghislain, no llegaría a la comunidad hasta la Pascua de 1969.

Gerlier estaba especialmente convencido “de que nadie podía trasladar mejor el tema ecuménico al corazón del papa recién elegido que el fundador de Taizé, que había hecho del ecumenismo el centro de su vida”.

En aquel encuentro había nacido una amistad que marcaría profundamente al Hno Roger y el posterior itinerario de la comunidad. Nadie habría imaginado algo así.

El que fue secretario particular de Juan XXIII, Monseñor Capovilla, refiriéndose a ese encuentro, escribió estas palabras: “Igual que el papa Juan, Roger se presentó al mundo con sus credenciales de niño: «Dos ojos y una sonrisa». Mereció la definición que Georges Bernanos ha dado del hombre justo: «Santo es quien no ha salido nunca de la infancia». Y esta infancia se fue desarrollando en él poco a poco, al ritmo de su vocación y de su misión. Por algo el papa Juan, ya en el primer encuentro el 7 de noviembre de 1958, once días después de la elección al papado, acogió al Hermano Roger con los brazos abiertos. A la pregunta «Santo Padre, ¿cómo se explica que nos honrés con tal confianza?», el Papa respondió: «Tenéis ojos inocentes».

Con la amistad del papa Juan XXIII se inicia un despertar nuevo no solo en la cuestión ecuménica sino en la misma vida de la comunidad. Surge algo que pertenece al misterio de Dios con las personas. Aunque la realidad que liga al Papa del Concilio Vaticano II y a la comunidad de Taizé es la doliente exclusión de las iglesias cristianas entre sí, y el trabajo hecho para superar esa situación.

Anunciada la celebración del Concilio Ecuménico Taizé vibró con los proyectos del nuevo Papa. Para un encuentro de reflexión que se realizó en la colina de la Borgoña, los hermanos habían preparado una serie de tesis “que servirían de base a la discusión y para expresar la esperanza de los no católicos en el Conci-

lio”. A través del Secretariado para la promoción de la unidad de los cristianos algunas de esas cuestiones llegarían al Concilio.

“El documento iba dirigido a la Iglesia católica sin juzgarla. Señalaba cómo podía la Iglesia católica salir al encuentro de los no católicos. Y revelaba las aspiraciones de muchos, no solo de Taizé. Algunas de las cuestiones indicadas en ese texto decían:

— “La esperanza suscitada por el próximo Concilio y las palabras pronunciadas a este respecto por el papa Juan XXIII encuentran un eco cierto en nuestra conciencia protestante. La voluntad del papa de no “abrir un proceso histórico”, ni “dilucidar quién tenía razón y quién estaba equivocado”, la audacia de volverse al hoy de Dios para que renueve su Iglesia con los medios que le son propios, son capaces de romper muchas resistencias seculares invencibles.

— “La búsqueda de una unidad visible entre cristianos está estrechamente vinculada a la misión (...) Uno de los primeros objetivos de nuestra búsqueda consiste en exhortarnos unos a otros a la misión en el mundo abandonando la concurrencia.

— “Algunos esperan esa unidad visible contra hombres que practican esta o aquella ideología. Los cristianos no pueden unirse contra otros hombres, sino únicamente para que todos puedan creer.

— “Su unidad posee un valor misionero esencial. Se trata de no desmentir el Evangelio que nos llama a manifestar a todos y en todo el amor de Dios.

— “Sabemos que la Iglesia católica profesa que ella ha conservado la unidad querida por Cristo. No nos incumbe juzgar aquí esta convicción. No obstante, debemos confesar que la manera de afirmar esta unidad es a menudo lesiva para los no católicos. Cuando la Iglesia católica expresa la unidad de todos los cristianos en términos de “retorno” o de “sumisión”, bloquea inmediatamente todo diálogo. Es verdad que a menudo hay mucha caridad en esas llamadas al retorno, pero resultan así inoperantes. ¿No sería posible emplear un lenguaje que implicara las ideas de “marchar hacia adelante” o de “realización cabal”? De lo contrario, no cabe esperar un verdadero diálogo.

— “La fe en la santidad de la Iglesia ¿no autoriza acaso una sincera humildad por parte de la jerarquía tocante a todo lo que no ha favorecido la unidad de los cristianos y que se ha debido al pecado, a la infidelidad o al orgullo de los individuos que forman la Iglesia? (...) El protestantismo tiene necesidad de declaraciones reiteradas como la del papa: “no abriremos un proceso histórico, no indagaremos quién tenía razón y quién estaba equivocado. Las responsabilidades están divididas. Diremos solamente: reunámonos, pongamos punto final a las disensiones”.

— “Para operar una distensión, sería importante que la jerarquía católica, y particularmente el papa, expresaran: a) la marcha hacia la unidad de todos los

cristianos en términos de conversión universal de todos —católicos, anglicanos, ortodoxos y protestantes—; b) que es preciso proceder a una búsqueda, no tanto de la unidad de la Iglesia, cuanto de los medios eficaces actuales para que todos los cristianos puedan alcanzar esa unidad dada por Cristo; búsqueda que debe hacerse, no sólo por parte de los cristianos separados de Roma, sino también por los católicos, en el sentido de una purificación, de una satisfacción y de una profundización de la fe de cada uno, para hacer espiritualmente apremiante esa unidad.

— “La renovación bíblica en la Iglesia católica ha permitido a los protestantes confiar más en la teología católica. Si los teólogos católicos se expresaran al máximo en el lenguaje de la Escritura, esta audiencia sería aun mayor. ¿No puede la teología católica fundarse siempre en la Biblia y expresarse en lenguaje bíblico, procurando así demostrar que la tradición no es más que una lectura de la Escritura llevada a sus últimas consecuencias dogmáticas? La teología católica encontraría un eco más amplio en el protestantismo si mostrara que la tradición es el Evangelio vivido en la Iglesia. La teoría de las dos fuentes de la Revelación ¿es necesaria a la teología católica: Escritura y Tradición (oral o escrita)?

— “Deseamos que el próximo Concilio deje abiertas cuestiones relativas a la unidad y que, de algún modo, su autoridad conjugada con la del papa se prolongue hasta que esas cuestiones abiertas hallen una solución en el diálogo ecuménico

El informe se extendía en otras cuestiones: “Que los obispos pudiesen hacer uso de su autoridad y responsabilidades, sin verse reducidos a la condición de canales pasivos de normas procedentes de los organismos de la curia romana.

Que la teología mariana se estudiase más en el contexto de la Iglesia y que se evitase recargarla con nuevas definiciones dogmáticas.

Que se pusiese mano a la renovación litúrgica, dando mayor cabida en ella a las lenguas vernáculas.

“la supresión de la práctica de las indulgencias, cuyo sistema es tan difícil de comprender, que fomenta una cierta contabilidad espiritual y recuerda cruelmente una falta del siglo XVI”. (Jean-Marie Paupert: *Taizé et l’Église de demain*. Fayard. París 1967 Pág 146 ss).

El Concilio dio solución a algunos de estos temas, otros están sobre la mesa. Y muchos cristianos quisiéramos que no se retrocediera: la cuestión del ecumenismo, la colegialidad, la liturgia.

5. LA INVITACIÓN

Ese documento llegó a Roma y se entregó al Papa Juan XXIII. Y a mediados de Julio de 1963, cinco meses antes de la inauguración del Concilio, llegaba a

la colina de Taizé una carta del Cardenal Bea invitando a los hermanos Roger y Max a participar en el Concilio Vaticano II como observadores. La carta iba dirigida al Sr. Pastor Roger Schutz, y decía:

“Señor Pastor:

La parte que habéis tomado desde hace años en la tarea ecuménica y el interés que manifestáis por la actividad del secretariado para la unión de los cristianos, con el que mantenéis cordiales relaciones, son para mí ocasión de invitaros, al igual que al señor Pastor Max Thurian, a que asistáis al Concilio Vaticano II, en calidad de observador, como “Huéspedes del Secretariado”.

“Os estaría muy agradecido que tuvierais a bien remitirme, antes del día 15 de agosto, vuestra aceptación a esta invitación. El Secretariado para la Unión de los Cristianos os hará llegar entonces todas las informaciones posibles que pudieran ser de vuestro interés. A título documental, incluyo aquí el estatuto de los “Observadores delegados”.

“Me gusta pensar que, con la ayuda del Espíritu Santo, vuestra presencia en el Concilio Vaticano II estrechará los lazos entre todos los que, no contentos con afirmar su pertenencia a Cristo Señor, trabajan por la gran causa de la Unidad.

“Con estos sentimientos, os repito, Señor Pastor, con mi religioso respeto, la seguridad de mis sentimientos más desinteresados en la fidelidad al Señor Jesús, Dios y Salvador.

Firmado: Aug. Card. Bea
J.G. Willebrands
secr.

Y lo que jamás pensaron, ocurrió. Estarían en el Concilio como observadores. Roger lo cuenta así: “Nos llenamos de agradecimiento, el hermano Max y yo, cuando comprendimos que quería nuestra presencia en este concilio como observadores. Recuerdo el día en que la carta llegó: estar invitados a formar parte de esa búsqueda colmó nuestros corazones de forma infinita”.

Esa decisión del Papa, consecuencia de los encuentros personales y el trabajo hecho, marcaría un antes y un después para la comunidad ecuménica de Taizé: “La acogida excepcional que nos otorgó el Papa Juan XXIII en 1958, su apertura a la vocación ecuménica, la invitación que nos dirigió para participar en el Concilio Vaticano II, supusieron para nosotros un punto de inflexión. En muchas personas despertó un interés por la búsqueda que perseguía nuestra pequeña comunidad. Cada vez más jóvenes de distintos países vinieron a pasar unos días en nuestra colina. Después de veinte años de vida en común, nos sentíamos como

lanzados a la plaza pública. Nos hicieron falta años para asimilar y comprender lo que nos estaba ocurriendo”.

6. EL SECRETARIADO PARA LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Juan XXIII marca las líneas fundamentales del Concilio, aunque no siempre fue fácil. Hubo algunas tensiones por las aportaciones del entonces Secretariado para la promoción de la unidad de los cristianos.

En las memorias de Hans Küng (*Libertad conquistada. Memorias*. Editorial Trotta, 2003) puede leerse: “Qué importante cambio respecto al ecumenismo: hasta hace poco, siguiendo las indicaciones de Pío XII, se había ignorado a las otras comunidades cristianas y especialmente al Consejo Mundial de las Iglesias de Ginebra. ¡Nada de relaciones oficiales! No eran más que “herejes y cismáticos”. También con Juan XXIII, que habla de “hermanos separados”, es fuerte la oposición en el “Santo Oficio”, hasta ahora dueño y señor exclusivo en temas de ecumenismo.”

Juan XXIII conocía los frenos que podría encontrar al intentar abrir las puertas de la Iglesia Católica a otras iglesias y comunidades. Así que el 5 de Junio 1960 crea el Secretariado para la promoción de la unidad de los cristianos, presidido por el cardenal Bea. Pero “el 22 de octubre de 1962, ya iniciado el Concilio, elevó dicho Secretariado a la categoría de comisión”, porque en alguna comisión no gustaba que siendo un Secretariado hiciera sugerencias y correcciones. Bea siguió trabajando con el equipo que había reunido, del que formaba parte el holandés Johannes Willbrands que había sido un pionero del ecumenismo. En el aula conciliar empezó a sentirse la tensión condicionada entre “la autoridad de las comisiones y la autoridad de la asamblea”. John W. O’Malley para expresar a modo de ejemplo “matices de perspectiva”, dice: “Bea y Ottaviani a menudo no estaban de acuerdo, pero Ottaviani no siempre estaba de acuerdo con Siri; entre los teólogos de la mayoría, tampoco Ratzinger estaba siempre de acuerdo con Congar.” (pág 145).

La preparación del Concilio no se desarrolló con las características ecuménicas tan abiertas como luego se realizó. Yves Congar, amigo de Roger y de la comunidad, dirá: “hay ecumenismo ... cuando se admite que otro es cristiano no a pesar de su confesión, sino en ella y por ella”.

7. LA MUERTE

“En julio de 2005, algunas semanas antes de su muerte, el hermano Roger siente que todavía tiene algo que expresar... prevé un homenaje que desea rendir a Juan XXIII retomando todo lo que había escrito a lo largo de los años sobre este Papa tan decisivo para la comunidad de Taizé. “El punto de inflexión que Juan XXIII marcó en la historia de Taizé, él lo sitúa específicamente durante la última audiencia, el 25 de febrero de 1963”. (Frère Roger: À LA JOIE JE T’INVITE. Ed. Les Presses de Taizé, 2012. Pág 217).

Refiriéndose a Juan XXIII y a su ministerio como Papa, escribe: *“Es probablemente el hombre que más he venerado sobre la tierra. Le amé como a un padre. Sin darse cuenta, levantó para nosotros el velo de una parte del misterio de la Iglesia. Tenía la pasión de la comunión. Comprendimos, mediante su vida, lo que significaba el ministerio de un pastor universal. Este ministerio, ¿no es ante todo el de la reconciliación? Un pastor universal es aquel que une, que estimula la reconciliación en aquellos que estaban acostumbrados a vivir separados.*

Desde entonces esta pregunta ha quedado para mí como esencial: ¿el camino ecuménico podrá avanzar sin apelar a un ministerio pastoral en el plano universal? ... ¿Su responsabilidad de «servidor de los servidores de Dios», no sólo para los católicos, sino también para los no católicos, no es, en una palabra, «confirmar a sus hermanos», para que vivan de una misma fe, de un mismo pensamiento? (Frère Roger: À LA JOIE JE T’INVITE. Ed. Les Presses de Taizé, 2012. Pág 217).

Refiriéndose al secreto de Juan XXII, Roger escribe: “¿Cuál era el secreto de Juan XXIII? Confiaba en el que tenía en frente. Veía en su interlocutor la imagen de Dios. Discernía en su cara a cara, lo mejor, la intención pura, la “inocencia”, como nos contó un día. Sostenido por una vida de comunión con Dios, posaba sobre los demás y sobre sí mismo una mirada de paz.

... El 3 de junio de 1963, tuve conocimiento de la muerte de Juan XXIII, en el mismo momento en el que, con mis hermanos, íbamos a la oración de la noche. Al final de la oración me hubiera gustado decir en pocas palabras la profunda confianza que, a través de este Papa tan querido, se nos había concedido en el corazón de la Iglesia. Pero las palabras no salieron. Parecía que el suelo se había abierto bajo mis pies. De lo más profundo de mí ser surgía una pregunta: ¿Qué va a ser de Taizé sin Juan XXIII? (pág 225).

8. UNA AMISTAD QUE PERDURA TRAS LA MUERTE

Roger se deja acompañar por la influencia de los escritos del Papa: “En los periodos de oscuridad, me gusta recordar otras palabras que encontré en sus escritos y que seguramente venían de su pasado como campesino italiano: “Ser alegre, buscar lo mejor y dejar piar a los gorriones”.

En 1969, con algunos de mis hermanos fuimos a visitar su pueblo, Sotto il Monte. Ante la casa de la familia, encontramos en la verja al viejo campesino Zaverio Roncalli. Se parecía de forma sorprendente a su hermano, el Papa. Yo ya le había conocido en una visita anterior, en 1964, durante el Concilio. Durante una breve conversación nos dijo: “Coraggio!” Después añadió en su lenguaje tosco: «Sempre avanti» (siempre adelante). Fuimos entonces a rezar y cantar en la iglesia parroquial donde Juan XXIII había recibido el bautismo. Nos quedamos durante un momento en el silencio de aquel lugar de niñez. Antes de partir volvimos a la casa de Zaverio Roncalli. Todavía estaba allí. Me preguntó qué hermano conducía el coche y señaló: “Él es quien conduce y vosotros bendecís”. Después añadió con el dedo levantado: «Sempre Spirito» (siempre el Espíritu). Y esta última palabra: «Mai paura» (miedo nunca).

No habíamos venido a buscar nada de él. Era pobre, un hombre muy mayor. No se dio cuenta de lo que nos regalaba a través de pocas palabras.

Otro de los hermanos Roncalli, el más joven, Giuseppe, vino dos veces a Taizé con los miembros de su familia. Ya en edad avanzada, observaba todo con atención. Remarcó que los jóvenes se alojaban muy sencillamente en nuestra colina. Una tarde, le dijo a su hijo pequeño Fulgenzio: «Lo que saldrá de Taizé, es mi hermano, el Papa, que lo ha comenzado». Este campesino bergamasco había comprendido hasta qué punto habíamos amado a su hermano y sabía que el amor era recíproco.

Hemos mantenido siempre relación con esta familia humilde y sencilla, hoy son los sobrinos nietos del Papa los que nos son cercanos.

Durante su visita a Taizé el 5 de octubre de 1986, estuvimos infinitamente agradecidos al Papa Juan Pablo II por haber recordado el amor que Juan XXIII nos tenía: «Me gustaría expresar mi afecto y mi confianza con estas sencillas palabras, con las que el Papa Juan XXIII, que tanto os quería, os saludaba entonces: ¡Ah, Taizé, esa pequeña primavera!» (Frère Roger: *À la joie je t'invite*. *Fragments inédits*. Les Presses de Taizé 2012. Págs 226-227).

9. UNA ORACIÓN EN SOTTO IL MONTE

A la próxima canonización de los dos papas Juan XXIII y Juan Pablo II, asistirá el nuevo prior de la comunidad de Taizé, Hno Alois con algunos hermanos jóvenes.

En octubre de 2008, con ocasión del cincuenta aniversario de la elección de Juan XXIII como Papa, el Hno Alois y la comunidad realizaron un encuentro en Sotto il Monte. Era sábado. En la meditación el Hno Alois dijo: “En diversas ocasiones escuché al hermano Roger, el fundador de nuestra comunidad, hacer esta clara confesión: «El fundador de Taizé es Juan XXIII». En cierto sentido es la verdad” ... El Hermano Roger hablaba frecuentemente de la huella indeleble que en él había dejado Juan XXIII. Este Papa ha sido quizá el hombre que él más ha reverenciado en la tierra. ¿Por qué? Porque en él resplandecía la misericordia de Dios. Cuando fue elegido Papa, pedía que rezáramos por él, para que fuera un buen pastor, a imagen de Jesús.

“Sí, en su vida Juan XXIII ha concedido un lugar de honor a la bondad. Es lo que más ha impresionado a sus contemporáneos. A veces hubo quien interpretó su bondad como simplicidad y esto le hizo sufrir. Lejos de estar ciego, la bondad suponía para Juan XXIII un discernimiento y también un combate interior. En él la bondad iba unida a la capacidad de aceptar una parte de sombra que descubría en los demás como también en él mismo.” ... “En Taizé actualmente, en nuestro ministerio con los jóvenes, sigue viva esa intuición. Quisiéramos acoger en un clima de confianza a los jóvenes que vienen a Taizé, porque esto les permite descubrir que Dios habita ya en ellos, incluso cuando su fe es muy escasa. Gracias a la acogida pueden comprender que Dios mismo los acoge tal como son. Puedo asegurar que por el optimismo de la fe que a él le animaba, Juan XXIII nos ayuda a transmitir la fe a los jóvenes de hoy.” ... “Quiero citar estas palabras del Hermano Roger, que reflejan una visión de la Iglesia idéntica a la de Juan XXIII: «Cuando la Iglesia no se cansa de escuchar, de sanar, de reconciliar, entonces trasmite lo que en ella hay de más luminoso, una comunión de amor, de compasión, de consuelo, reflejo límpido de Cristo resucitado. Nunca distante, nunca a la defensiva, libre de severidad, entonces puede reflejar la humilde confianza de la fe hasta en nuestros corazones humanos».

En ese encuentro también participó el que había sido secretario particular de Juan XXIII, Monseñor Capovilla. En la oración, entre otras palabras, dijo: “En Camaitino, donde yo vivo, en el álbum de visitantes, la firma del Hermano Roger resplandece en la reflexión que escribió el 10 de Octubre de 1964: *«El papa Juan XXIII permitió que Taizé saliera del frío del invierno en el que estábamos desde los comienzos. Fue el instrumento de Dios por el cual la primavera entró*

en nuestra comunidad. Nos amó y ha sido para nosotros un auténtico padre. El papa Juan XXIII ha promovido una inmensa ola ecuménica sobre el mundo de los bautizados no católicos; a todos nosotros, mediante la atención contemplativa de Dios, incumbe hacer que esta ola no retroceda, sino que poco a poco siga avanzando. En comunión con todos los santos testigos de Cristo, damos a Dios nuestra acción de gracias».

10. EL ESPÍRITU CONTINÚA

Con motivo de la semana de oración por la unidad de los cristianos de este año 2014, y como consecuencia del encuentro tenido en Estrasburgo por la Peregrinación de Confianza a través de la tierra, el Hermano Alois proponía “Atrevámonos a ponernos bajo el mismo techo”. En ese texto dice: “Actualmente, con los cristianos separados en múltiples confesiones, corremos el riesgo de pararnos en una tranquila coexistencia. ¿Es que no podemos avanzar más? En Taizé nos maravilla constatar que los jóvenes, ortodoxos, protestantes y católicos, que pasan con nosotros algunos días en nuestra colina se sienten profundamente unidos, sin necesidad de rebajar su fe al mínimo denominador común ni tampoco de nivelar sus valores. Al contrario, encuentran un estímulo para profundizar su propia fe. La fidelidad a sus orígenes subsiste junto con una apertura a quienes son diferentes. ¿Cómo se explica esto? Porque han aceptado ponerse bajo el mismo techo y volverse todos juntos hacia Dios. Si esto es posible en Taizé, ¿por qué no es posible también en otros lugares?

José Miguel DE HARO SÁNCHEZ, C.SS.R.

JUAN XXIII Y LA ORTODOXIA

El sacerdote Angelo Roncalli que, tras ordenarse fue durante diez años el secretario de su obispo Radini Tedeschi, era un hombre inteligente y abierto a las aspiraciones sociales de su tiempo. Después de la guerra, Benedicto XV le encargó la organización en Roma de la Obra de la Propagación de la Fe que llevó a cabo con eficacia.

Roncalli era afable, competente, animado, sin demasiadas aspiraciones, con una sólida piedad y buena teología. Por ello, cuando Pío XI, que lo conocía personalmente, lo nombró Arzobispo sin diócesis, su elección causó muchas sorpresas. Para muchos su nombramiento era un reconocimiento a su eficacia sin proyección eclesiástica, pero cuando trece días después se desveló su nombramiento como Visitador Apostólico en Bulgaria, recibió la general felicitación y también las condolencias de algunos amigos muy íntimos por lo delicado de su trabajo y la compleja situación política del país balcánico.

En efecto, el 14 de abril, en un pueblo de las montañas de Bulgaria, el rey Boris III sufrió un atentado del que salió ileso. Pero la operación de los terroristas iba más allá. Pensaron que, fallecido el rey se celebrarían sus funerales en la catedral de santa Nedelia de Sofia donde tenían preparada otra acción, pero fallado su objetivo los comunistas asesinaron a otra alta personalidad para mantener el cebo de la asistencia a los funerales del rey, el gobierno y otras autoridades. Aquel Viernes Santo, 16 de abril, la cúpula de la catedral, cargada con cien kilos de dinamita se derrumbó sobre los asistentes, provocando la muerte de 250 personas y más de mil heridos. El rey se había retrasado unos minutos y eso le salvó la vida. El atentado desencadenó una reacción feroz: se declaró la ley marcial y muchos izquierdistas fueron detenidos. Muchos de los detenidos desaparecieron, dando lugar a numerosos rumores; la suerte de otros quedó más a la vista: fueron ejecutados.

Pocos días después de este suceso llegó Roncalli. El Visitador Apostólico llegaba a un país en el que casi la totalidad de la población practicaba el cristianismo ortodoxo. La Iglesia Ortodoxa búlgara había estado gobernada por un Exarca nombrado por Constantinopla y dependiente de aquella Sede. En 1859, ante la negativa por parte del Trono Ecuménico de conceder la autocefalia a la Iglesia búlgara, un grupo de búlgaro-macedonios se dirigió al Legado apostólico del Vaticano en Constantinopla pidiéndole su ingreso en la Iglesia Católica. Un año después, el Exarcado búlgaro se declaraba independiente. Pío IX eligió a un archimandrita octogenario y de pocas luces, mons. Iosif Sokolski, y lo consagró obispo personalmente, pero cuando pocos meses después el nuevo obispo regresó a Constantinopla, renegó de sus fieles, volvió a la Ortodoxia y huyó en plena noche en un barco a Odessa. Fue sustituido por un visitador apostólico, pero como no quiso pasar al rito bizantino tampoco funcionó.

Mientras tanto el Exarcado búlgaro independiente se presentó como institución del Imperio otomano y fue reconocido por el Sultán en 1870. Constantinopla condenó aquel nacionalismo eslavo y en el Sínodo de 1872 excomulgó a los búlgaros, situación que permaneció hasta 1945. Por su parte la Iglesia Católica había consagrado otro obispo que gobernó hasta 1876 en que fue sustituido por un antiguo obispo ortodoxo que, dos años antes, se había hecho católico. Fue presentado ante el Sultán como representante de los intereses búlgaros, hasta que, en 1896, el obispo volvió al seno de la Iglesia Ortodoxa.

Durante las guerras balcánicas (1912-13) el Exarcado búlgaro se estableció en Sofía y a partir de 1916 tuvo una sucesión colectiva por parte de un Sínodo presidido por el Metropolitano de Sofía.

A la llegada de Roncalli, la situación eclesiástica en Bulgaria era muy compleja. La Iglesia Ortodoxa, a la que pertenecían la casi totalidad de los búlgaros, estaba dividida entre el Sínodo Nacional de Obispos Ortodoxos, la mayoría, y el Consejo Nacional de Obispos Búlgaros, con el metropolitano de Sofía como consejero y guía. Los 40.000 católicos existentes eran los descendientes de los antiguos bogomilos y paulicianos, herejes de los ss. XII y XIII, que habían sido convertidos al catolicismo en el s. XVII por los misioneros franciscanos de Bosnia.

En mayo de 1925, un mes después de su llegada, empezó Roncalli sus viajes orientados a tejer una red de contactos entre los católicos latinos y orientales. Burgas, Jambol Stara Zagora y otras ciudades fueron los centros de sus largas excursiones apostólicas, actuando con mucha prudencia bajo la atenta mirada de la jerarquía ortodoxa. En estos primeros tiempos supo ganarse la simpatía de algunos políticos, pese a no tener un cargo diplomático, y de algunos miembros de la familia real. Supo organizar la ayuda humanitaria a los afectados por el

terremoto de Filipopolis (Plovdiv) y en algunos medios conservadores ortodoxos sus actuaciones fueron calificadas como maniobras para una “vuelta a Roma”.

En la primavera de 1928, Roncalli siguió con mucho interés las sesiones del Sínodo de los Obispos Ortodoxos, que tuvo lugar en Sofía, y en el que se trataron temas de disciplina de los sacramentos, del divorcio y segundo matrimonio de los clérigos, del no reconocimiento por parte del Gobierno a la legislación canónica del Consejo Nacional de Obispos Búlgaros, de la decisión de participar en las convenciones del Consejo Mundial de Iglesias a celebrar en Estocolmo y Lausana, de la resolución condenando el proselitismo protestante y católico y de otra resolución protestando por la persecución a que eran sometidos los católicos de México por parte del Gobierno de aquel país.

Roncalli favoreció el uso del búlgaro en la liturgia allí donde el rito lo permitía. Igualmente, aplicó su habilidad organizativa para establecer colegios y casas de beneficencia, haciendo venir religiosos asuncionistas, pasionistas, capuchinos, hermanos de las Escuelas Cristianas e Hijas de la Caridad. Por primera vez se publicó en Bulgaria la encíclica de un papa romano, tal como ocurrió con la “Casti Connubii” de Pío XI, a la que siguió más tarde la “*Rerum Novarum*” de León XIII y que Roncalli mandó publicar con el título de “La Unión Cristiana de Trabajadores y el Problema Social”.

El mayor revés que sufrió Roncalli en sus actividades en Bulgaria fue el asunto de la boda del rey Boris III y el bautizo de sus hijos. Aunque los Delegados Apostólicos son los representantes del Papa, no tienen carácter diplomáticos; es decir, están acreditados solamente ante el clero católico del país que los acoge. Por ello, Roncalli no tenía motivos ni ocasión de presentarse ante la Corte. Sin embargo, fue invitado para las formalidades del matrimonio entre el rey Boris III, ortodoxo, y la princesa Juana de Saboya, católica. Roncalli se dio cuenta de la complejidad del caso y se puso a trabajar sobre el asunto. Al poco salió una noticia en “*L'Osservatore Romano*”: “La piadosa princesa Juana ha enviado al Santo Padre dos ruegos fundamentados. En el primero pide la dispensa de impedimento de mixta religión, dando juntamente con su esposo las garantías requeridas en los cánones 1061 y 1063. Por otra parte, pide se pueda celebrar el matrimonio en la pontificia basílica de Asís, por la especial devoción que profesa al seráfico Padre y a la venerable María de Saboya, cuyos restos mortales descansan en la misma basílica”. Roncalli había trabajado bien, aunque no las tenía todas consigo. La víspera de la boda escribía: “Mañana se celebrará el matrimonio en Asís...pero quien sabe, cierto que no ha de faltar alguna dificultad. Yo he hecho cuento he podido para prevenirlas y estoy contento pase lo que pase”. Más tarde dirá: “He logrado decir la verdad a todos, sin comprometerme con el gobierno, ni mucho menos con el rey Boris”. Lo que sucedió a continuación quizás le sirvió de

aprendizaje cuando años más tarde, ya como papa Juan XIII, tuvo que intervenir en otra boda real: la de los entonces príncipes Juan Carlos de España, católico, y Sofía de Grecia, ortodoxa.

La temida eventualidad se resolvió de un modo negativo para la Santa Sede. Cuando se trata de un matrimonio mixto, como el que se celebró en Asís aquel lluvioso 25 de octubre, el Vaticano concede el permiso con la condición de que se celebre según el rito católico y que los hijos sean educados en el catolicismo. Tras la ceremonia de Asís, a la entrada de los Reyes en Bulgaria, se celebró la boda ortodoxa en la catedral de Sofía y los hijos nacidos del matrimonio, la princesa María Luisa y el heredero Simeón, fueron bautizados en la Iglesia ortodoxa. Roncalli protestó “en la debida forma”, es decir, en privado y a la reina Juana que, con tristeza le declaró su impotencia ante tales hechos. Quien sí levantó la voz de manera exagerada fue Pío XI en el Consistorio del 13 de marzo de 1933.

Con el matrimonio entre Boris II y la piadosa reina Juana, la Santa Sede abrigaba la esperanza del establecimiento de una Corte católica en Bulgaria, que por adulación o convencimiento la nobleza la imitara y que el pueblo por mimetismo o por sinceridad los siguieran. Lo cierto es que a la reina Juana nunca se la animó a cambiar de confesión ni tuvo que sufrir la humillación a que hubo de someterse la reina Victoria Eugenia de España antes de su matrimonio. La reina comprendió que sus hijos habrían de gobernar un país cuya población confesaba la Ortodoxia en un 97%. Al volver de su boda en Asís, el gobierno y la jerarquía ortodoxa tuvieron que advertir al Rey que, por la fe que profesaba, él no estaba casado, que debía regularizar su situación y que, en plano de igualdad, la otra parte debía comprometerse como él había hecho a la futura educación religiosa de la prole.

Desde Roma se auguraba a Roncalli un final poco glorioso de su carrera diplomática, pero su servicio fue tenido por válido por la Santa Sede que, de Visitador, pasó a Delegado Apostólico. Roncalli aguantó con serenidad aquella borrasca diplomática y pudo escribir que para él “cambiar de lugar o quedarme aquí todavía por largo tiempo; ser nuncio o nombrado obispo en Italia; tener un sitio en Roma o acabar de canónigo, me es siempre indiferente. De lo que el mundo pueda decir, no me preocupo: porque el mundo juzga por las apariencias y casi siempre se equivoca. Me basta el testimonio de mi buena conciencia y saber que el Santo Padre está contento de mi modesta obra”. A pesar de los conflictos entre la Corte y el Delegado Apostólico, siempre gozó de la estima de la reina Juana y llegó a reconocer en el rey Boris a un “alma buena”.

Hacia finales de noviembre de 1934 recibe de Roma la orden de incorporarse a la Delegación Apostólica de Turquía y Grecia. En la capilla de los capuchinos de Sofía pronuncia Roncalli su mensaje de Navidad. “Esta fiesta de Navidad es

la décima que celebro con vosotros... pero también será la última. Si os dijese que al partir, al dejaros para siempre, mi corazón permanece impasible, no diría la verdad ante Dios. Hoy debo hacerme violencia y dominar por la razón las emociones del corazón... Dondequiera que esté, aunque sea en un extremo del mundo, si un búlgaro expatriado pasa por delante de mi casa y llama a mi puerta, se le abrirá tanto si es católico como ortodoxo: hermano de Bulgaria, este título basta; puede entrar y encontrará en mi casa la más cálida y afectuosa hospitalidad”.

Después de sentidos elogios a la piedad del pueblo búlgaro, declara solemnemente que le es grato reconocer que desde los más altos representantes hasta las más humildes masas populares todo el pueblo de Bulgaria le ha dado constantemente pruebas de respeto, de atenciones y de afecto, declarándose pronto a dar testimonio de ello, siempre y en todo lugar y delante de cualquier interlocutor eventual.

También dedicó unas palabras a los ortodoxos: “La divergencia de convicciones religiosas referente a uno de los puntos fundamentales de la doctrina de Cristo contenida en el Evangelio, es decir, la unión de todos los fieles de la Iglesia de Cristo con el sucesor del Príncipe de los Apóstoles, me aconsejaba ciertas reservas en mis relaciones y comportamiento personal hacia los hermanos separados. Esto era absolutamente natural y creo que también ellos lo han comprendido así. El respeto que yo he procurado mostrar siempre, tanto en público como en privado, delante de todos y de cada uno, mi inviolable e inofensivo silencio, el hecho de no haberme jamás inclinado a recoger la piedra que me venía lanzada de un lado y otro de la calle, me dejan la cándida certeza de haber demostrado a todos que yo también les amo en el Señor con aquella fraternal, sentida y sincera caridad que nos enseña el Evangelio... Vendrá finalmente un día en el que no habrá nada más que un solo rebaño y un solo pastor porque así lo quiere Cristo ¡Apresuremos ese día venturoso con nuestras oraciones!

Cuando el 4 de enero de 1935 Roncalli abandonó Bulgaria se iba con mucha más simpatía y afecto que el recibido diez años antes.

La llegada de Roncalli a su nuevo destino compartido entre Constantinopla y Atenas, ocurre en un momento delicado de intercambio de población entre Grecia y Turquía como resultado del Tratado de Lausana. La política turca de entonces era llevar a sus últimas consecuencias el programa de Mustafá Kemal Atatürk: reacción contra la tradición con un decidido giro al occidentalismo europeo. Para romper con el pasado y abrir una nueva era, trasladó la capital desde la vieja Constantinopla, que a partir de ahora se llamará con otro nombre también de origen griego, Estambul, al centro de Anatolia, la vieja Ancira, convertida ahora en Ankara, que según el nuevo líder “las montañas que la circundan se erigen a

manera de bastiones y de fortines color de bronce y cobre; ellas hacen de Ankara la roca inexpugnable y dominante de la patria turca”. Se suprimió el calendario musulmán, sustituido por el gregoriano; el alfabeto árabe dio paso al latino. Se adoptó el código civil suizo, aboliendo el califato, la poligamia, el fez de los hombres y el velo de las mujeres. Se abrieron escuelas gratuitas y obligatorias por todas partes, pero se cerraron escuelas religiosas occidentales y también escuelas coránicas. Enemigo de todo lo religioso, que según Atatürk “era un lastre que retrasaba el adelanto de la nación”, suprimió hasta los trajes de los clérigos, reconociendo únicamente al Patriarca Ecuménico el derecho a llevar traje talar.

La condición de Delegado Apostólico excluía a Roncalli del Cuerpo Diplomático: era bien considerado y tratado como huésped reconocido, pero ignorado en las esferas del gobierno, lo que le dio ocasión para ejercer una gran labor pastoral entre los católicos. Por otra parte, los turcos eran particularmente suspicaces frente a los representantes extranjeros que siempre habían intentado ejercer influencia política, extendiendo su protección a minorías étnicas y religiosas: Francia protegía a los latinos, Rusia a los ortodoxos. No dejaba de ser una contradicción que la administración laicista de Francia y atea de Rusia exigieran al gobierno el mantenimiento de símbolos religiosos en sus establecimientos en Turquía. Los cristianos fueron considerados como extranjeros y se fueron publicando normativas que restringían su intervención en la dirección de establecimientos públicos hasta su total desaparición, lo mismo que hasta el mínimo puesto en la administración.

Atatürk creía que no tenía nada que aprender de la religión y monseñor Roncalli no tuvo la presunción de querer convertirse en maestro. El clima laicista del país le obligó a ser discreto en sus actividades externas, es decir, las desarrolladas fuera de la comunidad católica. Junto a la catedral católica de Atenas se añadió la pro-catedral del Espíritu Santo, en el barrio de Beyoğlu, en Constantinopla, donde debía de atender a católicos latinos, italianos y franceses en su mayoría, sirios, caldeos y armenios. Sin embargo, el templo preferido de Roncalli en Constantinopla era el de san Antonio, predicando en él varias veces la novena del santo. En esta misma iglesia tomó Roncalli una decisión al poco de llegar. El catolicismo nació romano, pertenece a la cultura occidental y se identifica con el mundo latino, por eso le llamo la atención que los fieles orientales católicos utilizaran el francés en las oraciones. Mandó entonces que se utilizara el turco en las plegarias de la Iglesia con la lapidaria frase de que “en Roma, Cristo es romano; en Turquía debe ser turco”, lo que le valió la admiración de las autoridades turcas.

Uno de los aspectos más delicado de su misión fueron las relaciones con los ortodoxos. La gloriosa comunidad ortodoxa de Constantinopla había que-

dado reducida a unas 100.000 personas y la elección de los Patriarcas estaba estrictamente controlada por grupos anti-religiosos afines al gobierno. Griegos y armenios habían comenzado su largo exilio y la comunidad católica de rito latino no alcanzaba las 200 personas. Además, inspectores gubernamentales vigilaban atentamente cualquier conversión para aplicar las leyes anti-proselitistas. El hecho de ser cristiano era suficiente para negar el pasaporte turco. Ambas comunidades estaban sujetas a los mismos inconvenientes, por lo que la paciencia y la exquisita delicadeza del Delegado Apostólico y la indulgencia y caridad del Patriarcado lograron crear un clima de distensión, primero, y de confianza, después, entre aquellos hermanos que durante siglos se lanzaban inactivas y se volvían la espalda. Algunos acontecimientos, como la muerte de Pío XI (1939) pusieron de relieve el acercamiento psicológico entre ambas Iglesias. En los solemnes funerales celebrados en la catedral del Espíritu Santo de Constantinopla en memoria del difunto papa, estuvieron presentes un delegado del Patriarca Ecuménico y otro del Patriarca Armenio. En la oración fúnebre dijo Roncalli: “Desde el fondo de veinte siglos llega hasta nosotros el gemido de Jesús ‘tengo otras ovejas que no son de este redil y es necesario que también Yo las atraiga a Mí y se haga un solo rebaño y un solo pastor’ Un día, quizás muy lejano aún, la visión de Cristo, un solo rebaño y un solo pastor, será la realidad deliciosa del cielo y de la tierra. Entre tanto, os lo ruego en su nombre, sea unánime el esfuerzo de acrecentar el fervor de la caridad fraterna, mientras continuamos repitiendo la común profesión de fe: Y en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica”. Poco tiempo después Roncalli visitaba al Patriarca Ecuménico, Veniamin, para agradecerle las condolencias transmitidas por el fallecimiento de Pío XI. La entrevista excedió del simple protocolo. Asimismo, Roncalli volvió a visitar al Patriarca para despedirse antes de marchar a la Nunciatura de París.

En mayo de 1935 había comenzado el ir y venir de Roncalli entre Grecia y Turquía en su condición de Delegado en ambos países. Estos viajes, aunque discretos, alertaron las sospechas de los dos gobiernos y la población de dos países que se demuestran una profunda antipatía.

Desde finales del s. XIX, los católicos tenían su catedral de san Dionisio en Atenas, constituyendo una minoría en un país de enorme presencia ortodoxa. Tras la I Guerra Mundial, Grecia había extendido su territorio reintegrando al país la antigua Macedonia y expulsando a los turcos de Tesalónica en 1925. La religión era omnipresente, el 98% de los griegos era ortodoxo y su influencia era enorme, pues había sido la Iglesia la que había mantenido la identidad griega y la lengua y la cultura helénicas durante el dominio otomano. Había sido la Iglesia la que había alentado, bendecido y ayudado en la guerra de la Independencia, habiendo pagado muy caro, tanto en vidas como en bienes, su apoyo a la liberación de los turcos.

La influencia latinizante en los grupos orientales unidos a Roma, confirmaba a la Ortodoxia en su oposición radical a todo lo que se refería al uniatismo. Sobre todo en Grecia adoptó una forma doctrinal y jurídica oficial que se desarrolló a escala nacional. En abril de 1925, el primado griego, mons. Papadopoulos, escribió una circular violentamente anti-uniata. Esta ofensiva suscitó una polémica con el jefe de la pequeña comunidad uniata, mons. Calavassy, de tales proporciones que fue necesaria la intervención de los tribunales y del Consejo de Estado. Para la jerarquía griega el uniatismo significaba un método de proselitismo hábilmente elaborado en el que el rito bizantino servía para disimular la progresiva absorción y latinización. Por si fuera poco, la jerarquía latina seguía la errónea línea oficial vaticana de denigrar sistemáticamente con espíritu triunfalista la vida y la historia del cristianismo oriental (recuérdese la encíclica “Mortalium Animos” de 1928).

La más prominente figura de entonces en Grecia era el Primado y Arzobispo de Atenas mons. Damaskinos, quien, además, era el Regente durante la minoría de Jorge II. El Arzobispo se negaba sistemáticamente a recibir a Roncalli, pero la astucia de éste venció los impedimentos de contacto que desembocarían en una colaboración posterior. Roncalli supo que mons. Damaskinos iba a visitar cierto lugar; se presentó con la suficiente antelación para penetrar en el edificio y esperar dentro. Llegado el Arzobispo, se introdujo con él en el ascensor con lo que no le quedó más remedio al jerarca ortodoxo que saludar al Delegado. Más tarde, durante la guerra italo-greca de 1940, el arzobispo Damaskinos y el delegado Roncalli hicieron gestiones conjuntamente para que las ciudades de El Cairo, Atenas y Roma fueran preservadas de eventuales bombardeos. Ambos, también, consiguieron hacer llegar a Grecia por medio de la Cruz Roja Internacional, 300.000 toneladas de víveres, bloqueadas en Canadá y Australia, que habían sido compradas por el gobierno griego antes de la guerra.

Las muestras de simpatía en un país eran tomadas con recelo en el otro. Los saludos de Roncalli al ministro turco de Exteriores, sr. Menemencioglu levantaban ampollas en Grecia. Por el contrario, cuando el saludado era el homólogo griego sr. Sakelleropoulos los turcos torcía el gesto. Las clásicas armas de la diplomacia (amenaza u oferta) no valían en ese momento ni las puede utilizar el Vaticano. Roma no puede amenazar con guerras ni embargos económicos; las excomuniones ya no sirven, ni menos en países no católicos, por lo que apoyar una tesis en Turquía podía suscitar reacciones negativas en Grecia. La fuerza diplomática vaticana se basa en su prestigio, con cuatro factores políticos: 1) todos saben lo que quiere el Vaticano y hasta donde está dispuesto a ceder; 2) todos conocen las garantías de continuidad vaticana; 3) todos saben su influencia en países con población mayoritariamente católica; 4) puede hablar en nombre del Tercer Mundo. Con estas premisas se entiende la flexibilidad de Roncalli.

Durante la guerra en Grecia el delegado Roncalli se mantuvo en Turquía, confiéndole un papel de informador vaticano de primer orden. Allí le llegó la orden de trasladarse como Nuncio a París el 23 de diciembre de 1944.

Francia le dio la posibilidad de otro tipo de experiencias, tanto en el campo político, donde supo ganarse la estima de los ambientes izquierdistas, como en el pastoral, donde tuvo que solucionar el problema de los obispos acusados de colaboracionismo y el de la agitada renovación del catolicismo, alejado de amplios sectores sociales en los primeros años de la posguerra. Su buen humor, su cordialidad y también la excelente cocina de la Nunciatura se hicieron famosos. En 1953 es creado Cardenal y muy poco tiempo después destinado como Arzobispo a Venecia.

Para un antiguo Delegado Apostólico en Oriente no existe en Occidente una diócesis que tenga unos lazos de relación histórica más estrechos con aquellas regiones que Venecia. En los cinco años y medio que permaneció en esta sede tendrá Roncalli una oportunidad de hacer revivir su preocupación por los hermanos orientales en el “Octavario por la Unidad”. En el primer año en Venecia, durante ese Octavario dijo: “El camino de la unión de las varias Confesiones cristianas es la caridad, tan poco practicada por una y otra parte”. En Palermo, en 1957, durante la “Semana de Estudio del Oriente cristiano” dijo. “¿Es toda la responsabilidad de nuestros hermanos separados?. Parte es de ellos, pero gran parte es nuestra”. Las sinceras declaraciones de Roncalli eran seguidas, a veces, por rectificaciones aparecidas en L’Osservatore Romano, en el sentido de que la Iglesia Católica, como tal, carecía de culpa; no así los católicos considerados individualmente por no haber rogado lo suficiente a Dios para que “regresen al seno de la Iglesia los descarriados”.

El 28 de octubre de 1958 el cardenal Roncalli fue elegido papa con el nombre de Juan XXIII. El 30 del mismo mes el Patriarcado Ecuménico hacia la siguiente declaración: “Con gran satisfacción, el patriarca ecuménico Atenágoras ha tenido conocimiento de la elección del nuevo papa de Roma, Su Santidad Juan XXIII. El patriarca ha sabido también que en su primer mensaje al mundo el papa ha expresado el deseo de una unión de esfuerzos para el logro de una paz verdadera y perdurable. La humanidad, que ha vivido angustiada estos últimos años y tanto ansía la paz, ha acogido con complacencia esta noticia. El patriarca de Constantinopla felicita al papa de Roma con motivo de su elección y desea que Dios le otorgue éxito, longevidad y fortaleza en el cumplimiento de su misión”.

Unos años antes, en marzo de 1957, al felicitar el patriarca Atenágoras al papa Pío XII por su 80 cumpleaños, apareció en el “Apostolos Andreas”, la revista oficial del Patriarcado, un artículo en el que, tras rendir homenaje a la habilidad política del papa, se apuntaba la idea de convocar un concilio de toda

la cristiandad para examinar el porvenir del cristianismo sobre la base de “la doctrina del Evangelio, los cánones de los siete concilios ecuménicos y la historia de los nueve primeros siglos del cristianismo. El sucesor del papa Pacelli iba a realizar los deseos del Patriarcado Ecuménico y de la Iglesia Católica. La elección del cardenal Roncalli para el supremo pontificado romano aceleró el proceso de establecimiento de las relaciones cristianas gracias a su gran iniciativa conciliar.

Cuando en la edición de *L'Osservatore Romano* del 26-27 de enero de 1959 apareció el anuncio de convocatoria de un Concilio, que Juan XXIII había hecho público el día anterior en san Juan de Letrán, se incluyó un párrafo que decía: “Por lo que se refiere al Concilio Ecuménico, éste, en el pensamiento del Santo Padre, tiende no solamente a la edificación del pueblo cristiano, sino también quiere ser una invitación a las comunidades separadas para la búsqueda de la unidad, a la que tantas almas anhelan hoy desde todos los puntos de la tierra”. Este texto desapareció después de la edición oficial. La explicación que dio el cardenal Tardini es que, siendo el Concilio un acontecimiento interno de la Iglesia Católica, no pueden tomar parte en él sino los que están en unión con ésta (existían precedentes, como los concilios de Lyon y de Ferrara-Florenia). Dentro del propio colegio de cardenales se dieron dos posturas: a favor o en contra de la invitación a participar. Ganaron los burócratas del “no”, dejando abierta la posibilidad de invitación como “observadores” y que terminó con agrios y justificados reproches a la sede romana por parte de Constantinopla.

Roma, recordando lo ocurrido en la convocatoria del Vaticano I, no quiso repetir aquella desagradable experiencia. En aquella ocasión, se anunció oficialmente la convocatoria del Concilio el 26 de junio de 1867 y las cartas de invitación a los patriarcas orientales se enviaron el 28 del mismo mes. Todas fueron devueltas y el patriarca Gregorio VI anotó en el sobre, sin abrir, que ya conocía su contenido por la prensa. Dispuestos a no cometer otro error, la Secretaría para la Unión de los Cristianos decidió no cursar invitación sin la certeza que serían aceptadas. En 1962 el cardenal Willebrands sondeó en Constantinopla al patriarca Atenágoras que contestó que consultaría a las demás Iglesias. Todas respondieron “no”, excepto Rusia que no contestó. Paralelamente Willebrands negociaba en secreto con el metropolitano Nikodim, responsable de las relaciones exteriores del patriarcado ruso, acerca de la presencia rusa en el Concilio. Moscú decidió enviar dos representantes, siempre que se cumplieran las condiciones siguientes, y que el Vaticano aceptó: 1) La invitación tenía que ser personal de Juan XXIII al patriarca Alexis, directamente, y no a través de Constantinopla. 2) Debían ser los únicos ortodoxos invitados. 3) Garantías de que el Concilio no generaría en asamblea política y de que se abstendría de condenar el comu-

nismo y 4) Seguridades de que la presencia de observadores ortodoxos no se interpretaría como un reconocimiento del primado romano.

Cuando estas “ambiguas” negociaciones llevadas a cabo por el plenipotenciario del Vaticano se conocieron en Constantinopla casi la víspera de la apertura del concilio, la reacción fue amarga y desilusionada. El Arzobispo de América, mons. Iacovos, presentó una queja lamentando la mala fe de la práctica empleada por Roma, pues no solo minaba la unidad de la Ortodoxia, sino que quebrantaba el prestigio del Patriarca Atenágoras. Así, el artífice de la unidad ortodoxa y el infatigable promotor del acercamiento católico-ortodoxo, era privado de enviar observadores al Concilio.

¿Conoció Juan XXIII estos manejos? Por su talante parece que no, pero no es menos cierto que los mismos diplomáticos de la época de Pío XII a los órdenes del cardenal Tardini son los que marcaban las líneas en la época del papa Roncalli.

Juan XXIII falleció en junio de 1963. El Patriarca de Constantinopla y el Santo Sínodo expresaron su condolencias al cardenal camarlengo mons. Cicognani. El 25 del mismo mes se comunicaba al Patriarcado la elección de Pablo VI al trono de Roma y el 8 de julio, el cardenal Bea escribía al Patriarca solicitando una audiencia para un arzobispo y mons. Willebrands, portadores de la invitación personal de Pablo VI para que envíe dos observadores a la nueva sesión del concilio. En la carta del cardenal Bea se indicaba que mons. Willebrands “irá a daros cuantas explicaciones deseéis”. A partir de entonces las relaciones entre los jefes de las dos Iglesias se volvieron más fluidas y personales.

La memoria que guarda la Ortodoxia de Juan XXIII es la de un hombre santo y bondadoso, piadoso y bueno que vivió y apreció en toda su magnitud la grandeza de la Iglesia hermana de Oriente.

Rogelio SÁEZ

PEREGRINACIÓN DE PABLO VI A TIERRA SANTA

1. CINCUENTENARIO DE UN VIAJE PURAMENTE ESPIRITUAL

Pablo VI viajó a Tierra Santa en enero de 1964¹: fueron casi tres días repletos de actos oficiales, encuentros, visitas, celebraciones, discursos². Anunciado con improvisadas palabras al cierre de la segunda sesión del Concilio (4-XII-1963), el viaje resultó ser el primero que, después de veinte siglos, acercaba al sucesor de Pedro a la tierra de Jesús y de los Apóstoles. Totalmente inesperado y sorprendente, pues. Entusiastas y muy positivas las reacciones³. Histórico desde múltiples puntos de vista⁴. Singular, dado su carácter puramente religioso. De ahí lo de *peregrinación*⁵.

Se cuidó mucho Pablo VI de precisarlo ante el rey Hussein en el aeropuerto de Amán: «Nuestra visita tiene un carácter espiritual. Es el de una humilde peregrinación a los lugares santificados por el nacimiento, la vida, la pasión y muerte de Jesucristo, y por su gloriosa resurrección y ascensión»⁶. Otro tanto

¹ Lo hizo en un DC 8 de Alitalia que despegó el sábado 4 a las 8:30h del aeropuerto internacional Leonardo da Vinci (Roma-Fiumicino) rumbo al aeropuerto internacional de Amán (Jordania) y, a su regreso el lunes 6, a las 12:30h, del citado aeropuerto jordano rumbo al de Ciampino en Roma. Yerra, pues, en su editorial *Peregrinemos con él* la revista *Ecclesia*, Núm. 1173, p. 3, escribiendo un DC-4.

² Recogidos, para su versión oficial, en *Acta Pauli PP. VI. Summi Pontificis peregrinatio in Palestinam*: AAS, N.1, pp. 158-182. Para la española, en *Ecclesia*, Núm. 1174, cuyo corresponsal —Cipriano Calderón—envió algunas crónicas donde el tema ecuménico no fluye a veces con precisión. Usaré a menudo la versión de la Santa Sede en su portal digital: *vatican.va*. En lo que atañe al encuentro con Atenágoras sigue siendo fundamental el *Tomos Agapis*: en BAC 345.

³ Cf. O'MALLEY, 266-267.

⁴ La revista *Ecclesia*, tirando de la euforia, publica en su editorial frases como esta: «Audaz e histórica iniciativa que ya ha producido ubérrimos frutos y los habrá de seguir produciendo, sin duda, en el futuro» (*Proyección del viaje papal*: Núm. 1174, p. 3).

⁵ Vid. HERA BUEDO, *La noche transfigurada. Biografía de Pablo VI, esp. II. El Papa peregrino*, 542-553.

⁶ *Respuesta de Pablo VI al rey Hussein*: *Ecclesia*, Núm. 1174, p. 6.

manifiesto en el saludo a las autoridades israelíes: «No estamos guiados por ninguna consideración que no sea de orden puramente espiritual. Venimos como peregrinos; a venerar los Santos Lugares; para rezar. Desde esta Tierra única en el mundo [...] nuestra humilde súplica se eleva hacia Dios por todos los hombres, creyentes y no creyentes. Incluimos con mucho gusto a los hijos del «*pueblo de la Alianza*» cuyo papel en la historia religiosa de la humanidad no podemos olvidar»⁷.

También cuando cruzó el umbral de la Ciudad Santa: «Hoy se realiza lo que fue objeto de los deseos de muchos hombres en la época de los Patriarcas y de los Profetas, de muchos peregrinos que vinieron a lo largo de veinte siglos a visitar el Sepulcro de Cristo. Hoy podemos exclamar con el autor sagrado: «*Y ahora ponemos los pies en tus puertas, ¡oh Jerusalén!*» (Salmo 122, 2), y añadir con él con toda verdad: «*He aquí el día que Dios ha hecho: día de contento y de alegría*» (Salmo 117, 24)»⁸. Y de vuelta en Roma, agradeciendo el recibimiento en Ciampino del presidente Segni y autoridades: «Hemos querido que nuestro viaje a Tierra Santa tome la significación de un reencuentro particular, ferviente y ardiente con Cristo, que ha proclamado altamente ante la faz del mundo la realidad sublime y la universalidad de la redención que el Divino Salvador continúa realizando por medio de su Iglesia»⁹. Por último, este interesante matiz a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro, ya por la noche: «Mi viaje no ha sido sólo un hecho singular y espiritual; ha sido un hecho que puede tener grande importancia histórica y el comienzo quizá de grandes acontecimientos que pueden ser beneficiosos para la Iglesia y para la Humanidad»¹⁰.

El propio Pablo VI vuelve a la idea en un documento al que se le ha dado poco relieve con tenerlo tanto, pues se trata de una Exhortación Apostólica al Episcopado católico en la que recomienda de forma especial las súplicas a realizar en fecha próxima para pedir por la unidad de los cristianos. Firmado el 15 de enero de 1964, o sea próxima la Semana de oración por la unidad de los cristianos, evoca el Papa en él su reciente viaje a Tierra Santa. He aquí un fragmento significativo: «En especial tenemos grabado en nuestro espíritu el encuentro con los jefes espirituales de las veneradas Iglesias orientales, de las que en el pasa-

⁷ *Discurso del Santo Padre Pablo VI al señor Salman Shazar, presidente de la República de Israel*. Meggiddo, domingo 5/1/1964 (vatican.va).

⁸ *Discurso del Santo Padre a las autoridades y a la población de Jerusalén ante la Puerta de Damasco*, Sábado 4/1/1964 (vatican.va). Abundando en la idea, vid. HERA BUEDO, *Pablo VI. Timonel de la Unidad*, esp. 5.1. *Tierra Santa: Enero 1964*, p. 363.

⁹ *Declaración de Su Santidad a su regreso de Tierra Santa* (Ciampino, 18.13): *Ecclesia*, N. 1174, p. 22; AAS, N. 1, p. 180.

¹⁰ *Saludo a la multitud desde la ventana del Vaticano: Ecclesia*, N. 1174, p. 22, AAS, N. 1, p. 182.

do nos han separado dolorosas rupturas, y de forma especial el encuentro con el patriarca ecuménico de Constantinopla, que también fue en peregrinación a Tierra Santa. Nos dimos el abrazo santo que se dan los discípulos de Cristo; a una releímos la oración solemne que Cristo elevó al Padre, antes de su Pasión, para pedir la unidad de sus discípulos, para que el mundo crea; a una recitamos el *Pater noster* que nos hace invocar a Dios como nuestro Padre y nos enseña el perdón mutuo de las ofensas; acontecimientos estos, que queremos considerar la primicia de la unión total en la única Iglesia de Cristo, aunque esta unión esté todavía lejana»¹¹.

Respondía este viaje, pues, a una decisión de antemano meditada, inscrita en lo más profundo de la espiritualidad y de la eclesiología montinianas, muy acorde, si bien se analiza, con lo que venía él mismo asimilando en sus asiduas lecturas de san Agustín. Baste de prueba el discurso del 5 de enero en Nazaret, bellísimo cántico a la Virgen María en el que cita expresamente al obispo de Hipona¹².

El padre Stjepan Schmidt, secretario y biógrafo del cardenal Bea, refiere, de hecho, que Su Eminencia le había oído decir más de una vez a Pablo VI: «Voy a Palestina como simple peregrino, sin llevar ni tiara ni mitra. Algunos han hecho dificultad respecto a la restitución de la visita al Patriarca Ecuménico, pero yo no encuentro ninguna. También Jesús visitó a los propios amigos; ¿por qué no podría hacerlo su vicario en la tierra?»¹³. Pablo VI, por tanto, quería encuadrar su viaje-peregrinación dentro del más puro Evangelio, sin notas ni añadiduras político-religiosas.

De todo aquello se cumplen ahora los 50 años con la carga de emotividad, evocación y trascendencia que dicho evento conlleva. Mi reflexión, no obstante, quiere abordar aquí sólo su faceta ecuménica. Porque, de las muchas que el viaje ofrece, incluso en el ámbito estrictamente religioso, ninguna, a mi entender, brilla tanto, por lo que luego diré, como la del ecumenismo. Prueba de ello es que

¹¹ *Oraciones y sacrificios por la unidad. Exhortación Apostólica del Santo Padre Pablo VI al Episcopado católico* [Texto latino e italiano en OR del 18/1/1964]: *Ecclesia*, Núm. 1176 (Sábado 25/1/1964), pp. 5-6.

¹² «Porque Dios uno [...] dio, por medio de los santos profetas y siervos suyos, preceptos menos perfectos al pueblo que aún convenía sujetar con temor y por medio de su Hijo dio mandamientos muchos más perfectos al pueblo que con amor había querido libertar» (*De serm. D. m.*, 1, 2): Cf. *Filial homenaje del Santo Padre Pablo VI a la Madre de Dios, y Madre nuestra, la Virgen María. Iglesia de la Anunciación de Nazaret. Domingo 5/1/1964* (vaticana). Vid. DIAZ, G., OSA – MISCIOSCIA, St. (coed.), p. 1045, núm. 110, nota 74.

¹³ SCHMIDT, esp. 7. *Gli sviluppi dell'ecumenismo durante il Concilio*, p. 495-563, y más esp. *Il significato ecuménico del pellegrinaggio di Paolo VI in terrasanta*, p. 518-524: 520, n. 113, donde ofrece otras fuentes y llega incluso a precisar: «En el restituir las visitas, el Papa siguió un protocolo que no había tenido precedentes por siglos».

ya el 4, primer día de la peregrinación, avanzaba en el discurso a los fieles de rito oriental pronunciado en la iglesia de Santa Ana, este hermoso pensamiento vibrante de eclesiología litúrgico-patristica: «Sabéis que hemos venido como peregrino, para seguir los pasos de Cristo, en la *Santa y gloriosa Sión, madre de todas las Iglesias*, por decirlo con una expresión de la antigua liturgia jerosolimitana de Santiago».

Y a renglón seguido proseguía: «En efecto, el lugar de la vida, pasión y resurrección de Nuestro Señor es el lugar de nacimiento de la Iglesia. Nadie puede olvidar que Dios ha querido, en cuanto hombre, escoger para sí una patria, una familia y una lengua en este mundo y que esto se lo ha pedido al Oriente. Al Oriente ha pedido sus Apóstoles: *Porque fue primero en Palestina donde los apóstoles establecieron la fe e instalaron sus Iglesias. Luego, partieron a través del mundo y anunciaron la misma doctrina y la misma fe* (Tertuliano) [...]. Si la unidad no es católica sino respetando la diversidad de cada uno, la diversidad tampoco es católica sino en la medida en que mira a la unidad, que sirve a la caridad, que contribuye a la edificación del pueblo santo de Dios. Nuestra alegría por encontrarnos aquí reunidos, en este Oriente que es el vuestro, no podemos dejar de sentir viva y profundamente, la exigencia del testimonio de la unidad, el gran signo dejado por Cristo para la fe del mundo: *Que sean uno, para que el mundo crea* (Jn 17,21)»¹⁴.

2. LOS OTROS VIAJES PAPALES A TIERRA SANTA

En lo relativo a las relaciones Roma-Jerusalén, fue un viaje, dicho sea en resumen, sin el menor significado político. La Santa Sede no había entablado aún relaciones diplomáticas con Israel y esta visita, por tanto, querida en contexto estrictamente espiritual, tampoco promocionó su desarrollo. Procedente de Jordania (sitio entonces de la mayoría de los lugares santos cristianos), Pablo VI llegó a Israel a través de la Galilea en vez de la capital del estado. Las autoridades israelíes debieron recibirlo en Meggido. Una vez allí, pasó menos de 24hs en el estado judío y rehusó reunirse con oficiales israelíes en Jerusalén. En ningún momento se dirigió al presidente israelí por el título de su investidura, sino como «su excelencia». Se las ingenió para evitar en todo momento las palabras «Israel» o «estado judío». Antes de regresar, hizo una defensa pública —en suelo israelí— del ya entonces controvertido Pío XII: «Todos saben —llegó a decir— lo que Pío

¹⁴ *Discurso a los fieles de rito oriental. Iglesia de Santa Ana. Sábado 4/1/1964 (vatican. va). ¡Admirable el juego entre unidad y diversidad. Cómo ambas deben complementarse y respetarse!*

XII hizo por la defensa y rescate de todos aquellos que estaban en infortunio, sin ninguna distinción...»¹⁵.

De vuelta en Roma, envió un telegrama de agradecimiento a Tel-Aviv y no a Jerusalén, lugar de residencia del presidente. Pese a estarse celebrando el Vaticano II, Pablo VI tampoco aprovechó su presencia en Israel para renovar ni las relaciones religiosas con los judíos ni los lazos políticos con los israelíes. Ciertamente aún no existía la *Nostra aetate*. Y menos, claro es, la *Comisión para las relaciones religiosas con el Judaísmo*, fundada el 22 de octubre de 1974¹⁶. ¿Cabría ver en todo esto algún indicio de por qué faltó en aquel viaje el cardenal Bea, futuro arquitecto de la *Nostra aetate*?¹⁷ Ha de afirmarse, en todo caso, que el viaje fue espiritual, sí, pero muy especialmente ecuménico, y a fuer de precisos: ecuménico más que interreligioso. En tal sentido no vendrá mal recordar su marco eclesial: el Concilio Vaticano II aún no había dado luz verde al Decreto *Unitatis redintegratio*. Es más, analizado éste de cerca¹⁸, sabemos hoy que su elaboración condujo más tarde a las declaraciones *Dignitatis humanae*¹⁹ y *Nostra aetate*²⁰. Y ya puestos en ello, digamos que tampoco Pablo VI había publicado aún la encíclica *Ecclesiam suam*²¹.

Treinta y seis años después, la visita de Juan Pablo II en el 2000 fue también anunciada como peregrinación espiritual, pero discurrió en un contexto histórico muy distinto²². El Papa Wojtyła había reconocido diplomáticamente al

¹⁵ *Palabras de despedida del Santo Padre a las autoridades Israelíes*. Domingo 5/1/1964 (vatican.va).

¹⁶ Pablo VI dispuso que fuera organismo distinto, aunque vinculado al Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. Su objetivo es promover y estimular las relaciones religiosas entre judíos y católicos, con la eventual colaboración de otros cristianos. Esta Comisión es responsable de todas las cuestiones que afectan a las relaciones religiosas con el Judaísmo.

¹⁷ Acompañaron a Pablo VI sólo 3 cardenales: Amleto Giovanni Cicognani, secretario de Estado, Eugenio Tisserant, decano del Sacro Colegio, y Gustavo Testa, secretario de la Congregación para las Iglesias Orientales. Monseñor Angelo Dell'Acqua no era todavía cardenal. Y en cuanto a Bea, expresamente dice su biógrafo St. SCHMIDT que no estuvo (518-524).

¹⁸ Vd. LANGA, P., «Decreto "Unitatis redintegratio". De su elaboración a su promulgación», 29-54; ID., «Participación de los teólogos en la elaboración de "Unitatis redintegratio"», 315-356.

¹⁹ La declaración sobre la libertad religiosa fue promulgada el 7 de diciembre de 1965.

²⁰ La declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas fue promulgada el 28 de octubre de 1965.

²¹ Cuya fecha es 6/8/1964. Y trata del "mandato" de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Argumento príncipe, sin duda, el diálogo.

²² «Muchas cosas han cambiado en las relaciones entre la Santa Sede y el Estado de Israel desde que mi predecesor el Papa Pablo VI vino aquí en el año 1964. El establecimiento de relaciones diplomáticas entre nosotros, en 1994, coronó los esfuerzos encaminados a inaugurar una nueva era de diálogo sobre asuntos de interés común como la libertad religiosa, las

estado judío y había fomentado más que ningún otro pontífice en la historia del Vaticano armoniosos vínculos con el pueblo hebreo. Aquel fue su viaje internacional número 91 (20-26/3/2000) como Papa, de los 104 que hizo a 129 países durante su pontificado. Bien es verdad que de joven Arzobispo de Cracovia ya había estado por allí en 1965. Ahora, en cambio, como anciano Papa, visitó Jerusalén, se reunió con oficiales israelíes, rindió visita al Museo del Holocausto (*Yad Vashem*), participó de un encuentro interreligioso, y rezó en el Muro de las Lamentaciones. Esta imagen simbólica fue luego motivo de una estampilla israelí y posteriormente un ministro viajó a Roma a presentarla. La visita, claro es, no estuvo exenta de polémicas, pero fue de todos modos extraordinariamente positiva y dejó mensajes como éste: «La Iglesia católica desea mantener un diálogo interreligioso sincero y fecundo con las personas de fe judía...»²³.

Ante dos precedentes tan marcadamente dispares, llegó una nueva visita papal, ansiosamente esperada²⁴, por lo demás²⁵: la del 8 al 15 de mayo de 2009 a cargo del papa Benedicto XVI²⁶. Tampoco esta vez faltó la foto del Papa plantando un olivo. Simple detalle que tal vez indique mejor que otros de mayor bulto las diferencias entre el de Pablo VI y el de Benedicto XVI. Pablo VI había plantado un prometedor olivo, sí, pero en el huerto de Getsemaní: allí se ve hoy, robusto, crecido y saludable, frente a los nudosos, bimilenarios y mudos testigos del drama de Getsemaní. Benedicto XVI, en cambio, lo hizo con Simon Peres a su lado, en el jardín de la residencia presidencial de Jerusalén (11/5/2009)²⁷.

relaciones entre la Iglesia y el Estado, y, más en general, entre cristianos y judíos» (*Discurso de Juan Pablo II durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Tel Aviv*, Martes 21 de marzo de 2000 (vatican.va).

²³ «... y con los seguidores del islam. Ese diálogo no es un intento de imponer a los demás nuestros puntos de vista. Lo que nos exige a todos es que, permaneciendo fieles a lo que creemos, nos escuchemos respetuosamente unos a otros, procuremos discernir todo lo que hay de bueno y santo en las enseñanzas de cada uno, y contribuyamos a apoyar todo lo que favorece el entendimiento mutuo y la paz» (*Discurso del Santo Padre Juan Pablo II durante el encuentro interreligioso en el Instituto pontificio "Notre Dame" de Jerusalén, Jueves 23/3/2000*) [vatican.va].

²⁴ «Desde los primeros días de mi pontificado, y de modo particular durante mi reciente visita a la sinagoga de Colonia, expresé mi firme determinación de seguir las huellas trazadas por mi amado predecesor el Papa Juan Pablo II. El diálogo entre judíos y cristianos debe seguir enriqueciendo y profundizando los vínculos de amistad que se han desarrollado, mientras que la predicación y la catequesis deben esforzarse por asegurar que nuestras relaciones mutuas se presenten a la luz de los principios enunciados por el Concilio» (*Carta de Su Santidad Benedicto XVI al presidente de la Comisión para las relaciones religiosas con el Judaísmo con ocasión del XL aniversario de la "Nostra Aetate"*. (Vaticano, 26/10/2005) [Copyright © Libreria Editrice Vaticana] vatican.va.

²⁵ SCHVINDLERMAN, J., (<http://www.delacole.com/cgi-perl/medios/vernota>).

²⁶ LANGA, P., «Balance ecuménico del año 2009».

²⁷ LEWY, M.: 30Días, 05 – 2009. Embajador de Israel ante la Santa Sede, el autor compara

La labor más importante de Pablo VI fue, indudablemente, terminar y llevar a buen puerto los trabajos del Vaticano II. Y junto a ésta, otras dos de no menor importancia: el problema de la paz mundial y el de la unidad de los cristianos. Montini, con un temperamento tan distinto al de Roncalli, se mostró, sin embargo, fiel heredero de su predecesor, el de la *Pacem in terris*. Son muy llamativos los primeros viajes de su pontificado: el primero, a Tierra Santa (1964), del que aquí y ahora me ocupo. El mismo año a Bombay, donde asiste al congreso eucarístico. A Nueva York (1965) para exponer en la sede de las Naciones Unidas su preocupación por la paz del mundo. Planeó visitar Polonia, con motivo del milenario del acceso a la fe del pueblo polaco, pero todo se vino abajo al no recibir el *placet* de las autoridades polacas. En 1967 viaja a Fátima para asistir a las celebraciones del cincuentenario de las apariciones. En ese mismo año, por cierto, y en calidad de jefe de Estado (caso excepcional y único), visita Turquía y vuelve a entrevistarse con Atenágoras. Al año siguiente, vuela a Bogotá (1968) para asistir al congreso eucarístico e inaugurar en Medellín la II asamblea general del Consejo Episcopal Latino Americano (CELAM).

En 1969 se traslada a Ginebra con el fin de pronunciar en la sede de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) un discurso pidiendo la superación del desequilibrio entre países ricos y pobres, lo que de allí a poco empezaría a denominarse *Diálogo Norte-Sur*, con las consabidas y subsiguientes conferencias de la ONU al respecto, por ejemplo la célebre *Conferencia de El Cairo*²⁸. La coyuntura le permite igualmente visitar la sede del Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI). El mismo año se traslada a Uganda. Y por último, en 1970, a los 73 años de edad, realiza un viaje más largo y agotador (diez días) a extremo oriente, con el triste episodio del frustrado atentado de Manila²⁹. Pero volvamos a Tierra Santa y a su ecumenismo³⁰.

3. CONTEXTO ECUMÉNICO PREVIO AL VIAJE

Los analistas consideran la segunda sesión del Vaticano II como la más delicada y difícil del Concilio. Clausurada el 4 de diciembre de 1963 en un clima de incertidumbre y de nada fácil evaluación, fue precisamente entonces cuando,

la visita del papa Benedicto XVI a Tierra Santa con la de Pablo VI en 1964 y la de Juan Pablo II en 2000. Y cita una frase del *Libro de los Jueces* para explicar las relaciones actuales entre el Estado judío y Roma.

²⁸ Vid. LANGA, P.: RC 40/191 (1994) 865-875.

²⁹ Panorama contemporáneo 1963 – 1980 (<http://mercaba.org/Iglesia/Sintesis/383-408.htm>).

³⁰ CONGAR, Y., «L'ecumenismo di Paolo VI», p. 142.

dentro de aquella atmósfera, «cayó como una bomba el anuncio, dado por el Papa en el discurso de clausura, de su peregrinación a Tierra Santa», según palabras del cardenal Bea³¹. ¿Qué había pasado? ¿Por qué la sorpresa? Y sobre todo, ¿qué hacer?

El proyecto de peregrinar a Tierra Santa data, en realidad, de, por lo menos, dos meses antes, según permite deducir el manuscrito del mismo Pablo VI³². O sea, de los días anteriores a la apertura de la segunda sesión conciliar, en la que, por cierto, tampoco figuró delegación oficial alguna del Patriarcado Ecuménico. Pese a ello, un matiz nada baladí ha de contar, sin embargo, en este somero contexto previo: el 20 de septiembre, antes, pues, de la fecha del citado manuscrito, y también de la segunda conferencia panortodoxa de Rodas³³, antes de reabrirse, en fin, los trabajos conciliares, Pablo VI había escrito una carta personal al patriarca Atenágoras participándole su intención de hacer cuanto estuviera de su mano para restablecer la perfecta concordia entre los cristianos³⁴.

Un gesto aquel de relevancia histórica, ciertamente, ya que desde casi 400 años atrás ningún papa había escrito a un patriarca³⁵. El tono del mensaje, por lo demás, es diverso de cualquier otra declaración romana precedente. En un primer momento, no obstante, su recepción no pareció haber producido nada especial en el entorno del Fanar. Pero hete aquí que, de pronto, el 6 de noviembre vio la luz en primera página del boletín *Apostolos Andreas*. ¡Y de qué manera!

Detallista siempre, Atenágoras había colocado esta carta en el espacio reservado a los mensajes que los jefes de las otras Iglesias ortodoxas solían enviar al Santo Trono. Y por si fuera poco, bajo un vistoso titular, sumamente expresivo a la postre: *Las dos hermanas*. Había nacido así el diálogo de la caridad entre los patriarcados de Roma y Constantinopla. Ciertamente es que una serie de pequeños detalles de prolija y ahora, por ende, inoportuna enumeración hacía sospechar que Atenágoras concentrase tales sentimientos en la persona de Montini, no, desde luego, que los hiciera extensivos a todo el aparato romano, acerca del cual el inquilino del Fanar seguía manteniendo sus reservas, más aún: clara reluctancia.

³¹ SCHMIDT, p. 479. Cf. también *Irénikon* 1 (1964) 81-88; y MARTANO, 466.

³² El cual lleva fecha del 21/9/1963, y puede verse en MACCARRONE, M., pp. 9-10.

³³ Vid. el comunicado de la convocatoria en *Apostolos Andreas* 16/10/1963. La asamblea se reunió el 26 de septiembre, tres días antes de reabrirse el Vaticano II. Cf. MARTANO, 460, nn. 65-67.

³⁴ Vid. publicada en la edición oficial *Tomos Agapis*: BAC 345, pp. 32-33.

³⁵ El Papa respondía, de este modo, al mensaje telegráfico enviado por Atenágoras a Juan XXIII, poco antes de su muerte. La última carta de un papa a un patriarca de Constantinopla había sido escrita en 1584 por Gregorio XIII a Jeremías II, y trataba de la reforma del calendario. Cf. MARTANO, 464, n. 79.

De hecho, llegó a confiar por entonces a un amigo suyo anglicano —Sterthwaite (26 / 10 / 1963)—: «Juan XXIII era más sentimental que teológico en el acercamiento a las otras Iglesias. Papa Pablo es más directo, pero él podría suscitar una mayor oposición entre los elementos conservadores de la Iglesia católica romana»³⁶. De modo que la noticia de viajar Pablo VI a Tierra Santa encuentra en Constantinopla, gracias a esta carta personal, terreno abonado: ir Pablo VI a Jerusalén se interpreta inmediatamente como iniciativa insólita y un gesto cargado de significado altamente simbólico para el mundo cristiano todo³⁷. La reacción de Atenágoras esta vez no se hace esperar: si Roma vuelve a Jerusalén, a los lugares de la Iglesia indivisa, esta es la ocasión de oro para que los cristianos todos, sin discriminaciones, vuelvan también a aquellas raíces. Parece, pues, llegada la hora de realizar aquel *reciproco verse*, que había constituido por tanto tiempo su objetivo íntimo.

Atenágoras, por otra parte, encuentra un significado aún más profundo, si cabe, en la decisión papal: a su ojo avizor, de pupilas tal vez cansadas, pero que no dejaba de avizorar los movimientos del Vaticano II, esta valiente decisión de Pablo VI haciéndose peregrino le parece que esté inaugurando —y lo estaba— una nueva eclesiología en la Iglesia latina: «Entiende ahora mi desconcierto del 4 de diciembre (le puntualizó luego explicativo a su interlocutor Olivier Clement): la Iglesia católica recentrada sobre Jerusalén no sólo se redescubre en peregrinación, sino que se recoloca toda entera en el misterio de Cristo»³⁸. En esta fina perspicacia comparte ideas, como luego se verá, con la manera de entender dicho viaje el P. Henri de Lubac.

Desdichadamente —suele pasar en casos así—, tampoco faltaron dentro de la misma Ortodoxia opositores y francotiradores a mansalva³⁹, mayormente al principio, negados en redondo a secundar al Patriarca en su plausible deseo de que también las Iglesias ortodoxas acudieran a Jerusalén⁴⁰. Incluso el gobierno turco se cerró en banda impidiendo al metropolitano Melitón, vicario patriarcal encargado de acudir a Roma para estudiar el protocolo del encuentro con el Papa, salir de Turquía. Atenágoras tuvo que valérselas echando sutilmente mano del archimandrita Andrej Scrima, ciudadano rumano, amigo personal e *hijo* espiritual suyo, que acabaría haciendo el papel de intermediario entre Roma y Constantinopla⁴¹.

³⁶ Cf. MARTANO, 466.

³⁷ Vid. KONIDARIS, G., 18-24; RICCARDI, A., 233-234; MARTANO, 467.

³⁸ Citado por CLÉMENT, O., en sus famosos *Diálogos con Atenágoras* (cf. MARTANO, 468, n.95).

³⁹ LANGA, P., «La Iglesia ortodoxa y la beatificación de Atenágoras», pp. 6-7.

⁴⁰ Vid. una detallada exposición de tales repulsas en MARTANO, 468-471.

⁴¹ Vid. MARTANO, pássim, esp. 455-471.

Pero Atenágoras era mucho Atenágoras, y aquellas dificultades, lejos de abatir su ánimo, no hicieron sino elevarlo y reforzarlo, convencido él ahora más que nunca de que la unidad de las Iglesias era la respuesta más eficaz que podía darse a los nacionalismos y particularismos étnicos. Otros impedimentos venían de ambientes curiales interortodoxos: según Scrima, no se quería reconocer al patriarca ecuménico el título de *Su Toda Santidad* (*panaghiótes*), ya que el protocolo pontificio —decían los elementos renuentes y oponentes— no contemplaba llamar Santidad a otra persona fuera del papa. Pero aquello, en definitiva, no era sino ganas de enredar y poner palos en la rueda del carro por ver si la entrevista terminaba desechada de puro bloqueada. Menos mal que todo se resolvió gracias al reglamento de las Naciones Unidas, según el cual en los encuentros internacionales cada uno ha de mantener el título que le es propio dentro de su orden jerárquico. Y Atenágoras a la postre, intentos necios aparte, representaba la antigua tradición ortodoxa⁴².

A los periodistas que lo interrogaron, llegado él a Tierra Santa, sobre las divergencias entre la Iglesia católica y la ortodoxa, respondió así de sencillo: «Donde hay amor y comprensión, no hay diferencias de opinión». Curiosamente inquisitivos ellos y sin darse por vencidos, volvieron a la carga: «¿Concuerdan en eso los teólogos?». El Patriarca entonces, con aquel adarme de fino humor que de vez en cuando se gastaba, repuso: «No lo sé, porque ha habido tantos teólogos... Lo que yo sé es aquello que afirma la teología, y no hay más que una teología»⁴³. En resumen: la diferencia de actitud con Pablo VI entre los jefes de las Iglesias ortodoxas locales y Atenágoras salta bien a la vista: recelosa y distante en los primeros, que llegaron alguna vez a tensar el protocolo más de la cuenta. ¡Qué cosas hay que ver a veces entre los mismos hijos de Dios! Rica de gestos y de calor humano, por el contrario, en Atenágoras, comprendido el célebre abrazo cuyas históricas imágenes la televisión se encargó de difundir por el mundo entero⁴⁴.

4. EL ABRAZO AL PATRIARCA ATENÁGORAS Y SU ICONO

Las Iglesias y Comunidades no católicas estuvieron representadas de la siguiente manera: la Iglesia greco-ortodoxa, por los Arzobispos Aristovulos, Artemios y Stephanos, por el Arzobispo Jacovos de América, por algunos Archi-

⁴² Vid. MARTANO, 472.

⁴³ Cf. TSAKONAS, 57 (biógrafo y amigo personal de Atenágoras, que en dicha ocasión formó parte del séquito del patriarca).

⁴⁴ Vid. MARTANO, 471-473.

mandritas y por numeroso clero; la Iglesia Rusa por el Archimandrita jefe de la misión rusa en Palestina, representante del Patriarca Alexis I; la Iglesia Armena por el Patriarca de Jerusalén con el obispo auxiliar y numeroso clero y por un Arzobispo y dos Archimandritas, representantes del Catholicosado de Cilicia (del Líbano); la Iglesia Copta, Etiópica y Siria, cada una por un Obispo y por miembros del clero; la Iglesia Anglicana, por el Arzobispo McInnes, el Obispo de Jordania Cubain y numeroso clero; la Iglesia Luterana, en fin, por el Propst dr. Malsch⁴⁵.

Ya de vuelta en el Vaticano, Pablo VI, hablando a los cardenales de sus impresiones, se refería a tales encuentros en estos términos: «Y así [después de él, o sea, Atenágoras y su séquito], han venido los otros patriarcas, han venido los anglicanos, han venido los protestantes, y todo para estrechar la mano y para decir cómo podemos encontrarnos en nuestro Señor»⁴⁶. Por supuesto que el momento principal, el que luego ha perdurado sobre todos, es su encuentro con Atenágoras.

Sus palabras ante los cardenales lo describen con acentos tan descriptivos como definitorios: «Con once metropolitans ha venido a mi encuentro y me ha querido abrazar, como se abraza a un hermano. Ha querido estrecharme la mano y conducirme él, la mano en la mano, al cuarto contiguo donde se debían intercambiar algunas palabras, para decir: debemos, debemos entendernos, debemos hacer la paz, hacer ver al mundo que nos hemos vuelto hermanos. Y el Patriarca me añadía a mí esta mañana: *Dígame qué debemos hacer, dígame qué debemos hacer*»⁴⁷.

Posiblemente sea ésta la estampa de más bibliografía en ecumenismo posconciliar⁴⁸. Qué diré estampa, un verdadero icono de la reconciliación entre el Oriente y el Occidente cristianos, en el lugar más altamente simbólico de la Iglesia indivisa⁴⁹. El tiempo andando, Atenágoras se encargará de que en la Escuela iconológica de Athos un pintor experto lleve su pincel a la tabla-lienzo de un icono el espíritu de aquellas horas resumido en el abrazo entre los hermanos Andrés (el *protocletos* [el primer llamado]) y Pedro (el *corifeo*), de quienes

⁴⁵ Vid. tal referencia en SCHMIDT, 520; HERA BUEDO, *Pablo VI. Timonel de la Unidad*, 365, n. 131.

⁴⁶ *Discurso de Pablo VI al Sacro Colegio*, 6 de enero de 1964 (vatican.va). Cf. MACCARRONE, 114; SCHMIDT, 520, n. 117.

⁴⁷ *Discurso de Pablo VI al Sacro Colegio*, 6 / 1 / 1964 (vatican.va); HERA BUEDO, E. de la, *Pablo VI. Timonel de la Unidad*, 365, n. 130.

⁴⁸ Vid. la copiosa bibliografía que aporta HERA BUEDO, E. de la, *Pablo VI. Timonel de la Unidad*, p. 366, n. 134. Y también *La noche transfigurada*, esp. III. *El Patriarca de la cascada blanca*, 547-553, nota 44. Otro tanto decir de MARTANO, 472, n. 113.

⁴⁹ Vid. DESSEAUX, 17-19.

Atenágoras y Pablo VI respectivamente son herederos⁵⁰. El icono más tarde llegó en forma de regalo a Pablo VI, quien se lo entregó al Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos para que luciese en sus dependencias.

En realidad marca un programa. Bajo la figura del Cristo Pantocrátor que extiende los brazos bendicidores para atraer todo a sí (Jn 12,32), figura esta inscripción: *Los santos hermanos Apóstoles*. San Pedro y san Andrés se abrazan volviendo juntos la mirada hacia los que tienen delante. Al lado de san Pedro, la cruz invertida sobre la cual, según la tradición, fue martirizado el Príncipe de los Apóstoles, y estas palabras en griego: *Pedro el corifeo* (o sea el primero, el jefe). Del otro lado de la imagen: la cruz aspada de san Andrés, y las palabras igualmente en griego: *Andrés el protocletos* (es decir, el primer llamado [Jn 1,31]), con la dedicatoria debajo: *Para Su Santidad el Papa en Roma, Pablo VI, del Patriarca de Constantinopla Atenágoras, en recuerdo del encuentro de Jerusalén, el 5 de Enero de 1964*.

Así anunciaba Juan Pablo II el viaje a la Iglesia de Constantinopla, cuyo patrono es san Andrés (29-30/11/1979, durante su alocución dominical del 18 de noviembre de 1979 desde la ventana del Palacio apostólico: «Hoy quisiera daros la primicia de una gran noticia: el Papa irá próximamente a Oriente. Al final de este mes iré a Turquía. Visitaré primeramente Ankara, la capital de ese gran país, donde tendré un encuentro con las autoridades de esa nación y les presentaré mi deferente aludo. Luego a Estambul, para visitar a Su Santidad el patriarca Dimitrios I, y para participar en la celebración de la fiesta de san Andrés Apóstol, el hermano de san Pedro. San Andrés es el Patrono de la Iglesia de Constantinopla. De este modo, el hermano responde a la invitación del hermano: Pedro, a la invitación de Andrés. Los dos responden —en conformidad con las múltiples voces de nuestra época— a la invitación del Señor para bien de la cristiandad y de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo»⁵¹. La implícita referencia al espíritu de Jerusalén recogido en el predicho icono está, pues, más que sobrentendida.

Para la Ortodoxia en general, al menos aquella parte de la misma que no le hace ascos a reconocerse en el gesto de su patriarca ecuménico Atenágoras, seguir al titular del Santo Trono es acceder a que la vía del diálogo recorra el camino, anhelado por Atenágoras, del encuentro personal, de eso que meses después pasará a denominarse —parece que debido a una feliz expresión de Melitón de Calcedonia— *diálogo de la caridad*. La entrevista, en todo caso, discurre llena de símbolos. Los momentos del encuentro son conocidos y, al menos en parte,

⁵⁰ Yo mismo lo he podido ver luciendo en la Sede del Pontificio Consejo para la unidad de os cristianos.

⁵¹ Vid. *El sagrado deber de trabajar por la unión*. Extracto de la alocución dominical del 18 de noviembre: JUAN PABLO II, *Nuevo paso hacia la unidad*, 5-6.

están recogidos en el *Tomos Agapis*: el patriarca de la Nueva Roma, segundo en el orden jerárquico de la Iglesia indivisa, se llega hasta la delegación apostólica para visitar al papa de Roma. Luego, con un significativo cambio en el protocolo pontificio (innovación según arriba indico), el papa devuelve la visita a Atenágoras en la sede estival del patriarcado ortodoxo de Jerusalén, sobre el monte de los Olivos. Esto ocurre al día siguiente 6 de enero por la mañana. En el curso del primer encuentro, ambos recitan juntos el Padrenuestro. Al día siguiente por la mañana, durante el segundo encuentro oficial, leen alternativamente por una pequeña Biblia en lengua griega y latina el capítulo 17 de san Juan, o sea el del *Ut unum sint* (17,21)⁵².

Fue al término del primero en la delegación apostólica, una vez anunciado el protocolario *extra omnes*, cuando Atenágoras y Pablo VI se retiraron a una estancia contigua para mantener en privado un coloquio que debiera haber permanecido en secreto, si el inoportuno —¿u oportuno?— olvido de un operador televisivo de la RAI no hubiese dejado abierta la conexión, permitiendo así la indiscreta —¿o discreta?— grabación. Lo traigo aquí por entender que encaja a las mil maravillas en el contexto de cuanto digo.

5. DIÁLOGO ENTRE PABLO VI Y ATENÁGORAS I⁵³

El Patriarca comienza la entrevista en inglés. El Papa le comenta que entiende el inglés, pero no lo habla con fluidez. El Patriarca entonces le propone hablar en francés. Pablo VI comenta que «así será más fácil para mí... quiero comunicarle toda mi alegría, mi emoción. Verdaderamente pienso que es un momento en que vivimos en presencia de Dios»⁵⁴.

A: En presencia de Dios, lo repito.

P: Y no tengo otro pensamiento que el de hablar con Dios mientras hablo con Ud. Estoy muy bien, Su Santidad.

A: Profundamente emocionado. Las lágrimas me vienen a los ojos.

P: Y como es verdaderamente un momento de Dios, hay que vivirlo con toda la intensidad, toda la verdad, todo el deseo de seguir adelante (**A:**... por los caminos de Dios).

⁵² BAC 345, n. 48. *Atenágoras a Pablo VI*, p. 42s (la traducción francesa fue leída por el archimandrita Simeón); n. 49. *Pablo VI a Atenágoras*, p. 43-45; n. 50. *Comunicado común del papa y del patriarca publicado después de su encuentro*, p.45-46.

⁵³ Se produjo en Jerusalén el 5/1/1964 a propósito de la visita que hiciera el papa Pablo VI a Tierra Santa. Texto en francés en: WENGER, 145-147. Di SCHIENA, L., 38-42; MARTANO, 474, n. 121.

⁵⁴ En la transcripción A es = Atenágoras. Y P es = Pablo VI.

P: ¿Tiene Su Santidad alguna idea, algún deseo, al cual yo pudiera corresponder?

A: Tenemos el mismo deseo...

P: Así es, nosotros somos dos caminos que quizás van a encontrarse.

A: Tenemos el mismo deseo. No bien leí en los diarios que Ud. había decidido visitar este país, inmediatamente se me ocurrió que nos encontrásemos aquí y estaba seguro que recibiría de Su Santidad la respuesta... (**P:** afirmativa) afirmativa, ya que confío en Su Santidad. Yo lo veo, yo lo veo, sin querer adularlo, en los Hechos de los apóstoles, yo lo veo en las Cartas de San Pablo, de quien Ud. toma su nombre, yo lo veo aquí, sí, yo lo veo.

P: Le hablo como hermano: sepa que tengo la misma confianza en Ud. Pienso que la Providencia lo eligió a Ud. Para continuar esta historia.

A: Yo pienso que la Providencia lo eligió a Ud. para abrir el camino de su predecesor.

P: La Providencia nos eligió para que nos entendiésemos.

A: Los siglos lo esperaban, para este día, este gran día... qué alegría... en esta pequeña pieza. Qué alegría había en el Sepulcro, qué alegría había en el Gólgota, qué alegría en el camino que Ud. hizo ayer [el Vía crucis].

P: Estoy de tal manera rebosante de impresiones que hará falta mucho tiempo para dejar que se calmen [sonrisa] e interpretar toda esta riqueza de emociones que tengo en mi espíritu. Pero quiero aprovechar este momento para expresar la lealtad absoluta con la cual siempre trataré con Ud.

A: Digo lo mismo.

P: Nunca le ocultaré la verdad.

A: Siempre tendré confianza.

P: No tengo ningún deseo de decepcionarlo, de abusar de su buena voluntad. No deseo otra cosa que seguir el camino de Dios.

A: Tengo una confianza absoluta en Su Santidad. Absoluta, absoluta. Siempre tendré confianza, siempre estaré de su lado.

P: Para no faltar a merecerla, sepa Su Santidad ahora que rezaré todos los días por Ella y por las intenciones que tenemos en común para el bien de la Iglesia.

A: Dado que tenemos este gran momento, estaremos juntos. Caminaremos juntos... Ver a Su Santidad, a su Gran Santidad enviada por Dios, sí, el papa de gran corazón. ¿Ud. Sabe cómo lo llamo? *Mégalo-kardos*, el papa de gran corazón

P: Nosotros somos pequeños instrumentos.

A: Es necesario ver las cosas así.

P: Cuanto más pequeños somos, somos mejores instrumentos, es decir que la acción de Dios debe prevalecer (**A:** prevalecer) y ser dueña de todas nuestras acciones. Por mi parte, vivo en la docilidad, en el deseo de ser lo más obediente

a la voluntad de Dios, y de ser hacia Ud., Santidad, hacia sus hermanos, hacia su medio, lo más comprensivo posible.

A: Lo creo, sin pedirlo, lo creo.

P: Yo sé que es difícil, yo sé que hay dificultades, que hay una psicología pero sé también... (**A:** por ambos lados), que hay una gran rectitud y el deseo de amar a Dios, de servir a la causa de Jesucristo. Es sobre esto (donde) yo tengo confianza.

A: En esto tengo confianza, junto, juntos...

P: No sé si es el momento, pero veo lo que haría falta, es decir estudiar (**A:** estudiar) juntos o designar a alguien.

A: Sí, de ambos lados.

P: Me gustaría conocer cuál es la idea de Su Santidad, de su Iglesia sobre la constitución de la Iglesia. Es el primer paso.

A: Seguiremos sus opiniones.

P: Le diré lo que creo, que es lo exacto, lo que deriva del Evangelio y de la voluntad de Dios y de la auténtica tradición. Le diré. Si hay puntos que no coinciden con su idea de la constitución de la Iglesia...

A: Lo mismo de mi parte.

P: Discutiremos, buscaremos encontrar la verdad.

A: Lo mismo de nuestra parte y estoy seguro que siempre estaremos juntos.

P: Yo espero, yo pienso, que quizás será más fácil que lo que uno piensa. Hay dos o tres puntos de doctrina en los que hemos evolucionado, ya que se ha progresado en su estudio, y que querría explicar —a su criterio si le parece— a sus teólogos el porqué de esto, sin poner en esto nada de artificial ni accidental, sino lo que creemos es el pensamiento auténtico (**A:** en el amor de Jesucristo). Y otra cosa que parece secundario pero que tiene su importancia: todo lo referente a la disciplina, los honores, las prerrogativas, estoy bien dispuesto a escuchar lo que Su Santidad crea lo mejor.

A: Lo mismo de mi parte.

P: Ninguna cuestión de prestigio, de primacía que no sea la que ha sido fijada por Cristo; pero en lo que hace a honores, privilegios, nada de eso. Veamos lo que Cristo nos pide y que cada uno tome su posición pero no con parámetros humanos de prioridad, de elogios, de ventajas, sino de servicio.

A: ¡Cómo me es Ud. querido en lo más profundo de mi corazón!⁵⁵

De la última parte del coloquio no tenemos noticias ciertas. Parece, sin embargo, que ambos interlocutores afrontaron, entre otras cosas, el problema de futuro de la ciudad de Jerusalén⁵⁶. Sea como fuere, lo que hasta la fecha tenemos

⁵⁵ WENGER, 147.

⁵⁶ Vid. FERRARI, 196.

gracias al indiscreto/discreto trabajador de la RAI permite apreciar la altura de dos almas sencillas pero conscientes de su enorme responsabilidad eclesial. Llenas de Dios, bajo su bondadosa mirada de Padre, van retejiendo, armoniosamente diríase, una sutil e invisible túnica, la inconsútil de Cristo, claro signo de la unidad de la Iglesia. Y lo hacen, además, ajenos a que en tales minutos alguien pueda seguir tan sublime conversación, excepto, por supuesto, Dios y su Hijo Jesucristo. De ahí que lo menos que quepa decir es que su delicada manufactura y fino bordado llevan la inequívoca huella del mismo Espíritu Santo. Porque tan sublimes palabras sólo puede inspirarlas el Espíritu Santo.

Ambos protagonistas son de ello muy conscientes. Incluso el intercambio de dones prelude un exitoso desarrollarse del diálogo entre ambas Iglesias y sugiere la meta del camino emprendido. Cuando, llegado el momento del intercambio de dones al día siguiente, Atenágoras circunde el cuello del pontífice con un *engolpion*, el medallón símbolo de la dignidad episcopal, la gente gritará jubilosa: ¡*Aghios!*, según es tradición durante las consagraciones en Oriente. El Papa, por su parte, ofrece al Patriarca un cáliz. Para el ortodoxo, el don reviste las características todas de una promesa y de un compromiso en el camino de la celebración eucarística común, es decir, hacia lo que actualmente denominamos *intercomuni6n*: algún día después, Atenágoras hace llegar al papa vino de Patmos para la misa⁵⁷. Atenágoras escribió a Pablo VI todavía poco antes de su muerte, según diré al final, insistiendo en este extremo.

6. REACCIONES DE LOS PROTAGONISTAS

Pablo VI volvió a Roma positivamente impresionado de lo vivido durante aquellas breves horas en Tierra Santa. De modo particular por su encuentro con Atenágoras, al que atribuía profundo significado y enorme importancia, visto sobre todo a la luz de las anteriores relaciones: «Esta tarde os diré solamente una cosa: que he tenido la gran suerte esta mañana, de abrazar, después de siglos, al patriarca ecuménico de Constantinopla y de intercambiar con él palabras de paz y de fraternidad, deseos de uni6n y de concordia»⁵⁸. Significativas desde todos los puntos de vista las circunstancias, más únicas que raras, del encuentro. A todo ello habría que aadir los elementos del lugar: tierra santificada por la vida, la pasi6n, la muerte y la resurrecci6n del divino Redentor, la ciudad santa.

⁵⁷ Vid. MARTANO, 473-474; HERA BUEDO, *La noche transfigurada*, esp. II.2. *Un cáliz para el futuro*, 549-553.

⁵⁸ *Saludo a la multitud desde la ventana del Vaticano: Ecclesia*, N. 1174, p. 22, AAS, N. 1, p. 182.

De ahí las expresiones de Pablo VI en la primera audiencia general a los fieles después del viaje: «En medio de un inmenso gozo y llenos de admiración hemos sido honrados con un recibimiento tan entusiasta y general, en todos los lugares y en todos los momentos de nuestra peregrinación, que hemos de atribuir a estos efectos causas superiores a las normales; verdaderamente nuevos motivos, extraños y superiores, han influido en el feliz éxito de nuestro viaje; ha sido como un golpe de arado, que ha removido un terreno duro e inerte hasta ahora, y ha despertado las conciencias a pensamientos y designios divinos que estaban sepultados, pero no olvidados por una secular experiencia histórica, que ahora parece manifestarse en voces proféticas; quizá nunca el pasado —el de la Sagrada Escritura en especial— ha estado tan presente en la memoria y en el afecto de algunos sencillos, pero espléndidos particulares, y tan lleno de presagios, tan inclinado hacia un futuro, desconocido todavía, pero intuitivo como pleno de cosas buenas y grandes»⁵⁹.

Según la bella metáfora del Metropolita Atenágoras de Tiatira saludando a Pablo VI, «parece que estéis llamados a subir la misma montaña, la montaña del Señor, a la que Vuestra Santidad se dirige por un lado y el patriarca ecuménico por el otro. Los que comprenden el sentido de esta audaz empresa ruegan porque os encontréis los dos en la cumbre, en la tierra santificada por nuestro común Redentor; cerca de su cruz, de su sepulcro vacío, y porque, a partir de ella, caminéis unidos, intentando bajo la cruz reconstruir, en solidaridad cristiana, los puentes destruidos y reformar los caminos abandonados, sabiendo que Cristo no enseña más que una única y vieja lección de amor: que seamos uno, como Él es uno con el Padre»⁶⁰.

Tampoco ha de olvidarse el carácter del encuentro. No fue sólo cordial y fraterno, sino que discurrió en una atmósfera sobremanera espiritual: la lectura en latín y en griego de la oración que Jesús, Sumo Sacerdote, elevó al Padre después de la última Cena, inmediatamente antes de la pasión, y que contiene aquella ardentísima súplica por la unidad de todos los creyentes en Él; la recitación —cada uno en su lengua— del Padrenuestro, enseñada a todos por el propio Jesús, y finalmente —a propuesta del Pontífice— la bendición impartida conjuntamente por el Papa y por el Patriarca a todos los presentes.

A juicio del cardenal Bea resultó asimismo de gran importancia la participación de largos estratos de fieles en el acontecimiento. A pesar de las dificultades de orden técnico con que se tropezaban los periodistas, sobre todo en lo relativo a la transmisión de los despachos, la peregrinación papal fue seguida, al parecer, por 1.500 periodistas de todo el mundo. De otra parte, se ha de tener en cuenta

⁵⁹ *Nunca han estado tan ligados Roma y Jerusalén*. Allocución del Papa en la audiencia general (8/1/ 1964: texto italiano en OR del 9): *Ecclesia*, Núm. 1176 (sábado 25/1/1964), p.13.

⁶⁰ *Tomos Agapis*, n.44 (28/12/1963): BAC 345, pp. 39-40.

que los sentimientos comunes fueron, a causa del efecto multiplicador de los medios, largamente potenciados gracias al poder del periódico, de la radio y de la televisión. Todo lo cual, unido también al enorme interés de la opinión pública mundial, contribuyó a hacer de este encuentro, más allá de un acontecimiento de tipo histórico, un evento de magnitud mundial⁶¹.

El mismo cardenal, preguntado al respecto, declaró: «El encuentro es, sin duda, un acontecimiento de enorme alcance histórico en el campo de la unión de los cristianos, si se considera desde el punto de vista del pasado. Este, de hecho, ha roto barreras creadas en el curso de los cinco siglos de dolorosa historia, superando montañas de obstáculos de orden psicológico, y ha cambiado de golpe la atmósfera existente entre la Iglesia Católica de Roma y la Ortodoxia. De otra parte, es también verdad que el encuentro constituye sólo un inicio, el primer paso de un largo camino todavía erizado de grandes dificultades. Pero esto no disminuye en absoluto su importancia y alcance»⁶².

De todo lo cual salía, como es de sentido común, la cuestión de qué tratamiento dar en adelante al tema y cómo proceder en el futuro. Algo así planteó Pablo VI a las pocas semanas en una reunión con los cardenales. Y el mismo Bea tampoco dejó de subrayar las diversas posibilidades y cometidos emergentes: la urgencia del trabajo por la unidad, la necesidad de manifestar la unidad ya existente, la práctica de la caridad que, a su modo, ayudase también a preparar la unión en la doctrina. Tal práctica llevaría a la colaboración en varios campos: publicaciones, exégesis bíblica, espiritualidad, pastoral, y así seguido⁶³.

Las declaraciones del patriarca Atenágoras a raíz del viaje tampoco le van a la zaga. «Para mí, el encuentro en Jerusalén con el Papa ha sido, más que la realización de un hecho, la realización de un sueño. Todavía dos meses hace, ¿quién podía pensarlo?»⁶⁴. No es extraño que W. de Vries llegase a escribir que «Pablo VI con las Iglesias ortodoxas ha ido más allá del Concilio»⁶⁵. Algún tiempo después, el propio Atenágoras afirmaba: «Mi actitud en relación a Roma ha cambiado completamente después de mi encuentro con papa Pablo»⁶⁶. Y añadía: «He quedado profundamente conmovido. Es tan gentil, humilde, tan abierto... Es abierto en la mente y en los brazos. Ha llorado cuando nos hemos parado juntos a mirar abajo hacia Jerusalén, y también yo he hecho lo mismo. He podido reconocer su grandeza, su humildad y su gran corazón»⁶⁷.

⁶¹ SCHMIDT, p. 522.

⁶² SCHMIDT, p. 523, n. 126.

⁶³ SCHMIDT, pp. 523 – 124.

⁶⁴ SCHMIDT, pp. 521.

⁶⁵ *Ortodossia e cattolicesimo*, Brescia 1983, p. 158.

⁶⁶ Cf. el diario del viaje de John Stterthwaite, 26/2/1965, en Lambeth C.F.R., Box O4F.

⁶⁷ Cf. «International Relations», Special Issue, dec. 1964-apr. 1965, p. 100.

A su vuelta de Jerusalén, el Patriarca, en diálogo con los periodistas que le preguntaban sobre los tiempos y modos de la unión, no tuvo inconveniente alguno en responder así: «De una parte a otra los caminos que conducen a la unión podrán ser largos y llenos de dificultad. Pero estos dos caminos convergen el uno hacia el otro y, en definitiva, alcanzan las fuentes del Evangelio. El hecho mismo de que el encuentro haya sido en Jerusalén demuestra inconfundiblemente la voluntad de todos los cristianos sinceramente dignos de este nombre de trabajar por remontarse, por abatir las barreras, la voluntad de encaminarse resueltamente hacia el camino que conduce a la reconciliación»⁶⁸.

Y añadió: «Ya lo he dicho muchas veces... No hablemos de unión hoy. Hagamos algo juntos, en la unidad. Conozcámonos mejor. No perdamos más tiempo en las discusiones. Son siglos los que llevamos discutiendo sin obtener nada. Todos hemos quedado con las manos vacías... Yo rezo, como el papa, en la unidad del Evangelio»⁶⁹. Y concluía: «Si acertamos a permanecer grandes, la unión se hará»⁷⁰.

En un intercambio de mensajes con el presidente de los Estados Unidos Lyndon B. Johnson, éste le escribe, entre otras cosas: «Estos días siguientes a su regreso de Jerusalén son esperanzadores para todos los hombres. Los estadounidenses de todas las religiones están profundamente impresionados por el espíritu de hermandad demostrado en sus reuniones históricas con el papa Pablo». A lo que Atenágoras responde días después: «Fue de lo más gratificante y alentador comprobar su interés sobre la reunión entre Su Santidad el papa Pablo VI y yo mismo. Creo que puedo decir que nos quedamos ambos igualmente conmovidos por esta reunión y la aprobación con que la ha recibido todo el mundo. Esto muestra cuán profundamente arraigado está el espíritu de hermandad, una señal alentadora para todos los que se dedican a la promoción de la moral en las relaciones entre los hombres y los pueblos»⁷¹.

El 13 de enero de 1972 publicaba Chiara Lubich en el periódico *Avvenire* un artículo contando algunos recuerdos suyos sobre Atenágoras. A propósito concretamente de un mensaje dirigido por el Patriarca al Movimiento de los Focolares, refería estas palabras textuales: «Los tres encuentros ocurridos con Pablo VI: en Jerusalén el 5 de enero de 1964; el de aquí en Estambul el 25 de enero de 1967 y el de Roma el 26 de octubre de 1967, constituyen el signo sorprendente y glorioso del triunfo del amor de Cristo y de la grandeza del Papa, y estos encuentros nos han puesto definitivamente, con firme fe y esperanza en el

⁶⁸ Cf. *Oikoumenikon* (1964), p. 91.

⁶⁹ Cf. *Oikoumenikon* (1964), p. 260

⁷⁰ Cf. *Oriente Cristiano* (1964), p. 61. MARTANO, 475-476.

⁷¹ Fuente: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=26029>.

camino bendito para la realización de la voluntad de Cristo, es decir el encuentro de nuevo en el mismo cáliz de su sangre y de su cuerpo»⁷².

Este viaje-peregrinación a Tierra Santa constituye en la vida de Atenágoras como un punto de inflexión: representa, de hecho, el cumplimiento de uno de los proyectos más arduos y audaces del anciano Patriarca. Se abre para él, a su avanzada edad, un tiempo de mucho quehacer, de mucha tarea ecuménica. Y de no poco sufrimiento también. Porque de Atenas, según es ya costumbre, llegan reacciones durísimas contra su encuentro con Pablo VI. *Ekklesia* pone en guardia contra «todo optimismo y quimera» y amonesta que «cualquier encuentro con la Iglesia católica es inútil... esta no da muestras de arrepentirse de tantas injusticias perpetradas»⁷³. Entre reuniones y mociones de disenso, hay quien llega a pedir «la denuncia (*deferimento*) del patriarca ecuménico a un tribunal eclesiástico por delito de lesa ortodoxia»⁷⁴.

7. TRASCENDENCIA ECUMÉNICA

Que aquel encuentro pilló con el pie cambiado a muchos ortodoxos y católicos no hace falta ni demostrarlo. Entre los primeros, es preciso recordar la renuencia de no pocos obispos y clérigos y hasta algún famoso metropolitano, incluso la misma Iglesia ortodoxa de Grecia, a quienes no les hacía ninguna gracia que su Patriarca Ecuménico acudiera a Jerusalén para encontrarse nada menos que con el Papa de Roma. Y en cuanto a los segundos, lo prueba el hecho de que ni siquiera hoy faltan dentro de la Jerarquía católica quienes se oponen al ecumenismo, no acierto a comprender bien si debido a temperamento y rechazo del diálogo o por crasa ignorancia de lo que representa y es la santa causa de la unidad, por la que Cristo pidió ardientemente al Padre en la noche de la última Cena, cuando el *ut unum sint* (Jn 17,21). Faltaban todavía en el mismo Vaticano II muchos *Tourmalet*, *Mont Ventoux*, y *Alpe d'Huez* por escalar y no pocas etapas a cubrir llaneando, o a descender a tumba abierta, antes de ver la luz el Decreto *Unitatis redintegratio*, del Concilio Vaticano II, aprobado y promulgado en noviembre de 1964. Claro que tampoco se había publicado todavía la *Ecclesiam suam*, célebre encíclica de Pablo VI en torno al diálogo. O sea, que la cosa andaba por esas fechas peor que chungu.

⁷² Fuente: <http://www.focolare.org/wp-content/uploads/2012/07/20120704-02.jpg>

⁷³ Vid. *Ekklesia* 16/1/1964. Asimismo, MARTANO, 477.

⁷⁴ Se trata del archimandrita Candiotis de Atenas. También el periódico *Orthodoxos Tipos* se distingue por los tonos particularmente violentos. Vid. recogido todo ello en MARTANO, 477. También, y sobre todo, LANGA, P., «La Iglesia ortodoxa y la beatificación de Atenágoras», pp. 6-7 [886-887].

He aquí un breve texto de la revista *Ecclesia* que abona lo que digo. Pertenece al citado editorial del viaje: «Los discursos pontificios pronunciados en esta ocasión merecen mención aparte, sobre todo el mensaje al mundo entero desde Belén. Todos ellos, al igual que el hecho mismo de la peregrinación con sus detalles y menudas incidencias, constituyen una lección insuperable del mejor ecumenismo católico, de la más acertada pastoral y de la más amplia acción misionera»⁷⁵. El editorialista de *Ecclesia* se ve que andaba punto menos que vuelta la vista hacia las cruzadas escribiendo del *mejor ecumenismo católico*. Literariamente le hubiera quedado algo descompensado suprimiendo lo de católico, pero doctrinalmente hubiera ganado un montón. Porque no hay ningún ecumenismo católico, ni protestante ni ortodoxo ni anglicano. Sólo hay un ecumenismo. Sin adjetivos. De modo que, señor editorialista, esto es como las lentejas: si quieres las comes y si no las dejas. De no ser así, más vale que deje usted en paz al ecumenismo.

Tampoco la revista *Religión y Cultura* anduvo fina titulado su editorial «Shalom, Shalom, Shalom»⁷⁶, en respuesta al discurso del *Presidente* de Israel en la Puerta de Yaanach, en Meggido. Escribo en cursiva *Presidente*, porque Pablo VI jamás utilizó dicha palabra, ya que la Santa Sede no tenía entonces relaciones diplomáticas con Israel, según he dicho antes. Y si *Religión y Cultura* se fue por las ramas escogiendo ese punto del viaje y nada diciendo, en cambio, del abrazo de Pablo VI y Atenágoras I (que hubiera sido lo ideal), tampoco *Ecclesia* dio una a derechas titulado *Saludo del Presidente de Israel al santo Padre* o *Respuesta de Pablo VI al Presidente de Israel* y resbalando su corresponsal Cipriano Calderón en lo de *hermanos separados*, cuyo empleo denuncia por sí mismo la ignorancia ecuménica del autor⁷⁷.

Uno de los más agudos conocedores de Pablo VI, director que fue de la Sala de Prensa de la Santa Sede (1976-1984) y luego Nuncio en Irán (1992-1999), a quien Khatamí largó la célebre expresión *Alianza de civilizaciones*⁷⁸, nos dejó

⁷⁵ *Proyección del viaje papal: Ecclesia*, Núm. 1174, p.3.

⁷⁶ RC IX / 33 (1964) 3-7.

⁷⁷ Núm. 1174, p. 11.

⁷⁸ El expresidente de Irán, Mohamed Khatamí, ya había propuesto a las Naciones Unidas en 1988 el *Diálogo de civilizaciones*. El domingo, 10 de enero de 1999, Khatami recibió al nuncio apostólico de Juan Pablo II en Irán, monseñor Romeo Panciroli. El líder iraní volvió a tocar durante el encuentro su proyecto de diálogo entre las civilizaciones. *Para eliminar guerras y violencias es necesario el espíritu de las religiones*, dijo. Ya con motivo del mensaje de final de año 1998, Khatami lanzó el proyecto de «diálogo entre civilizaciones». Según Khatamí, en la doctrina de Jesucristo hay que apreciar «la compasión por los propios semejantes, el respeto de los demás, el diálogo con el enemigo, la tolerancia y la disponibilidad hacia los demás». Y añadió: «Espero que el 1999, año que une a ambos milenios, sea un año marcado por bendiciones, paz, cordialidad y amor entre los hombres»: J. C. (Roma), *Juan Pablo II se encontrará con el Presidente de Irán. Un nuevo viento sopla en Teherán: Alfa y Omega*, N° 155 / 4-III-1999 - Mundo (tomado de *Zenit*). También en *El Observador* N° 191-5 (1999).

antes de su muerte una página admirable, que es toda una semblanza de Pablo VI. Me refiero a monseñor Romeo Panciroli, quien escribió, entre otras cosas, que «Montini era un papa sencillo, humano, en la vida de todos los días y en sus encuentros con las muchedumbres, en la soledad diaria, en los frecuentes contactos con sus colaboradores y en los momentos de las decisiones más importantes»⁷⁹.

«Hoy —sigue diciendo Panciroli— todo el mundo reconoce la lúcida inteligencia con la que condujo y llevó a cabo el Concilio y la dolorosa sabiduría con que rigió la Iglesia en el atormentado periodo del postconcilio. Algunas decisiones valientes, que marcaron puntos firmes y que en aquel entonces unos consideraron *intransigencias*, después, por muchos aspectos, fueron consideradas proféticas [...]. Lo definieron frío y despegado, y quizá se le demostró avaricia de amor, incluso por parte de muchos cristianos que no supieron descubrir el tesoro encerrado en una persona aparentemente tan frágil. Su carácter absorto no favorecía desde luego la fácil retórica, pero su humanidad tenía siempre algo sencillo que conquistaba. Todo encuentro con él, incluso breve, era una experiencia que dejaba huella. Se presentaba con discreción, casi inadvertidamente, pero nada escapaba a la mirada aguda de sus ojos azules con reflejos grises, vivaces y expresivos, atentos en penetrar en la intimidad de su interlocutor. No era impetuoso, sino persuasivo; animaba con palabras apropiadas, palabras que te resonaban durante mucho tiempo.

Su paternidad y su facilidad de palabra nacían de su capacidad de escuchar y de su intuición [...]. Fue el primer papa que llevó la Iglesia al mundo, a todo el mundo, definiéndose y firmándose *Viator Christi* [...]. Fue el constructor de la Iglesia del futuro: Iglesia sencilla, hermana, de comunión; sacramento de salvación, cuyas principales fuerzas en el mundo han de ser la palabra de Dios, la Eucaristía, los sacramentos, las comunidades vivas con sus pastores, unidos con el supremo pastor. Iglesia que él llevó a dimensiones más humanas, accesibles, fraternas, casi imagen de su índole sencilla y dialogante; Iglesia que él ama, es su Iglesia, Cristo se la ha encomendado para que la custodie como pastor supremo. *La Iglesia es nuestro amor constante*, afirmaba, *nuestra solitud primordial, nuestro pensamiento fijo; el primer y principal hilo conductor de nuestro humilde pontificado*. Es el Papa de la renovación de la Iglesia de acuerdo con el Concilio. [...] Allá donde fue quiso siempre visitar a los pobres y enfermos, darse cuenta personalmente de sus condiciones, llevar palabras de consuelo y ayuda material, hablar y rezar con ellos. En Palestina, India, Fátima, Turquía, Colombia, Uganda, Polinesia, Bangladesh, Filipinas, Indonesia, Sri Lanka. Al volver de su viaje a América Latina dijo que había visto, en las infinitas y devotas multitudes que fueron a saludarle, *el reflejo del amor del Señor sobre la pobreza*».

La cita es larga, pero merecía la pena traerla.

⁷⁹ PANCIROLI, *La humanidad de Pablo VI*: 30Días: n. 10 – 2004.

El que a mi entender dio en la diana interpretando este viaje, y sin recurrir a tópicos ni a bandazos, sino simplemente siendo teólogo, fue el Padre de Lubac, tal vez el más grande de los teólogos del siglo XX. Lo resumió con su habitual pericia y hondura al decir: «Pablo VI fue a Jerusalén, en nombre de toda la Iglesia, para arrodillarse ante el Santo Sepulcro y mostrar que todos los cristianos son los fieles de Cristo. Fue para testimoniar que la Iglesia no es nada, si no es la sierva de Cristo...»⁸⁰. Uno comprende su disgusto por la conferencia del pastor Lukas Vischer: el pastor reformado suizo parece que llegó a mostrarse contrariado porque Pablo VI hubiera elegido este viaje y este encuentro. Dice De Lubac: «El 18 de enero de 1964, en la Sala Santa Helena, conferencia del Pastor reformado de Suiza, Lukas Vischer, secretario del departamento de FC y observador delegado del CEI en el Concilio». De Lubac la califica de *très mauvaise, par endroits hargneuse, critiquant "ce nouveau style de la papauté"* (muy mala, en algunos puntos hasta huraña, criticando *este nuevo estilo del papado*), porque Pablo VI osa dejar el Vaticano y encontrarse con Atenágoras *ailleurs qu'à* (en otra parte que en) Ginebra, etc.⁸¹.

Congar, por su parte, viniendo ya al histórico abrazo, afirma: «Todavía tenemos ante los ojos, gracias a la RAI, el abrazo con Su Santidad Atenágoras I, perdido el Santo Padre, abordado, casi confundido en medio de la multitud de Jerusalén, aquella Eucaristía del Santo Sepulcro en la cual la intensidad y la interioridad de la oración de Pablo VI han dominado la muchedumbre y los incidentes técnicos»⁸². Al hilo precisamente de este encuentro, merece la pena recordar otro testimonio excelso: El del cardenal Justin Francis Rigali, quien al recibir el palio de manos de Juan Pablo II en presencia del patriarca Bartolomé I, destacó la estima y el cariño de Pablo VI por Atenágoras en estos términos: «Cuando (yo) prestaba servicio en la Secretaría de Estado hacía de intérprete para Pablo VI. Recuerdo como si fuera hoy mismo que durante una audiencia privada, cuando el interlocutor evocó la figura del gran Patriarca ecuménico, el rostro del Pontífice se iluminó de gozo»⁸³.

Y subiendo de rango, si se quiere, tampoco estará de sobra traer a la memoria el testimonio de quien hoy es sucesor de Atenágoras, o sea Bartolomé I. Lo escribió al cumplirse el 40º aniversario del viaje: «Nuestros beatísimos predecesores, el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras, tenían este deseo de

⁸⁰ LUBAC, H. de, *Diálogo sobre el Vaticano II* (Madrid 1985) 30; ID., «Paul VI, pèlerin de Jérusalem»: *Christus* 11 (1964) 97-102.

⁸¹ LUBAC, Henri de, *Carnets du Concile*, II, 60s, n.3; ID., *Memoria en torno a mis escritos*, 385-386.

⁸² CONGAR, Y., «L'ecumenismo di Paolo VI», p. 149.

⁸³ CARDINALE: 30Días, n. 06/07 – 2004.

la unidad de todos, y su simbólico abrazo en los Lugares Santos, hace cuarenta años, abrió una nueva página en la historia de la cristiandad. Lo que ha sucedido en los últimos cuarenta-cincuenta años en el terreno del diálogo ecuménico, del acercamiento y de la colaboración entre las Iglesias, tuvo origen en Jerusalén, en enero de 1964»⁸⁴. Se podrá decir con más palabras, pero no más claro.

Y de fechas inmediatamente anteriores y posteriores al 50º aniversario de aquel memorable abrazo Pablo VI-Atenágoras I son también las numerosas celebraciones de estos últimos meses y las que se anuncian para los por venir. Así reza, por ejemplo, el título del congreso celebrado en Milán a mediados de noviembre de 2013: *4-6 enero 1964. Pablo VI peregrinación a Tierra Santa: un evento histórico para la Iglesia Universal*. Y esto dice el Servicio Informativo del Vaticano (VIS): «Es el título del congreso que se celebra hoy en el Auditorio de San Fedele, en Milán, con el que la archidiócesis de la ciudad y su arzobispo, el Cardenal Angelo Scola, quieren rendir homenaje a uno de sus más ilustres arzobispos, el cardenal Giovanni Battista Montini, en el 50 aniversario de su elección al solio pontificio, 1963. El congreso se centrará en el viaje a Tierra Santa de Pablo VI, que le convirtió en el primer pontífice que peregrinó a esta tierra siguiendo las huellas de San Pedro. Un viaje histórico que se recordará con la proyección del documental *Regreso a los inicios - Pablo VI en Tierra Santa*, producido en 1964 por la Custodia de Tierra Santa y restaurado para la ocasión, en el que se muestra una Tierra Santa antes de la guerra de los *Seis Días*. Entre las imágenes destaca el conmovedor encuentro en Jerusalén entre el Pontífice y el patriarca ecuménico de Constantinopla Atenágoras»⁸⁵.

El 5 de enero de 2014, fecha exacta del 50º aniversario de aquel evento, era domingo. Francisco anunció al término del Ángelus lo que desde semanas atrás venía siendo un rumor creciente. Sus palabras fueron estas: «En el clima de alegría típico de este tiempo de Navidad, deseo anunciar que del 24 al 26 de mayo próximo, Dios mediante, cumpliré una peregrinación a Tierra Santa. La finalidad principal es conmemorar el histórico encuentro entre el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras, encuentro que se realizó exactamente el 5 de enero, como hoy, de hace cincuenta años atrás. Las etapas serán tres: Amman, Belén y Jerusalén, tres días. En el Santo Sepulcro celebraremos un encuentro ecuménico con todos los representantes de las Iglesias cristianas de Jerusalén, junto al patriarca Barlomé de Constantinopla. Desde ya les pido que recen por esta peregrinación que será una peregrinación de oración»⁸⁶.

⁸⁴ BARTOLOMÉ I: 30Días, n. 04 – 2005.

⁸⁵ *Pablo VI, siguiendo las huellas de San Pedro por Tierra Santa*: Ciudad del Vaticano, 15/11/2013 (VIS)

⁸⁶ *El papa Francisco anunció su peregrinación a Tierra Santa*. Lo hizo después del ángelus.

8. EL VIAJE CONMEMORATIVO DE FRANCISCO Y BARTOLOMÉ I

Los comentarios a tan plausible iniciativa no se han hecho esperar. El vaticanista Andrea Tornielli, autor del blog *Sacri Palazzi* y uno de los pocos periodistas que ha tenido el privilegio de entrevistar a Francisco, acaba de hacerlo en una entrevista. Preguntado sobre qué cabe **esperar del viaje, he aquí su respuesta**: «Será sobre todo una peregrinación para hacer memoria de aquel viaje histórico realizado hace cincuenta años por Pablo VI, marcado por el abrazo con el patriarca de Constantinopla Atenágoras. Pero creo que será una ocasión para manifestar amistad y espíritu de diálogo con los hebreos y con los fieles islámicos»⁸⁷. O sea que junta, aunque sin confundirlos, ecumenismo y diálogo interreligioso, que es lo que ahora parece que más se lleva por allí.

No todos los comentaristas, claro es, dan en la diana ecuménica. Algunos, como se ve, abundan ya más en las posibles repercusiones interreligiosas con judíos o musulmanes, y no falta quien ni toca siquiera el recuerdo de aquel abrazo entre Pablo VI y Atenágoras y, por ende, tampoco su trascendencia estrictamente ecuménica. Así el obispo auxiliar y vicario patriarcal para Jerusalén y los Territorios Palestinos, Mons. William Shomali. Le pregunta Iván de Vargas en nombre de Zenit qué espera la Iglesia Madre de este encuentro, y responde: «**Tiene diferentes dimensiones. A nivel ecuménico, queremos una mayor apertura con los ortodoxos.** En segundo lugar, esperamos una mayor apertura hacia el islam y el hebraísmo. Es decir, que el diálogo sea más intenso y haya más frutos. Que haya un mayor respeto recíproco. También esperamos una palabra del papa Francisco para que haya mayor libertad religiosa en Oriente Medio»⁸⁸.

«Todos y no sólo los cristianos esperan al Papa, que despierta enorme entusiasmo incluso en el mundo musulmán» —precisa, por su parte, el patriarca latino de Jerusalén—. Fouad Twal ha manifestado su deseo de que la visita ayude a «estrechar las relaciones entre las comunidades locales católicas y ortodoxas». Reconoce incluso que «la visita tendrá una dimensión política, porque esta dimensión —dice— es nuestro oxígeno», pues en la zona «se respira la política en cada acción, en cada reunión, en cada ceremonia, en nuestro contexto, que es

Será del 24 al 26 de mayo, en Amán, Belén y Jerusalén. Habrá un encuentro ecuménico en el Santo Sepulcro. *Por Redacción: CV, 05/1/ 2014 (Zenit).*

⁸⁷ 'Lo que me ha conmovido del papa Francisco'. El vaticanista Andrea Tornielli cuenta su encuentro con Bergoglio y los desafíos que esperan al Pontífice. *Por Federico Cenci. CV, 07/1/ 2014 (Zenit).*

⁸⁸ Mons. Shomali: 'El Papa viene a rezar por la paz, el diálogo y la reconciliación'. Entrevista con el obispo auxiliar del Patriarcado Latino de Jerusalén sobre la visita de Francisco a Tierra Santa en el mes de mayo. *Por Iván de Vargas. Madrid, 07/1/2014 (Zenit).*

el de la crisis en la región, incluyendo a Siria y la ocupación israelí». De modo que «todo el mundo, jordanos, palestinos e israelíes, tratarán de sacar el máximo provecho de esta visita, cada uno también para servir a su propaganda»⁸⁹.

Asimismo, en el 50º aniversario del histórico abrazo, y a la espera de la proyectada visita del Francisco y Bartolomé, una delegación internacional de la Comunidad de Sant'Egidio está desde primeros de año en Jerusalén para recorrer los pasos de Pablo VI y Atenágoras. Ha empezado a reunirse estos días primeros de año con los líderes de las Iglesias cristianas, los representantes del Gran Rabinato, del Islam y de otras comunidades religiosas de la Ciudad Santa, para renovar el espíritu de diálogo y de fraternidad de aquel primer encuentro⁹⁰. Salta bien a la vista, pues, que el campo se ha vuelto más dilatado y espacioso desde que por allí anduvieron dándose abrazos y bendiciendo conjuntamente Pablo VI y Atenágoras.

A medida que la fecha se acerca va a ser esto un puro ir y venir de entidades más o menos implicadas en la feliz idea. Cosa bien distinta es que se haga ceñidos a los parámetros estrictamente ecuménicos de la cita. Porque se me hace muy de temer que lo acaparan todo problemas interreligiosos de la Iglesia católica con judíos y musulmanes, si es que no con políticos. Y no es que uno esté en contra de abrir tan apasionante y espacioso horizonte, ni que se obstine en silenciar que durante los últimos 50 años han ido surgiendo nuevos e incitantes acuerdos de carácter más interreligioso que inter-ecclesial. Bastaría con desplegar sobre la mesa un mapa. Los territorios en Tierra Santa han experimentado un cambio espectacular con la Guerra de los Seis Días, y los subsiguientes problemas en Cisjordania y los asentamientos palestinos. Las fronteras hoy no son ni de lejos las que regían cuando Pablo VI y Atenágoras I se fundieron en un abrazo histórico que dejó huella en todo el mundo.

Lo cual dicho, conviene no perder de vista tampoco el genuino alcance espiritual y en concreto ecuménico que presidió aquellas horas de 50 años atrás. Subsisten en el ecumenismo problemas que distan mucho de haber hallado solución. La pregunta del nueve sonaría, poco más o menos, así: ¿Están los ánimos de Francisco y Bartolomé I prontos para dar, si preciso fuere —y lo es—, el paso valiente de una concelebración eucarística en el Santo Sepulcro? ¿O es que todo se va a reducir a recitar juntos el Credo o el *Pater Noster*, o tal vez unas letanías conjuntas, pero nada más? Si la respuesta a dicho interrogante fuere

⁸⁹ *El patriarca de Jerusalén: tratarán de politizar la visita del Papa*. Su Beatitud Fouad Twal. Francisco en su viaje a Tierra Santa cenará con refugiados, pobres y discapacitados a orillas del Jordán. Además, presidirá una misa en el estadio de Amman y otra en Belén *Por Redacción*. Madrid, 09/1/2014 (*Zenit*).

⁹⁰ Vid. *Una delegación internacional de Sant'Egidio visita estos días Jerusalén. El motivo del viaje: renovar el espíritu de diálogo y de fraternidad del histórico encuentro entre el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras*. Por Redacción Madrid, 09/1/2014 (*Zenit*).

positiva estaríamos de enhorabuena: se trataría entonces de una conmemoración por todo lo alto de aquel evento que sucedió en Jerusalén 50 años hace. El Santo Sepulcro —la *Anástasis*— habla de resurrección. Y la ocasión es inmejorable para que las Iglesias católica y ortodoxas vuelvan a fundirse en fraterno abrazo hasta *resucitar* convertidas en *Iglesia indivisa*. Si, por el contrario, es negativa, la conclusión a sacar es que, en un supuesto así, tampoco caben novedades de relieve. Y si lo que allí se va a escenificar no pasa de ser una de esas euforias a las que similares eventos nos tienen acostumbrados ya desde varios decenios atrás de andadura ecuménica, en ese caso habrá que concluir diciendo que la cosa se habrá quedado en puro acto para la galería y poco más.

El 7 de julio de 1972 Atenágoras I rendía su alma a Dios y se iba para siempre a la Casa del Padre para celebrar con Cristo la Pascua eterna de la unidad⁹¹. Poco más de un año antes, exactamente el 21 de marzo de 1971, había respondido a una carta que Pablo VI le había escrito el 8 de febrero de 1971 relativa al desarrollo de las relaciones entre las dos Iglesias. El anciano Patriarca le decía a Pablo VI, entre otras cosas: «Os escribimos desde Oriente poco antes de la pasión del Señor. La mesa está preparada en la habitación de arriba y nuestro Señor quiere comer la pascua con nosotros. ¿Rehusaremos?»⁹². Imposible, pues, ser más explícito en el ferviente deseo de inter-comunión de aquel bondadoso anciano llamado Atenágoras I.

Por supuesto que no se le despintaba la dificultad del paso a dar, claro. Tampoco las razones de necesidad en darlo, según permite deducir del subsiguiente fragmento: «Ciertamente, los obstáculos heredados de la historia subsisten todavía y el enemigo del reino de Dios los mantiene. Pero nosotros, ¿no hemos creído en Aquel que dijo lo que es imposible a los hombres, es posible a Dios, y que todo es posible para aquel que cree?». Lo que seguidamente agrega no parece sino que lo hubiera escrito para el encuentro de mayo entre Francisco y Bartolomé I: «Sigamos en la fe, en la esperanza y en la paciencia a los apóstoles, de quienes tenemos la gracia, la fraternidad y la comunión»⁹³. Un reto. Una meta. Ecumenismo a tope.

PROF. DR. PEDRO LANGA AGUILAR, OSA
Teólogo y ecumenista

25/ 1/ 2014: Fiesta de la conversión de San Pablo

⁹¹ Celebradas las exequias, fue enterrado en el Monasterio de la Madre de Dios en la fuente, Balikli, Estambul, Turquía (BONNICI, E., 27/4/2012): <http://www.findagrave.com/cgi-bin/fg.cgi?page=gr&GRid=6379709>.

⁹² BAC 345, n. 284, p. 239-241: 241.

⁹³ BAC 345, n. 284, p. 239-241: 241.

SIGLAS

- AAS = *Acta Apostolicae Sedis. Commentarium officiale*. Annus LVI, Series III, Vol. VI
Typis Polyglottis Vaticanis M-DCCCC-LXIV
- BAC = Biblioteca de Autores Cristianos
- BAC 345 = *Tomos Agapis*, editado en español por la BAC con el título *Al encuentro de la Unidad*.
Documentación de las relaciones entre la Santa Sede y el Patriarcado de Constantinopla 1958 – 1972. (B.A.C. 345), Madrid 1973
- CEI = Consejo Ecuménico de las Iglesias
- CV = Ciudad del Vaticano
- DE = Diálogo Ecuménico. Salamanca
Ecclesia, Núm. 1174 = *Ecclesia*, Año XXIV / Núm. 1174 (Sábado 11 de enero – Madrid, 1964)
- EDES = Ediciones Escorialenses
- EOR = *Église Orthodoxe Russe* [Site officiel du Département des affaires ecclésiastiques extérieures du Patriarcat de Moscou]
- FC = Movimiento Fe y Constitución (del CEI)
- OR = *L'Osservatore Romano*
- OSA = Orden de San Agustín
- PE = Pastoral Ecuménica. Madrid
- RC = Religión y Cultura. Madrid
- RV = Radio Vaticano

BIBLIOGRAFIA

- BARTOLOMÉ I, *El deseo de nuestros beatísimos predecesores*. El patriarca ecuménico de Constantinopla recuerda al papa Wojtyła, por Bartolomé I: 30Días: TESTIMONIOS / Sacado del n. 04 – 2005.
- CARDINALE, G., *Aquella vez que el rostro de Montini se iluminó de alegría*, por Gianni Cardinale. EE.UU.. *Entrevista al arzobispo de Filadelfia*:30Días–Sacado del n.06/07– 2004.
- CONGAR, Y., «L'ecumenismo di Paolo VI», en: ID., *Saggi ecumenici. Il movimento, gli uomini, i problemi*. Note introduttive di Alberto Ablondi. Città Nuova Editrice, Roma 1986.
- DESSEAUX, J. E., Introducción a *Le livre de la Charité*, París 1984, pp. 17-19.
- Di SCHIENA, L., *Karol Wojtyła*, Roma 1991,
- DIAZ, G., OSA – MISCIOSCIA, St. (coed.), *Pablo VI cita a San Agustín. Apuntes del Papa Montini (1954-1978)*. En memoria del P. Carlos Cremona. Introducción, traducción y notas: Gonzalo Díaz, OSA – Stefania Miscioscia . Ediciones Escorialenses (EDES) 2004.

- FERRARI, S., *Vaticano e Israele*. Firenze 1991.
- HERA BUEDO, E. de la, *Pablo VI. Timonel de la Unidad*. Ediciones Monte Casino, Zamora 1998, esp. 5.1. *Tierra Santa: Enero 1964*, pp. 363-366. También 1.1. *Los encuentros con las Iglesias Orientales: 1.1.1. Con el Patriarca de Constantinopla [Primero: Desde el abrazo de Jerusalén (enero de 1964) hasta la visita de Atenágoras a Roma (octubre de 1967)]*, pp. 382-389. [con abundante bibliografía].
- HERA BUEDO, E. de la, *La noche transfigurada. Biografía de Pablo VI*. BAC 627, Madrid 202, esp. c. xx. "Reemprendamos el camino" (1963-1964), 525-571; esp. II. *El Papa peregrino*, 542-547; y III. *El patriarca de la cascada blanca*, 547- 557. [con abundante bibliografía].
- JUAN PABLO II, *Nuevo paso hacia la unidad. Ankara – Estambul – Éfeso – Esmirna*. Librería Editrice Vaticana – Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C. minor), Madrid 1980, 5-6.
- KONIDARIS, G., *The importance of the Meeting between the Ecumenical Patriarch and the Pope in January 1964: «International Relations»*, Special Issue dec. 64-apr.65, pp. 18-24;
- LANGA, P., «Balance ecuménico del año 2009 (28.29.30 y 31/XII/ 2009)»: RV; Infoekumene.
- LANGA, P., «La Iglesia ortodoxa y la beatificación de Atenágoras»: *Ecclesia*, N.º 3.053 (16/6/ 2001), Año LXI, pp. 6-7 [886-887].
- LANGA, P., «Decreto "Unitatis redintegratio". De su elaboración a su promulgación»: PE 22 /64-65 (Enero-Agosto 2005: *Actas del Congreso de UR*), 29-54;
- LANGA, P., «Participación de los teólogos en la elaboración de "Unitatis redintegratio"»: RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, F (ed.), *40 años del Decreto conciliar "Unitatis redintegratio"*. *Evocación histórica y perspectiva de futuro*: DE 39/ 124-125 (2004) 315-356.
- LANGA, P., «La Santa Sede y la Conferencia de El Cairo»: RC 40/191 (1994) 865-875.
- LEWY, M., *BENEDICTO XVI. Imágenes, recuerdos y balance de su peregrinación. «... Y del fuerte salió dulzura»*: 30Días, 05 – 2009.
- LUBAC, H. de, *Carnets du Concile*, II. Les éditions du Cerf. París 2007.
- LUBAC, H. de, *Memoria en torno a mis escritos*. Segunda edición revisada y aumentada, Ediciones Encuentro, Madrid 2000.
- LUBAC, H. de, *Diálogo sobre el Vaticano II* (Madrid 1985) 30; ID., «Paul VI, pèlerin de Jérusalem»: *Christus* 11 (1964) 97-102.
- MACCARRONE, M., *Il pellegrinaggio di Paolo VI in Terra Santa*, Città del Vaticano 1964.
- MARTANO, V., *Athenágoras il Patriarca (1886-1972). Un cristiano fra crisi della coabitazione e utopia ecuménica*. Il Mulino, Bologna 1996, esp. Parte terza: *Il camino verso l'unità* (1959-1972), c. x. *La stagione del Concilio*, pp. 445-483; y más esp. 2. *Incontrare il papa*, pp. 453. Para el encuentro de Jerusalén, p. 472, en la n. 113 (abundante bibliografía).

- O'MALLEY, SJ, J., W., *¿Qué pasó en el Vaticano II?* Sal Terrae, Santander 2012.
- PANCIROLI, R., *La humanidad de Pablo VI*, por el arzobispo Romeo Pancirolí: 30Días: Papas / Sacado del n. 10 – 2004.
- RICCARDI, A., *Da Giovanni XXIII a Paolo VI*, en ALBERIGO, G. – RICCARDI, A. (a cura di), *Chiesa e Papato nel mondo contemporaneo*, Bari 1990, pp. 233-234.
- SCHMIDT, Stj., *Agostino Bea il cardinal dell'unità*. Città Nuova Editrice, Roma 1987, esp. 7. *Gli sviluppi dell'ecumenismo durante il Concilio*, 495-563, y más esp. *Il significato ecuménico del pellegrinaggio di Paolo VI in terrasanta*, 518-524.
- SCHVINDLERMAN, J., *Un Papa en Tierra Santa* (<http://www.delacole.com/cgi-perl/medios/vernota>).
- TSAKONAS, D., *A man sent by God*, Brooklin 1973 (biógrafo y amigo personal de Atenágoras).
- WENGER, A., *Les trois Rome*, DDB, Paría 1991, pp. 145-147.

JUAN PABLO I, ESTRELLA FUGAZ EN EL ECUMENISMO

No podemos afirmar que en esta revista se haya tratado con frecuencia del ecumenismo en los diversos Papas, pero sí se ha trazado el perfil ecuménico de algunos de ellos e incluso se ha hecho referencia a algunos de sus documentos referidos a este movimiento. Se ha expuesto, incluso, la «*Instrucción Ecclesia Catholica*» de 1949 en tiempos de Pío XII, se ha hablado de Juan XXIII y en este mismo número aparecen tres artículos sobre éste Papa con motivo de su canonización. Acerca de Pablo VI, tal vez el Papa con mayor bagaje ecuménico, se han publicado algunos artículos y el último en este número. También del largo pontificado de Juan Pablo II y su encíclica «*Ut unum sint*» se han abordado bastantes aspectos, algo hemos subrayado sobre la doctrina ecuménica de Benedicto XVI y ahora ofrecemos continuas noticias del sencillo y atrayente ecumenismo del Papa Francisco. Algunos de estos Pontífices son considerados verdaderos astros en la acción ecuménica, pero ¿qué se puede encontrar sobre este tema en los 33 días del pontificado de Juan Pablo I?. Le calificamos aquí de «*estrella fugaz en el ecumenismo*». ¿Qué podremos hallar y destacar sobre el ecumenismo de este Papa?. Antes de bucear en la búsqueda de cualquier signo de su interés ecuménico no debemos olvidar que el Papa Luciani, Albino Luciani, desde el primer momento de su llegada a este mundo hasta su salida de él estuvo ungido por el misterio de Dios. Misterio en toda la vida de Luciani que permanece presente y actuante hasta nuestros días.

Un excelente sacerdote veneciano, D. Germano Pattaro conversó largamente con el Papa Luciani días antes de su muerte. Tomó detallados apuntes sobre estos diálogos, los entregó a un amigo suyo para que los utilizara y quedan textualmente recogidos en el libro: «*Il mio cuore è ancora a Venezia*», de Camilo Bassotto, Editoriale Tipolitografia. Adriatica. Musile di Piave. Anno: Venezia, 1990. Utilizaremos algo de los mismos referente al ecumenismo en Juan Pablo I.

Un pionero del ecumenismo

Del ecumenismo en los años que estudiaba Teología no se conocía nada. Ortodoxos, anglicanos o protestantes y los valdenses especialmente en Italia aparecían en el epígrafe “*adversarios*” en las tesis de Teología Dogmática y se los encontraba en las páginas de los textos de la Historia de la Iglesia, con un juicio siempre negativo. Pero las continuas lecturas de Luciani desde que era muy joven le prestaron un notable servicio en este capítulo de las Iglesias disidentes, de las ortodoxas concretamente. En el verano de 1933, cuando acababa de recibir algunas órdenes menores, como se decía entonces, dedicó largas horas a organizar la magnífica biblioteca parroquial de más de 2000 volúmenes, sabiamente elegidos durante años por D. Filippo. Desde niño, y más de seminarista, el párroco le había prestado libros adecuados a su edad y no hacía muchos veranos había leído a Dostoyevsky y Tolstoi. Ambos autores rusos le habían entusiasmado y D. Filippo comprobaba que los entendía bien y extraía certeras conclusiones. En esta organización de la biblioteca topó de nuevo con ellos y no se contentó con la ficha bibliográfica sino que se decidió a releerlos de nuevo: *Crimen y castigo*, *los hermanos Karamazov* de Dostoyevky y *Resurrección* de Tolstoi, le dieron oportunidad de encontrarse con la belleza y profundidad del alma rusa. Al volver al Seminario buscó en la biblioteca libros sobre la doctrina ortodoxa, su liturgia y su espiritualidad. Aquello se correspondía mucho con lo que él sentía en su espíritu. No lo olvidó nunca. Fue su primer acercamiento a la desunión y unidad de los cristianos. Ya profesor del Seminario de Belluno leyó más sobre este tema y su alma se abrió tenuemente hacia la comprensión de lo que significaba la unión de los cristianos.

Pero hasta el otoño de 1962 fue sólo algo que se hallaba en su bagaje de conocimientos. Por aquella región del Véneto no se había encontrado si no a fieles católicos. Incluso en el poco tiempo que llevaba como obispo de Vittorio Véneto nunca había llegado hasta él noticia alguna de ortodoxos o protestantes en su diócesis. Todo ocurrió de improviso en el Concilio Vaticano II al que asistía como uno de los más jóvenes Padres Conciliares. Juan XXIII lo dejó claro en su discurso de apertura en la mañana del día 11 de octubre de aquel 1962 cuando afirmó que uno de los objetivos de aquella magna Asamblea era buscar la unidad de los cristianos. El obispo Luciani de Vittorio Véneto escuchaba con extraordinaria atención siempre las palabras de Juan XXIII. Le conocía personalmente desde su estancia como Patriarca de Venecia. El mismo Papa Juan le había elegido directamente y le había consagrado obispo en la Basílica de San Pedro pocos meses antes.

Como a otros muchos Padres Conciliares también al obispo Luciani le llamó poderosamente la atención el inolvidable discurso del arzobispo de Brujas, Mons

De Smet, a todos los obispos en el Aula acerca de la importancia del ecumenismo para progresar en la buena marcha del Concilio. Estaban en los últimos días de la primera etapa conciliar. El arzobispo de Brujas era uno de los miembros más activos del grupo que rodeaba al cardenal Agustín Bea, responsable de la Comisión de Ecumenismo en el Concilio.

Los cuatro años del Concilio supusieron para el obispo de Vittorio Véneto una verdadera renovación en su teología y en su pastoral. Habló con frecuencia a lo largo de las cuatro etapas conciliares con los más prestigiosos teólogos, se acercó a conversar alguna vez con los Hermanos de Taizé, con algunos observadores ortodoxos y asimiló con precisión la doctrina ecuménica del Decreto “*Unitatis Redintegratio*”, observando con la perspicacia intelectual que le acompañó siempre cómo el ecumenismo aparecía como una doctrina transversal en prácticamente todos los documentos conciliares. Vuelto a su diócesis bajo la fuerte impresión de la supresión de excomuniones entre la Iglesia Ortodoxa de Constantinopla y la de Roma el penúltimo día del Concilio, se esforzó en que sacerdotes y laicos se adentraran poco a poco en la admirable reforma conciliar. Naturalmente, el ecumenismo iniciado por Juan XXIII y proclamado por el Concilio no fue lo que tuvo más repercusión pues, por aquellas tierras del noroeste italiano eran contados los que pertenecían a otras Iglesias cristianas.

Trasladado a Venecia como Patriarca, allí el movimiento ecuménico tenía mayor notoriedad e influjo, aunque al Patriarca Luciani tampoco le atrajo mucho ni le inquietó. No obstante trató con verdadero esmero a la antigua comunidad ortodoxa instalada allí.

Había en Venecia un sacerdote, D. Germano Pattaro, gran teólogo, con grandes ideas e intuiciones, gran estudioso de la doctrina conciliar y decididamente abierto al ecumenismo. Por la unión de los Cristianos dio lo mejor de su inteligencia y de su vida. Fue pionero del ecumenismo en Italia desde los tiempos del cardenal Agustín Bea, con quien se relacionó estrechamente y con cuyos grupos de teólogos ecuménicos participó. En 1967 fue llamado a colaborar en la Primera Comisión Teológica Italiana. Con Mons. Luigi Sartori de Padua organizó el primer Congreso Nacional de Teología con el fin preeminente de convertir a los teólogos al ecumenismo. Le tocó el tema más comprometido : “*Aspectos de la teología protestante actual*”. Fue la lección más completa, densa de pensamiento y de doctrina, de historia y de documentación. Se publicó con las demás en la recién creada revista de ecumenismo “*Ut unum sint*”. Desde aquí D. Germano resultó para unos una luz y para otros un peligro a evitar.

No obstante siguió participando como experto en todos los congresos internacionales y nacionales de ecumenismo. Exponía con claridad su pensamiento:

“ Feliz quien vea el día soñado y deseado por los santos, los mártires y los fieles de toda la tierra ,en el que nos encontraremos todos juntos alabando a Dios, comiendo del mismo pan y viviendo de la misma fe, después de siglos de amargas divisiones, de culpables silencios y de injustificados rechazos a la confrontación y a la búsqueda de la unidad entre las Iglesias cristianas ”

Palabras así que en nuestros días serían lo más normal provocaban entonces grandes sospechas para unos y seguimiento incondicional de otros. A él le siguió gran parte de la juventud pero se enfrentó con el Patriarca Urbani. Luciani no se le puso en frente pero procuró darle poca importancia, aunque siempre le consideró un gran teólogo y magnífico sacerdote. Escribió muchos artículos en las revistas de Italia que se abrían al ecumenismo y organizó cursillos acerca de la teología del ecumenismo durante más de veinte años.

Pobres de nosotros si obstaculizásemos el camino ecuménico

Elegido Albino Luciani Papa el 26 de agosto de 1978, no pasarían más de 10 o 12 días cuando D. Germano Pattaro recibió en Venecia la llamada del Papa Juan Pablo I diciéndole:

- Germano, el Papa te necesita.

A los pocos días se presentó en Roma y aquella misma tarde se encontró con el nuevo Papa. Hizo ademán de arrodillarse pero el Pontífice no se lo permitió si no que le abrazó con afecto.

- No te sorprendas de que te haya llamado. A los curas nos cuesta trabajo exteriorizar nuestros sentimientos, tenemos miedo de decir a alguien, incluso a las personas más queridas, te quiero. Ahora me siento movido a decirte que te he querido por tu fe, la transparencia de tu vida y la dolorosa pasión de tu enfermedad.

A lo largo de varios años D. Germano había padecido dolorosa enfermedad que le condujo a clínicas de Londres y Venecia. En este momento su salud también era precaria pero, acostumbrado como estaba a superarse continuamente, se hallaba dispuesto a aceptar cualquier propuesta de su hasta, hacía poco, Patriarca.

- Dios tiene un particular designio para tí, siguió diciendo Juan Pablo I. Ahora estás aquí y te digo : quisiera tenerte como mi consejero teológico. Debo ser apóstol de verdad y de misericordia, de unidad, de paz y de justicia, y si Dios

quiere daré mi vida, incluso ya, por la Iglesia y por el mundo... Necesito buenos consejos de alguien que me quiera, que me esté cercano, que me consuele, alguien también con quien poder rezar juntos.

Enseguida habló de su querido Papa Juan XXIII y del Concilio Vaticano II. Se sentía protegido por aquel Pontífice y seguro con la rica doctrina del Concilio. Quería poner en marcha o intensificar los puntos más esenciales del Vaticano II y tenía prisa. Sintió él, entonces joven obispo, comenzar una nueva era. El Concilio seguía siendo un libro abierto, libro profético, todo por leer, por interpretar. El Concilio es un cofre de ideas y de doctrina, de preciosas innovaciones litúrgicas, de iluminaciones teológicas, históricas, religiosas y pastorales. El reverendo Pattaro escuchaba atento y valoraba el alto concepto que aquel nuevo Papa tenía sobre el Concilio.

- En el Concilio, añadió Juan Pablo I, leía y escuchaba las declaraciones de los Padres, las opiniones teológicas y mi mente se abría al corazón universal de la Iglesia y de la dimensión planetaria de los problemas religiosos, morales, culturales y sociales que acosan al hombre en toda la tierra. El Concilio es rico en ideas y en proposiciones, en fermentos innovadores y en preciosas enseñanzas para una acción teológica más incisiva, espiritual, eclesial y pastoral en el surco de la tradición y de la Unidad.

Se percibía a las claras que el Concilio había invadido por completo su vida y que ahora como Papa tenía que urgir tantas cosas como había visto imprescindibles y que por el escaso tiempo transcurrido, no obstante la gran actividad conciliar de Pablo VI, no se habían puesto en práctica.

- Pobres de nosotros si obstaculizásemos el camino ecuménico con interpretaciones reductivas o retrasáramos las nuevas orientaciones misioneras de la Iglesia, dijo el Papa. El Concilio tiene que realizarse bajo la guía del Papa y los obispos con la aportación personal de los teólogos, de los sacerdotes, de los religiosos y de los laicos en cada país... Tú has escrito que la nueva frontera de los cristianos es la teología del ecumenismo. Un campo muy vasto de estudio, de investigación, de verificación y de confrontación con las Iglesias hermanas, con el judaísmo y con las demás religiones universales. La Iglesia, en tu opinión, se abre a un futuro de esperanza y de unidad en Cristo Señor, sin pedir que se cancele la identidad de cada confesión. Tú has estado en las asambleas ecuménicas de África y has conocido el mundo religioso, social, cultural, teológico y eclesial de las comunidades cristianas africanas.

El Papa Luciani conocía un poco el mundo africano e hispanoamericano, era partidario de los Sínodos especiales para estos continentes porque contribuían

mucho a acrecentar la fe y la unidad. Le parecía que a esas alturas del siglo XX no se podía mantener una única teología de corte europeo pues todos aquellos países habían ido adquiriendo una teología con matices propios y defendía él la unidad en la diversidad porque le parecía una continua riqueza en movimiento. Hablaron entonces de la teología, del enriquecimiento que supondría una teología dialogada entre todos los teólogos, que se abriría a una teología ecuménica. Entonces el Papa recordó de nuevo sus tierras vénetas.

- Tú has sido pionero del ecumenismo en Venecia , dijo Juan Pablo I.
- Sí, contestó el P. Pattaro, pero a la par con Mons. Luigi Sartori de Padua.
- En el pasado, acentuó Luciani, tuve cierta perplejidad sobre Mons. Sartori. Con sus aperturas ecuménicas y teológicas me parecía un cura de frontera.
- Y quizá en el espíritu y la pasión lo era, subrayó D. Germano, pero hace una teología auténticamente ecuménica, con sus riesgos que, naturalmente, los tiene.
- Su obispo que también es el mío me lo elogió y me dijo: es un sacerdote de fe y de piedad, culto y preparado, un teólogo que mira lejos, anclado siempre en la unidad y en la ortodoxia.

Don Germano intervino:

- Todo eso es insustituible en un buen teólogo ecuménico. Sin esas cualidades no se puede hacer nada por la unidad de los cristianos. Santo Padre, sus palabras me producen una gran alegría. Sabía de sus perplejidades, pero esperaba que un día usted pudiera conocerle verdaderamente. Monseñor Sartori es un gran amigo mío, al que quiero mucho.
- Recuerdo que gracias a tu colaboración el cardenal Agustín Bea fue a Venecia a una asamblea ecuménica, en los primeros años 60, en el teatro “ La Fenice”, estando presente el Patriarca Giovanni Urbani. Tuvo resonancia en toda Italia. Hubo un silencio y el Papa continuó.
- Tenemos que volver, dijo el Papa, a mirar en lo más profundo la actitud y el pensamiento que tuvimos durante siglos hacia los hermanos de las Iglesias cristianas. No buscamos en los tiempos atrás, con mayor tenacidad y caridad, previsión, confianza y humildad el camino de la unidad, sin quitar nada a la esencia, a las raíces y al patrimonio de nuestra fe. Jesús nos dice: “*Por eso reconocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros como yo os he amado*”. Nosotros no nos hemos amado los unos a los otros. Durante siglos nos hemos ignorado y peleado. Todas las Iglesias cristianas, nosotros incluidos, hemos pecado en contra del amor y en contra del mandato de Cristo.

Se había echado la noche cuando dejaron la conversación. Mientras Pattaro cruzaba la Plaza de San Pedro y algunas calles de Roma daba vueltas a la conversación con su Patriarca y ahora Papa. Afloraba la sonrisa a su rostro y pensaba

que estaba ante un Papa que valoraba el ecumenismo y sería tan ecuménico como Pablo VI. Se dijo asimismo que debía darle mucha importancia pues a tan pocos días de su elección le había llamado para tenerlo a su lado en relación con una actividad ecuménica que seguramente pondría en marcha con rapidez. Recordó las últimas palabras del Papa al despedirse: “El modo de tu presencia, aquí, junto a mí, dejo que lo estudies tú. Sé que eres ajeno a cualquier obligación que te ate a un escritorio. Te entiendo; yo también soy así. Hablaremos de ello. Procuraré que te incluyan en el despacho de curia que te corresponde”.

“Quiero ir a Israel”

En el siguiente coloquio, días después, dialogaron bastante sobre el tema de los judíos. Había conocido Juan Pablo I a diversos rabinos y miembros de la comunidad judía en Venecia y mantuvo conversaciones con ellos. Estaba muy influenciado por la doctrina conciliar sobre los judíos y conocía casi de memoria la Declaración “*Nostra Aetate*”.

- Tú sabes que no me gusta viajar, dijo en un momento el Papa a D. Germano. Pero no puedo encerrarme en el Vaticano, alejado de todos. Iré a donde me quieran, a cualquier tierra, a cualquier país, especialmente a los países pobres, donde hay hambre y guerra. Quiero encontrarme con los niños, los ancianos, las mujeres, las monjas, los misioneros y los obispos que viven y mueren con la gente, en los lugares más perdidos, para dar testimonio de Cristo. Si se me concede quiero ir a Israel. Debemos restablecer las relaciones con este país. Nuestra casa es la casa común de todos los pueblos... Yo quiero el diálogo, la reconciliación. He conocido a muchos judíos y de muchos me he hecho amigo como tú.

Pensaba el Papa que la diplomacia era buena pero a veces lenta, fría y despegada y que el corazón lo ve todo antes. Pensaba que en esa zona de Oriente los problemas eran inmensos y no se pueden resolver sin conocerlos. Tenía el Papa Luciani una intención secreta que le comunicó al P. Pattaro en aquellos días: convocar a una representación de obispos de todo el mundo para un acto de penitencia, de humildad, de reparación, de paz y de amor de la Iglesia universal para que el Papa y los obispos lo repitieran cada año en las iglesias locales todos los Viernes Santos porque los cristianos pecan mucho contra los judíos, porque habían sido ignorados y calumniados durante siglos. Añadía que los judíos no eran deicidas, aunque en el plano histórico algunos lo fueran y tienen un nombre concreto. La acusación le parecía teológicamente infundada y moralmente injusta.

Agregó que el Antiguo Testamento es el fundamento común, la raíz teológica e histórica del judaísmo y del cristianismo. Sin el Antiguo Testamento la Iglesia pierde su identidad y la imagen de sí misma. Decía que los verdaderos pecadores contra el Pueblo de Israel eran los cristianos, los curas, los obispos, los Papas que han actuado y actúan en las instituciones de la Iglesia y debían rezar a Dios para que los perdone ese pecado. El tema judío se prolongó un largo tiempo porque el Papa insistía en que los cristianos tenían mucho que aprender de los judíos y aunque se había avanzado, especialmente por el terrible testimonio del Holocausto, todavía se encontraban sombras y desavenencias entre la Iglesia y los judíos. Repetía a cada momento la necesidad de volver a pedir perdón, a desterrar el sentido trágico del Viernes Santo todavía para muchos judíos y volvía a insistir en su viaje a Israel.

- Quiero ir como peregrino a Jerusalén. Pediré consejo, pero pienso que el Papa debe ir a Israel, debe ver con sus ojos, debe hablar, rezar, escuchar y dialogar. Recuerdo el entusiasmo y la emoción levantada en todo el mundo por Pablo VI, cuando fue como peregrino a Israel. Recuerdo los gestos, los encuentros, las palabras y sus invocaciones de paz, de fraternidad y de respeto hechas hacia los dos pueblos que cohabitan en aquella tierra, que ha visto y ve tanta sangre y tan crueles divisiones. Del 4 al 6 de enero de 1964 el Papa Pablo peregrinó a Jerusalén. Preparó el viaje en silencio y fue una obra maestra de diplomacia. Se encontró con las autoridades israelitas y jordanas. Una muchedumbre conmovida le acompañó desde la puerta de Damasco hasta la basílica del Santo Sepulcro. Después de Pedro era el primer Papa que ponía su pie en la tierra de Jesús. Fue allí donde pudo abrazar después de siglos y siglos al metropolitano ortodoxo de Constantinopla Atenagoras. Al volver a Roma dijo a la multitud que vino a saludarle: Gracias, hijos, por esta vuestra amable acogida. Tengo aún en el corazón las palabras de paz, de esperanza y de caridad que he podido pronunciar en Jerusalén... Yo quiero hacer una visita y hablar con los jefes de Estado de Israel y de Jordania.

“Yo sé que la división de los cristianos es pecado”

El Pontífice, que conocía bien la pasión ecuménica del sacerdote D. Germano, al escucharle intervenir en el diálogo de estos días pensó que había encontrado un verdadero colaborador en este campo y otro día le comentó:

- Hablaremos más de ecumenismo. Pediremos a Dios, al Espíritu Santo y a Cristo Señor que nos iluminen. Yo sé que la división de los cristianos es pecado y que la unidad de los cristianos es don de Dios. No habrá verdaderamente ecumenismo si no hacemos penitencia, si no nos damos la paz y el perdón, si

no nos convertimos. Hemos pecado. Cada acto ecuménico debe ser un acto de “reconciliación” vivido en la contrición y en la humildad

Al pronunciar estas palabras lo hacía lentamente, reflexionando y con emoción. D. Germano advirtió por sus citas literales a lo largo del coloquio que el Papa conocía de memoria el Decreto de Ecumenismo del Concilio Vaticano II “*Unitatis Redintegratio*”, que lo había meditado sacando unas conclusiones claras acerca de su valor teológico y de su importancia en la acción viva de la Iglesia Católica y de todas las Iglesias Cristianas.

- Todos los caminos del diálogo ecuménico van a ser largos y difíciles e implicarán riesgos, subrayó el Papa. Buscar la unidad en Cristo quiere decir también buscar la unidad con el hombre. El reto abarca los siglos, los pueblos, las Iglesias hermanas y la historia. Queremos la unidad, trabajamos por la unidad, ofrecemos nuestra vida por la unidad y la plena comunión de los cristianos. Antes de morir Jesús dijo: “*Que todos sean uno, como Tú Padre en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado*” (Jn 17, 21). Son palabras fuertes, dichas por Jesús: “*Para que el mundo crea que Tú me has enviado*”. La unidad de los cristianos se convierte en la prueba de la credibilidad de Cristo. La división “viola la voluntad de Dios, escandaliza al mundo, impide la santísima causa de la predicación del Evangelio” (UR 1). No debemos encerrarnos en nuestra concha convencidos de estar en posesión de la verdad. Pobres de nosotros si perjudicamos la esperanza y si retrasásemos con nuestro egoísmo y nuestra soberbia los designios de Dios.

En aquella conversación D. Germano se iba emocionando por momentos. Resultaba que Juan Pablo I, que por tantas causas había ofrecido su vida a Dios: Por sus seminaristas de Belluno, por su diócesis y sacerdotes de Vittorio Véneto, por el Patriarcado y sacerdotes de Venecia y siempre había sido aceptado por Dios con sufrimientos y enfermedades, ahora había ofrecido su vida por la unión de los cristianos. ¿Podía esperarse más de un Papa recién llegado a la Sede de Pedro?. El sacerdote veneciano dejaba hablar a su, hasta hacía tan poco, Patriarca. De repente se acordó el Santo Padre de algo y dijo:

- He prometido al Patriarca católico maronita, que me lo pidió entre lágrimas, que iría a Beirut. Líbano, un tiempo tierra feliz de fe y libertad, hoy está muriendo en las cosas y en las personas, retenida como rehén por los pueblos que la rodean como un botín a repartir. Un pueblo sin esperanza, dejado a la merced de brutales facciones y de milicias extranjeras que han llevado muerte y destrucción, mientras las grandes potencias rechazan poner fin al genocidio para salvar sus intereses y sus alianzas con los pueblos cercanos, enemigos del

Líbano. Los cristianos están bajo amenaza de destrucción. Los árabes sirios tratan de borrar del Líbano la presencia de los cristianos.

La conversación discurría por distintos puntos más o menos cercanos al ecumenismo y D. Germano, que había conocido al metropolitano Nikodim de Rusia en reuniones ecuménicas y por el que sentía estima, admiración y amistad, pidió a Su Santidad que le hablara de Boris Nikodim.

- Murió entre mis brazos, acentuó con sentimiento Juan Pablo I. Todo sucedió en pocos instantes, quedé desconcertado. Un hombre de vida íntegra fuerte en la fe. Esto lo puedo decir, un gran obispo, un alma de alta espiritualidad, de gran cultura, cercano al corazón de los católicos. Con la riqueza de su hablar me decía: Quizá un día, Padre Santo, podamos subir juntos, con las antorchas encendidas, al altar de Dios, convertido en el altar de todos los cristianos. Me dejó un hermoso regalo. Te aseguro que jamás en mi vida había escuchado palabras tan bellas sobre la Iglesia Católica, como las que él pronunció. Sé que sufrió mucho por la Iglesia, trabajó muchísimo por la unidad de los cristianos. Su muerte es una señal profética de mi pontificado. Nikodim me dijo: La historia de nuestro pueblo está siempre escrita con sangre. Le respondí: Pero ahora hay una solemne promesa de María, la Virgen de Fátima, que ha dicho: al fin, Rusia se convertirá y habrá paz. Me lo dijo también a mí Sor Lucía en Coimbra. Lo piden todos aquellos que padecieron y murieron en los campos de concentración siberianos, todos aquellos que fueron humillados en los hospitales psiquiátricos hasta enloquecer por permanecer fieles a Cristo, todos aquellos que fueron perseguidos, privados de los derechos humanos, del trabajo y de la casa, exiliados, torturados y asesinados por la fe cristiana.

Nikodim añadió en su conversación pocos minutos antes de morir que el día que llegara a Rusia la paz y la libertad todo el mundo se vería afectado y se beneficiaría, que saldría a la luz el inmenso martirologio de los cristianos de la Iglesia Ortodoxa Rusa y que brillarían también los mártires y los santos de la Iglesia católica de Ucrania.

- Me pidió finalmente Nikodim que bendijera y rezara por el pueblo ruso. Lo he hecho de todo corazón y que seguiré haciendo.

Caía la noche y nuevamente emocionado se despidió de Su Santidad. No le volvería a ver vivo pues Juan Pablo I murió en el misterio de Dios, como misterio de Dios había sido toda su vida. En la madrugada del 28 de septiembre apareció muerto en su lecho de los apartamentos pontificios. Tiempo después el P. Germano Pattaro escribió a un amigo suyo, depositario de todos estos apuntes :

“ Muchos se maravillarán de estas ideas mías sobre Albino Luciani, obispo y Papa. Debo decirte con plena conciencia que mis convicciones sobre Luciani han cambiado, especialmente después de los tres coloquios que tuve con él. Es mi intención hablar y dar testimonio de ello a pesar de que estoy seguro de que esto suscitará en muchos, aquí en Venecia y en Roma, profundo estupor. Mi testimonio contrasta, sin duda, con la opinión difundida por acá y por allá de que Luciani ha sido un hombre muy insignificante y no imaginable para aquel puesto”.

Marta DÍEZ GÓMEZ

EL P. AGUSTINO JOSÉ DEMETRIO JIMÉNEZ, OBISPO DE CAFAYATE (ARGENTINA)

El Papa Francisco ha nombrado Obispo - Prelado de Cafayate, Argentina, al P. agustino español José Demetrio Jiménez Sánchez-Mariscal, colaborador de nuestra revista *Pastoral Ecuμένηca*, después de haber aceptado la renuncia del obispo-prelado de Cafayate, Mons. Mariano Moreno García OSA, por haber alcanzado ya la edad de 75 años, según lo establece la norma canónica.

Datos biográficos

El nuevo obispo de Cafayate nació en 1963 en Los Cerralbos, Toledo, España, siendo el segundo de 6 hermanos, y realizó los estudios primarios en la escuela de su pueblo natal (1967 -1975) y los secundarios en la Escuela Apostólica San Agustín, de Palencia (1975 -1980), entrando en la Orden Agustiniiana en el monasterio de Santa María de La Vid (Burgos) en 1980, y profesando de votos solemnes en 1986. Realizó sus estudios de filosofía y teología (1981-1987) en el Centro Teológico San Agustín, de Los Negrales, Madrid, siendo ordenado sacerdote en 1988 en el monasterio de Santa María de La Vid, por Mons. Nicolás Castellanos Franco, agustino, entonces obispo de Palencia.

En la Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino, de Roma, realizó la licenciatura en Filosofía (1987 - 1989) y el doctorado (1989 - 1992). Posteriormente hizo un máster en Ciencias de la Religión en la Universidad Pontificia Comillas (1992 -1994) y los cursos doctorales en Ciencias de las Religiones en el Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones de la Universidad Complutense de Madrid (1996 -1998).

De 1989 a 1995 residió en el monasterio de Santa María de La Vid, donde ejerció como profesor de filosofía, y, tras trabajar seis meses en la Prelatura de Cafayate, Argentina, regresó a España, donde desempeñó tareas parroquiales en la parroquia de San Manuel y San Benito, de Madrid de 1996 a 1999, año en que

regresó a Argentina, donde reside desde entonces. En el 2002 fue elegido Superior regional del Vicariato de la Argentina, residiendo en Buenos Aires, donde fue párroco de la parroquia de San Agustín hasta que, en 2010 pasó a la Casa de formación del Vicariato, en Buenos Aires, hasta el 2013, en que fue nombrado director del Colegio San Agustín de Catamarca.

Docencia

En Argentina ha sido docente en la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires (UCA): en la Facultad de Filosofía y Letras (Teología Natural en la carrera de Filosofía, 2005-2012) y en la Facultad de Teología (Proseminario filosófico II: Metafísica, 2003-2012; y Ética Filosófica, 2007-2012). De 2004 a 2008 fue profesor de Ética Filosófica en la carrera de Filosofía de la UNSTA, sede de Buenos Aires. Desde 2002 colabora en la Escuela de Teología y Ciencias Religiosas de la Prelatura de Cafayate impartiendo materias relacionadas con el tema Interculturalidad y fenomenología religiosa, así como en el Centro de Misionología del Cono Sur «Juan Pablo II» (OMP) sobre Teología de las religiones y Diálogo Interreligioso. Es director de Etiam, revista agustiniana desde su fundación en 2006.

Actualmente se encuentra prestando sus servicios pastorales en la parroquia Nuestra Señora de la Candelaria, en la ciudad catamarqueña de Santa María y es director general y representante legal del colegio San Agustín de la misma localidad.

Escritor

Monseñor Jiménez es autor de numerosos artículos y libros, entre ellos, *Los senderos olvidados de la Filosofía. Una aproximación al pensamiento de María Zambrano*, Religión y Cultura, Madrid 1991, 342 pp., que fue su tesis doctoral; *La religión y la metamorfosis. Una aproximación a los nuevos movimientos religiosos* (coord.), Religión y Cultura, Madrid 1999, 646 pp, donde se estudia el renacer de nuevas espiritualidades y formas religiosas en busca de un equilibrio emocional, de armonía y de cohesión que no proporciona el materialismo; *San Agustín. Un hombre para hoy* (coord.), 2 tomos, Religión y Cultura, Buenos Aires 2006 (Actas del Congreso Agustiniano de Teología, Buenos Aires 26-28 de agosto de 2004), Religión y Cultura, Buenos Aires 2006, 461 y 549 pp., en el que se presenta su figura del siglo V en sus manifestaciones más actuales, y *Cristianismo e Interculturalidad. Una aproximación desde el Valle Calchaquí* (coord.), Religión y Cultura – Miño y Dávila, Buenos Aires 2008, 192 pp., un

estudio realizado hace unos años que le ayudará ahora a realizar con acierto su labor pastoral que el Papa Francisco le ha encomendado. También hay que recordar aquí varios artículos publicados en *Pastoral ecuménica* sobre el diálogo interreligioso entre la religión católica y las distintas religiones no cristianas. Y ha colaborado en la revista *Persona*, Revista Iberoamericana de Personalismo Comunitario, que se publica en Buenos Aires desde 2006.

La Prelatura de Cafayate

La prelatuza de Cafayate, en Argentina, encomendada desde el 10 de febrero de 2014 al Obispo agustino José Demetrio Jiménez, fue creada el 8 de septiembre de 1969 por el Papa Pablo VI y puesta en manos de los PP. Agustinos de la Provincia de España. Está formada con territorios de tres provincias: Salta, Tucumán y Catamarca. En la provincia de Salta los departamentos de Cafayate, Molinos y San Carlos; en la provincia de Tucumán el departamento de Tafi del Valle (excepto la parroquia de Tafi del Valle); y en la provincia de Catamarca los departamentos de Antofagasta de la Sierra y Santa María, con una superficie total de 46.847 kilómetros cuadrados y una población cercana a los 64.000 habitantes, de los cuales se estima que el 90 por ciento son católicos.

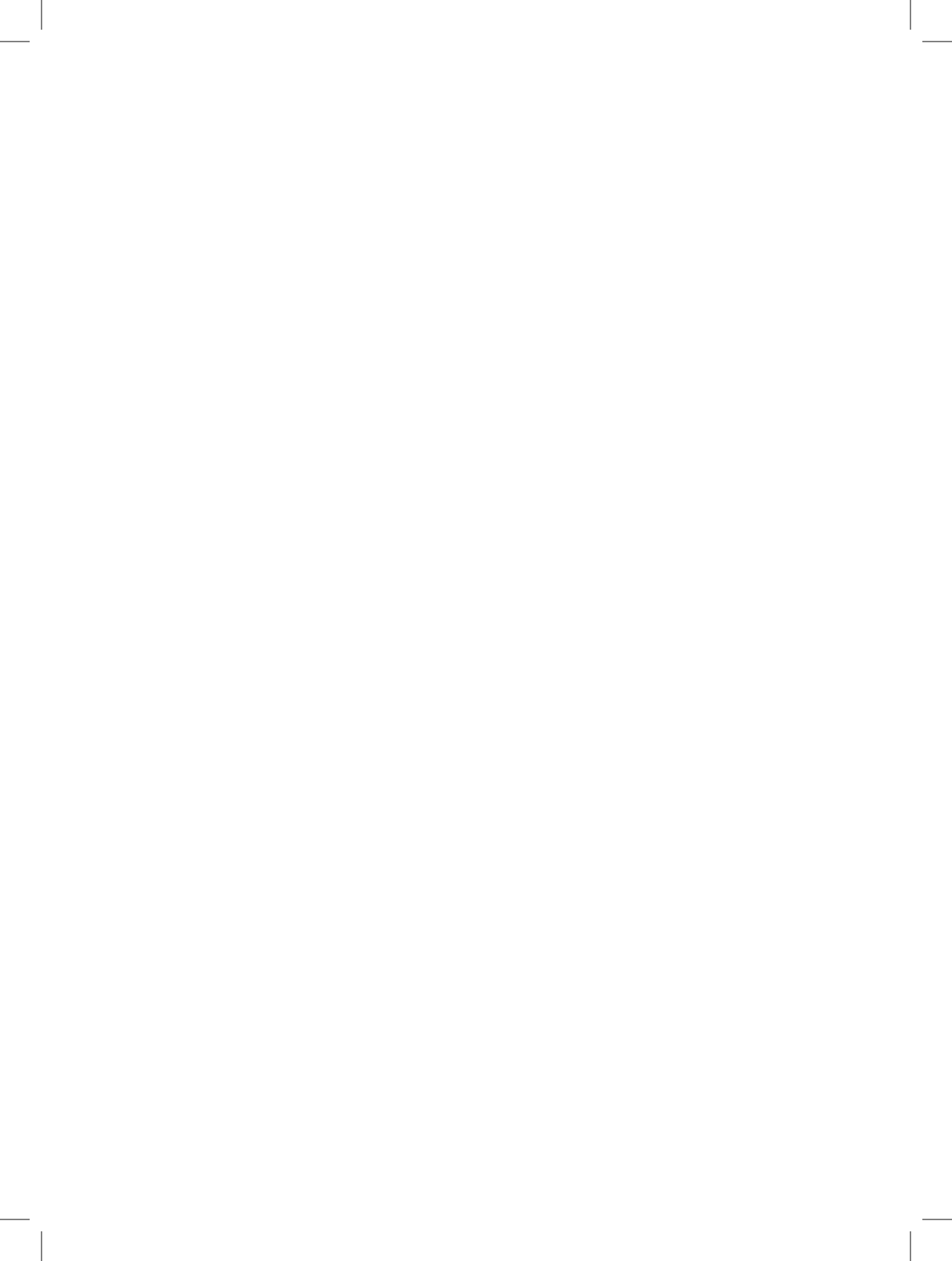
Cuenta con 8 parroquias; 12 sacerdotes, de los cuales 6 del clero diocesano y 6 religiosos agustinos; 1 diácono permanente, 23 religiosas y 7 centros educativos de la Iglesia.

El primer obispo prelado de Cafayate fue el agustino monseñor Diego Gutiérrez Pedraza (1969-1990); el segundo fue el también agustino monseñor Cipriano García Fernández (1991-2007); el tercero fue monseñor Mariano Anastasio Moreno García, también agustino (2008-2014) a quien el Papa acaba de aceptar la renuncia por edad. Monseñor José Demetrio Jiménez será el cuarto obispo de la prelatuza de Cafayate, que recibirá el episcopado el 10 de mayo de 2014.

“En nombre de toda la Orden Agustiniiana deseo expresar mi más cordial felicitación al Obispo electo, Mons. José Demetrio, en el momento en que ha sido llamado a servir a la Iglesia en el episcopado, e invito a todos a ofrecerle nuestra ayuda fraterna y nuestras oraciones al comenzar este nuevo ministerio”, ha escrito el P. Alejandro Moral Antón, Prior General en carta a todos los agustinos del mundo.

A esta felicitación añado la mía y la hago extensiva a José, su padre, a su hermano y a sus 4 hermanas.

Rafael DEL OLMO VEROS
Agustino







PÁGINA WEB
CENTRO ECUMÉNICO
«MISIONERAS DE LA UNIDAD»

WWW.CENTROECUMENICO.ORG

* * *

- ARTÍCULOS
- ENTREVISTAS
- ECUMENISMO HOY
- NOTICIAS, ETC.

